

ALJAMÍA الحجامة

Sumario

EDITORIAL	7
ENTREVISTA	
La nueva novela española. Entrevista a Jesús Ferrero.....El Hassan Boutakka	9
ESTUDIOS	
La ciudad de Rabat a través de su arquitectura (1915-1940).....María Luisa Ayala y Carmen Gómez	16
Guerra y convivencia.....Rabea Hatim	23
Masonería y nacionalismo marroquí en los años treinta.....Alí Lmrabet	30
Aproximación histórica al sistema educativo marroquí. 1. El día después de la independencia.....Hassan El Majdoubi	36
Lengua e intolerancia.....Francisco J. Álvarez Curiel	40
CRÍTICA LITERARIA	
José Luis Amaro, poeta esencial.....Magdalena Roldán Romero	48
Luis José Artigue escribe poesía.....Venancio Iglesias Martín	54
CREACIÓN	
La memoria del clavo.....Laarbi El Harti	57
Tánger, ciudad habitada.....José Hernández	61
La higuera (o El ocaso del patriarca).....Ahmed El-Gamoun	63
Necronomicón: ficción <i>obsesionada</i> por lo que no pudo ser.....Ahmed Ararou	70
LECTURAS/RESEÑAS	
Sólo la música perdura o el carrusel de la memoria.....Miguel Ángel Moreta Lara	77
Actas del coloquio <i>El siglo XVII hispanomarroquí</i>Abdesslam Okab	81
ÍNDICE	
ÍNDICE DE TRABAJOS INCLUIDOS EN LOS 10 PRIMEROS NÚMEROS DE ALJAMÍA.....Miguel Ángel Moreta Lara	84
BREVES	93

Editorial

El volado balcón de la mirada

Por pequeña que sea, nada hay más enorme que una biblioteca. Desde sus estanterías, los ojos del más fino y lejano mirar de la historia humana contemplan al lector que, inconsciente, tal vez lee, estudia pacientemente o, quitándose sus gafas, tamborilea pensativo sus dedos sobre la mesa.

Aljamía es ya un hermoso anaquel de biblioteca. Como toda revista, contiene unas cuantas miradas sobre distintos campos, distintos paisajes, distintos rostros. Y contiene también ese tamborilear pensativo de los dedos sobre una mesa, ritmando distintos pensamientos, distintas concepciones, diferentes campos del saber. Y ello, sin pedantería, sin la pretensión de agotar nada, sino con el valor humilde de un balcón que se abre al paisaje; con la intención de alcanzar a convertirse en ese *volado balcón de la mirada*, que es la imagen con que Antonio Machado llama a sus gafas. La revista acerca enfoques, acota parcelas del saber, afina la mirada científica, presenta intentos creativos, recomienda lecturas y cumple la misión de la conversación: la de acercarnos al fuego para comprendernos mejor todos los que, de uno u otro lado del Estrecho de Tarik, compartimos la preocupación por lo español, lo marroquí y la variada relación entre ambos mundos.

Cada número de *Aljamía* va siendo un nuevo frente. Cada número vuelve a hacer confesión de intenciones. Pero el conjunto ya tiene la línea trazada. No es una revista de gran formato, de grandes firmas, de lujo; pero es una buena herramienta de comunicación científica para un público definido, con unas expectativas conocidas, con unas limitaciones previstas y, sobre todo, con una férrea voluntad de servicio que es la fuente de su nobleza. Cumpla pues, también, este número los objetivos propuestos y sirva con la misma nobleza con que servía el buen Caballero Manchego.

La nueva novela española

(Entrevista al escritor Jesús Ferrero)

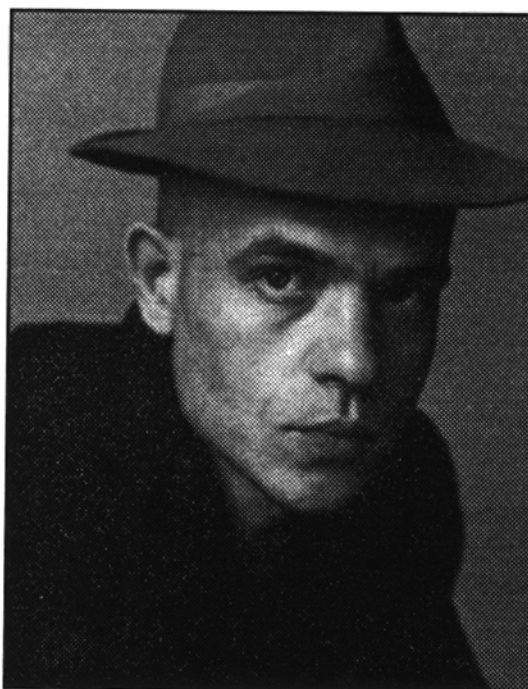
El Hassan Boutakka

La nueva novela española ha conocido en las últimas décadas la aparición y el florecimiento de muchos narradores jóvenes que aspiran a darle nuevos impulsos y a renovarla desde varias perspectivas.

Entre estos narradores destaca el escritor zamorano Jesús Ferrero, nacido en 1952. Ferrero se reveló en 1981 con su novela *Bélver Yin* con la que obtuvo el premio Ciudad de Barcelona. A esta ópera prima, que ha conocido un gran éxito de ventas, siguieron muchas otras no menos importantes: *Opium* (1986), *Lady Pepa* (1987), *Débora Bleenn* (1990), *El efecto Doppler* (1991), *Alis el salvaje* (1991), *Los reinos combatientes* (1992), *El secreto de los dioses* (1993), etc. Todas ellas tienen en común dos substratos culturales característicos del escritor Ferrero, a saber: la antigua filosofía griega y las culturas orientales.

Gracias a su amabilidad hemos podido tener un contacto directo con él en Madrid en julio de 1995. De aquel encuentro salió la presente entrevista.

Hassan Boutakka.- Me gustaría saber cómo ha nacido en usted este gusto por la escritura y la creación cuando todavía era un estudiante que estaba terminando su carrera. ¿Era una manera de desahogarse o era un puro gusto?



Jesús Ferrero

Jesús Ferrero.- Yo creo que la pasión por la escritura se despertó en mí muy pronto; porque recuerdo que ya cuando era niño y me instalé con mis padres en el País Vasco -mis padres era unos inmigrantes que venían de un medio campesino y que emigraron a la sociedad industrial de recién casados- ya entonces hacía pequeñas poesías; desde los siete años hasta los dieciséis o diecisiete seguí escribiendo poemas con bastante regularidad; luego, ya a los veinte empecé a hacer narraciones. Y durante toda mi época universitaria en París continué haciendo narraciones. A los veintiuno o veintidós años redacté los primeros capítulos de *Alis el salvaje*. Los escribí mientras era estudiante y luego, diez años después, retomé la novela y la acabé. Digamos que esta afición por la escritura es muy antigua en mí. Ya he explicado que surgió en mi infancia, durante las largas temporadas pasadas en casa de mis padres. Entonces la ausencia de mi madre, sobre todo, me pudo haber convertido en un niño casi autista porque me refugiaba mucho en mí mismo, y creaba mis propias historias según la tendencia a crear historias que muchas veces te separaban del mundo en vez de acercarte a él. Pero creo que fue como a los seis o siete años cuando hice las primeras poesías con una cierta conciencia de que a mí eso me gustaba y de que yo podía escribir.

H. B.- Su producción literaria es variada; abarca distintas modalidades: la poética, la novelística y la cuentística. Sin embargo se nota una abundancia en el género novelesco. ¿Quiere esto decir que la novela es favorita para Ud. y le permite expresar lo que no expresarían las demás modalidades?

J. F.- Yo sigo escribiendo poesía, sobre todo en vacaciones. Tengo libros de poesía: *Río amarillo*, *Negro sol* y otro que

se llama *Ah mira la gente solitaria*. Me parece que yo tenía un afán: si yo fuera capaz de hacer lo que hacen los poetas de contar una historia en cuatro versos dejaría de escribir novelas. Yo creo que eso es una mentira inmensa porque en un poema es difícil contar una historia. En su primera redacción sale en seguida y, de ese modo, permite iluminaciones de la realidad, iluminaciones para crear elementos de la realidad y de la vida interior, pero realmente no permite contar una historia larga y compleja, y en ese sentido yo me decanté por la novela, por las posibilidades que tenía de crear un mundo, un universo, y eso rara vez lo permite la poesía a no ser que sean poemarios muy unitarios como intenté hacer en *Río amarillo*, dividido en varios capítulos si no de una misma historia, sí de un mismo paisaje. Pero yo creo que, además de conocer un plan, la novela sigue siendo de los géneros literarios vivos, permanece completamente viva. He visto que el teatro está prácticamente muerto. Y la novela parece que es el único género que además te permite conectar con un público. Por otra parte, soy una persona muy obsesiva y bastante capacitada para las pesadillas largas. Realmente una novela es una pesadilla de estar soñando años y es siempre la misma y le vas dando mil vueltas y mil vueltas...

H. B.- ¿Y el cuento?

J. F.- También el cuento se me da muy bien. Me gusta mucho escribir cuentos; escribo pocos, no muchos, uno o dos al año porque no tienen salida. Lo digo sinceramente. La única salida que tiene el cuento en España son estas antologías de cuentos de amor, de terror... Además, el cuento es muy rechazado en España y yo no sé el porqué. Entonces, escribo uno o dos al año, y normalmente los publico en la prensa. Nunca se me ha ocurrido juntarlos

en un libro. Puede que dentro de seis o siete años me decida a reunir los mejores y publicar un libro sólo de cuentos. De momento tengo algunos con los que estoy satisfecho; cuatro o cinco que han salido en diversas publicaciones, pero no es el cuento en lo que yo haya trabajado con la misma asiduidad que en la novela.

H. B.- Y ¿por qué este salto a China dejando el largo y ancho espacio español y occidental, y sin crearse un espacio ficticio personal?

J. F.- Bueno, cuando salió *Bélver Yin* a mí me desagradaba la novela española, y me sigue desagradando porque la novela española no hace más que dar vueltas y vueltas en torno a la misma mierda, siempre, siempre. Y quería salir de este círculo vicioso. Luego, durante mi época de estudiante en París, viví en dos tipos de barrios. En uno había muchos árabes y en otro muchos chinos, y a veces estaban mezclados. Además, en mi infancia conocí a algunos jesuitas que habían estado en China mucho tiempo. Esta gente me contaba cosas sobre China, sobre la escritura china, y desde entonces nació en mí la fascinación por Oriente, y en particular por China y su escritura. Esta atracción se concretó en París donde era muy fácil encontrar todo tipo de textos en chino. Además pertenezco a la generación "hippy", muy atraída por China, India... Este interés por lo oriental ha continuado en mí. Quiero decir que en mi caso no fue una moda pasajera sino que continué interesándome por la cultura oriental y por las religiones. Ahora me he metido en la Biblia y en el Corán. En *El secreto de los dioses* hay varios capítulos basados en el Corán.

H. B.- Pero se nota que hay una vuelta al escenario español y occidental en *Lady Pepa*. ¿Por qué este viaje de ida y vuelta a Oriente?

J. F.- Sí, sí. Siempre lo supe. Ahora estoy haciendo una novela. No es sobre mí, pero está ambientada en París, en los años ochenta, cuando yo estaba estudiando con Roland Barthes y toda esa gente. Siempre supe lo que iba a pasar; a veces me desplazaría hacia el pasado y otras iría a tratar temas y asuntos de mi propia generación, que es la que mejor conozco, y en ese viaje continuaré alternando unas cosas con otras. Hasta en mis novelas urbanas a veces procuro dar pequeños detalles que las vinculan a las otras novelas más históricas. Pero no creas que para mí es trabajar en espacios diferentes. Hacer una novela sobre usos y abusos de mi generación, que es la que mejor conozco, no es muy diferente de ir a la India, a China o al Tíbet porque las historias ambientadas en el pasado trato de situarlas en un universo mental moderno, y las ambientadas en el presente, por el contrario, en un universo mental antiguo que te conduce a los clásicos griegos: Homero, Platón...

H. B.- Volviendo a *Lady Pepa*; Ud. ha vivido largo tiempo en París, espacio que aparece significativamente en la obra. Además, el protagonista, Nicanor Román, es portero en un hotel, oficio que Ud. ejerció en París, no sé si desgraciada o afortunadamente. Y aquí, en su casa, encuentro un dato más: muchos cuadros de su mujer, Irene Gracia, que como Pepa, la amante de Nicanor en *Lady Pepa*, es también pintora. Parece que en esta obra hace Ud. una parodia de lo que fue su vida en París.

J. F.- La experiencia de portero en París fue afortunada... En las primeras ediciones de mis novelas las portadas son de ella. Pero como tú has señalado, *Lady Pepa* es muy paródica. Es una novela en la que yo me río de mí mismo. Nicanor Román no soy exactamente yo

mismo; como mucho es mi caricatura. Cuando la estaba escribiendo veía un personaje muy diferente a mí. Yo no estaba contando allí mi vida; estaba utilizando alguna circunstancias de mi vida. Por ejemplo, el portero de noche que yo había sido en París lo trasladé a Barcelona, donde nunca he sido portero sino cliente de ese hotel durante un año. Lo que hice fue trasladar muchas cosas de mi vida de portero en París a Barcelona, porque el universo de Barcelona, del Paralelo, me resultaba más rico que el que yo había conocido en París. También mi mujer aparece totalmente parodiada.

El resultado es que lo parodié todo y lo pasé muy bien. Hubo gente que vio esta novela como polémica; unos la pusieron muy bien y otros muy mal: se ve que no la entendieron. Yo necesitaba hacer esa prueba de libertad porque en *Bélver Yin* y *Opium* me había sometido a un lenguaje demasiado literario que tenía muy poco en cuenta el lenguaje de la calle, de la televisión, de la radio, los lenguajes que nos están rodeando, y aquí quise hacer una especie de puzzle urbano donde todos los lenguajes salieran representados y estuvieran rodeando a los personajes. Para mí fue una experiencia importante porque fue salir del universo orientalista de *Bélver Yin* y *Opium*, del que creía que no iba a poder salir. También fue para mí como un gran baño del lenguaje vivo que estaba funcionando en ese momento.

H. B.- En el título de *Lady Pepa* aparece el nombre de un personaje, pese a que el protagonista de la obra es Nicanor Román. Lo mismo ocurre en *Bélver Yin* en que la verdadera protagonista es Nitya Yang aunque no aparece en el título. ¿Por qué utiliza esta técnica?

J. F.- Yo la calificaría de una forma de

titular oblicua. Tiene un efecto que a mí me interesa mucho, que es que si se titula la novela con el nombre del que no es protagonista, se lee de otra manera. Así, el lector añade a este personaje muchas cosas que allí no están y creas una lectura más dinámica y más interesante. Esto lo volví a hacer en *Lady Pepa* y no creo que lo haya repetido hasta la novela que estoy escribiendo en la actualidad. Esta técnica responde a la idea del héroe secreto que me transmitió un historiador, profesor mío en París, quien afirmaba que los verdaderos héroes en la historia son los esclavos y las mujeres.

H. B.- En sus obras se nota un predominio de la temática existencialista. En todas ellas observamos una enorme preocupación por el hombre moderno, su destino, su vida, la angustia, la monotonía...

J. F.- Sí. Yo me eduqué en el existencialismo. Los primeros autores importantes que yo empecé a leer cuando ya pasé de la literatura juvenil a la literatura seria, fueron ante todo los existencialistas. Las primeras novelas que me impresionaron tenían ese aire. Unas porque eran propiamente existencialistas; otras porque, aunque no lo eran realmente, encajaban dentro de esta ideología. Yo empleo la palabra ideología muy despojada de connotaciones políticas: *El extranjero*, *El innombrable...*; luego *La metamorfosis*, *El castillo*, *El proceso de Kafka*. En estas novelas aparece esta preocupación por definir, de alguna manera, al hombre moderno, definición que se nos escapa continuamente porque probablemente sea un fantasma más que una realidad. En esta tendencia he continuado como lector y he visto que la novela está evolucionando.

El otro día publiqué un artículo en *El Mundo* donde hablo de una cierta evolución de la novela desde el siglo XIX. El

novelista se va centrando cada vez más en el hombre, pero en un hombre que nunca encuentra su eje y siempre es una especie de caricatura de sí mismo. Es un disparate continuo. Su misma forma de ver el mundo es un disparate.

Es cierto; las novelas urbanas están todas muy próximas al existencialismo. Si algo me preocupa como ciudadano es el destino del hombre moderno y los problemas a los cuales debe enfrentarse. En una próxima novela quisiera recrear el tema del apocalipsis, con un tratamiento entre ciencia ficción y al mismo tiempo en presente, en la que estuvieran representadas las diferentes culturas de ahora, sobre todo las de Extremo Oriente -China, Japón, India- y la cultura islámica. El año pasado estuve leyendo el Corán, pero sobre todo los capítulos que hacen referencia al fin del mundo, al apocalipsis. Me gustan especialmente por su sobriedad; son terroríficos pero sobrios, casi sin imágenes. Es un proyecto futuro que no sé cuándo llevaré a cabo. De momento, tras ese viaje por la historia que hice en *el Secreto de los dioses*, he vuelto a mi juventud de París. Yo creo que para todos los novelistas, ya desde los años treinta, su principal preocupación es descifrar al hombre moderno.

H. B. En *Opium* y *Alis el salvaje* el tema amoroso está tratado con un lenguaje muy explícito y muy directo. Las descripciones que se hacen de las escenas amorosas son muy detalladas y tienen un singular impacto en el lector. ¿Por qué usted ha elegido esta manera de hablar y de escribir sobre los temas amorosos tan explícita y detallada?

J. F. Si te digo la verdad, no lo sé. Cuando estaba escribiendo *Bélver Yin* pensaba que tenía que ser muy sugerente en la descripción de las relaciones amorosas; luego cambié de opinión.

Opium fue para mí una forma de desmitificar las descripciones de escenas amorosas tal como las había hecho en *Bélver Yin*, desmitificando mi propio estilo. Por otra parte, no quería crear una gran diferencia entre lo que era amor, como se quieren los amantes en *Bélver Yin* y *Opium*, y lo que era sexo. Aparecían diferenciados. En *Opium* las relaciones entre ellos no sólo no aparecen explícitas, es que no se dan hasta el final cuando ya están muertos. Era crear un gran contraste entre ese amor que se tenían desde lejos y que no necesitaba la cercanía de los cuerpos para sentirse juntos, y esas relaciones en la ciudad de los bandidos donde los personajes nunca estarán juntos aunque hagan el amor. Está cada uno en su sitio, absolutamente divididos por una frontera increíble aunque estén pegados el uno al otro. En cambio, los amantes de verdad, aunque estén físicamente separados, están unidos y hasta se ven y se encuentran en los sueños.

De todas formas ahora soy partidario de utilizar cualquier registro del lenguaje con tal de que esté empleado con eficacia. Unas veces puedo ser muy explícito, otras muy sugerente; depende de los contrastes que quiera crear y, sobre todo, de lo que quiera decir. Es una estrategia literaria.

H. B. En *Alis el salvaje* el protagonista pasa los primeros siete años de su vida en una selva, luego aprende a hablar y las palabras que aprende son ambiguas: "locura", "sueño", "vida"... y más tarde llegará a ser juglar y a componer varios poemas anecdóticos. Sin embargo, parece que la facultad del lenguaje no ha facilitado la vida al personaje, más bien se la ha complicado. ¿Por qué usted ha abierto el camino de la desgracia a este personaje a través del lenguaje?

J. F. *Alis el salvaje* es la novela que primero empecé a escribir, a los veintinueve o veintidós años. Toda la primera parte, en la que se narra su vida en la selva y su posterior captura, la escribí entonces y más tarde le añadí los demás capítulos. En esta novela planteo qué es el lenguaje, cómo se asimila, para qué sirve y si es posible una vida sin él. En la primera parte parece que sí es posible una vida sin lenguaje; además se deduce que es el momento más feliz en la vida del protagonista. Más tarde aprende a hablar, pero para él el lenguaje es como una prótesis, una cosa añadida. Creo que esto se nota en toda la novela; siempre hay una distancia entre él y el lenguaje, como si imitara a otros sin haberlo asimilado. Puede parecer paradójico o contradictorio que acabe siendo poeta y juglar, pero para mí no lo es porque creo que en el origen de todo escritor hay alguna deficiencia en relación con el lenguaje, hay alguna dificultad. Esa dificultad es la que le incita a intentar dominar el lenguaje más que los demás. A mí no me parece contradictorio que este niño salvaje que aprende el lenguaje muy tarde, luego no sólo acceda al lenguaje sino que incluso componga poemas.

En cuanto a las palabras que aprende, la primera es "locura". Yo ya era consciente de que la locura iba a ser una de las protagonistas de la novela.

H. B. Su estilo es lírico y prodiga la metáfora. ¿Por qué la predilección por esta figura retórica?

J. F. Es cierto que en una parte importante de mis novelas predomina la narración lírica, a veces con una sobreabundancia de metáforas. Para mí, la metáfora es una forma de desplazar el sentido que puede tener una escena en sí, enriquecerla y desplazarla hacia lugares ines-

perados. Enriquecerla con comparaciones que en un principio puedan resultar sorprendentes pero que luego tienen su lógica. Cuando mejor me encuentro en la narración lírica es cuando consigo imágenes homéricas, que en realidad no habían sido empleadas. Y cuando menos me gusta es cuando invento poco y me baso demasiado en la tradición. Considero que esto corresponde a una primera época y que estoy comenzando otra más "sacerdotal" y menos "lírica". El autor sacerdotal no utiliza ningún adjetivo porque para él la palabra no necesita añadidos. A veces, este autor sacerdotal deja hablar al autor lírico, como por ejemplo en la narración del paraíso, cuando le conviene que la atmósfera se apoye en otro narrador anterior lírico. Creo que estos dos narradores están en el alma de todo novelista. Habrás observado que hay momentos así en mis novelas, párrafos de una gran sequedad y otros en los que me demoro más. Probablemente en esta segunda época que voy a iniciar habrá menos tendencia a la adjetivación, aunque no voy a prescindir del registro lírico.

H. B. ¿Tiene algún proyecto de un futuro libro?

J. F. Sí. Se llama *La parábola de Hobens*. Hobens es un apellido catalán muy raro, rarísimo, pero existe. Es la narración en primera persona de un personaje con una gran tendencia a convertir su propia vida y la de sus amigos en mitos. Es bastante inocente y le cuesta mucho aprender, pero cuando aprende llega a conclusiones muy importantes. Es la evolución de un personaje hacia la madurez. Tiene un amigo que es mucho más inteligente, más capacitado para la lógica y mucho más penetrante. Es como una especie de contraste y los voy dejando actuar desde que se conocen a los

trece años hasta los treinta. En un momento determinado estos personajes llegan a París y entran en contacto con la vida de esta ciudad. Esto está narrado entre la caricatura, la ironía y el sarcasmo. Es mi novela más satírica. Se desarrolla en 1980, año fundamental porque en él murieron Barthes, Sartre... Creo que está bastante bien descrito el universo de decadencia y la tesis de que nada está podrido que no lo estuviera antes. Hay una exploración de la podredumbre en un plano muy irónico y muy satírico. Ya en aquel entonces existía una falta de horizontes, de ideas...

H. B. Y el Corán, ¿qué elementos le aporta?

J. F. El Corán tiene algo que ver con varios capítulos de *El secreto de los dioses*. Hay por lo menos dos capítulos que a mí me gustan mucho, donde el manuscrito pasa por manos de unos árabes que están en Bagdad y en El Cairo. Me empecé a interesar por el Corán hace dos años y medio. De este libro y de la Biblia tengo cuatro versiones. Mis lecturas del Corán y de la Biblia buscaban si esos dioses son realmente el mismo o no, o si tienen connotaciones diferentes. Yo creo que sí, que Allah es más la pura conciencia que Yahvé. Es un Dios muchísimo más abstracto el del Corán que el de la Biblia. Nunca lo ves, mientras que en la Biblia, a veces, parece que lo vieras. Escuchas su voz y, por lo menos, sabes cómo habla. Del Corán he leído sobre todo los capítulos del apocalipsis. Cuando estoy leyendo uno de estos libros, procuro hacer una lectura lo más laica posible porque son textos

revelados. En cuanto al Corán, tendrá más importancia en mis futuras novelas.

H. B. ¿Qué consejos daría usted a su lector virtual?

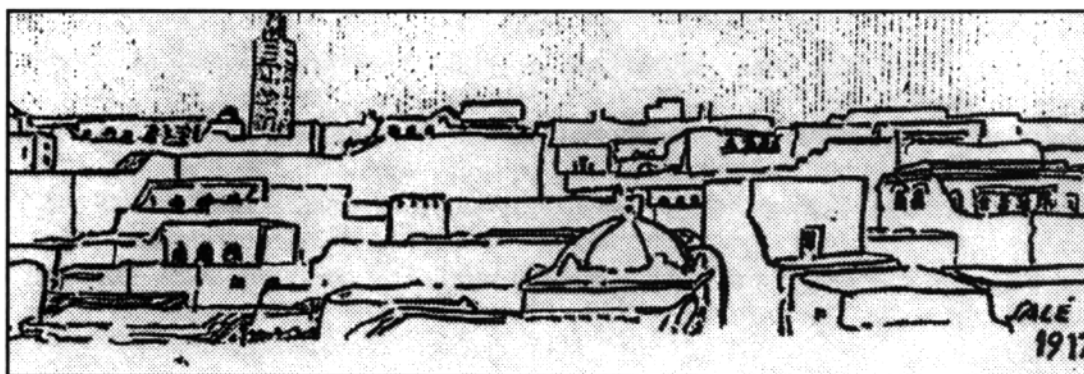
J. F. Es fundamental que se acerque a mis novelas sin ningún juicio previo y que esté dispuesto a hacer dos esfuerzos: un esfuerzo de atención porque todas mis novelas necesitan una cierta atención que no suelen tener los lectores; un esfuerzo interpretativo porque es tan importante lo que se dice como lo que no se dice. El lector debe trabajar para llenar los espacios vacíos, que dejo deliberadamente, y leer entre líneas. Aspiro a un lector que no descarte todos los sistemas de identificación que normalmente el lector establece con los personajes. Por eso busco un lector sin prejuicios, abierto a culturas ajenas a la nuestra y, al mismo tiempo, que sepa interpretar las claves de mi peculiar estilo.

Mis novelas tienen un fuerte componente lírico, prescindible en cualquier novela, y en mi caso lo tienen aunque ya he comentado antes que intento reducir. Tengo como proyecto prescindir más de los adjetivos y moralizar menos porque en los adjetivos está la moral más que en los verbos y sustantivos. Son calificativos y, aunque no quieras, estás moralizando. Es cierto que me gustaría llegar a un tipo de narraciones más escuetas y más sobrias, pero ¿quién me dice que para una novela "x" no necesito recurrir al barroquismo porque eso va a ser con lo que mejor puedo construir un universo concreto?



La ciudad de Rabat a través de su arquitectura (1915-1940)

M^{ra} Luisa Ayala Egea
M^{ra} Carmen Gómez López



Viajar por Marruecos ya no es la aventura exótica que supuso para tantos pintores románticos que en sus “viajes pintorescos” quedaban deslumbrados por un Oriente idealizado. En los *Carnets du voyage au Maroc* de 1832, el pintor Delacroix, con un arrobamiento estético inigualable, capta en dibujos y acuarelas todo un repertorio de escenas, formas y colores que van a imprimir un sello particular a toda su obra posterior. A partir de su estancia en Marruecos, la luz va a ser para este pintor uno de los elementos constitutivos del color: «la précieuse et rare influence du soleil qui donne à toute chose une vie pénétrante».¹

Este encantamiento también se manifiesta en la imaginería escapista de los textos literarios de Byron, Lawrence o Hugo, y por supuesto en la pléyade del círculo orientalista que, en torno a 1820, agrupa a Merimée, Gautier, Dumas, Lamartine, Flaubert, y que alcanza la plenitud con el exotismo interiorizado de Baudelaire.

Tan fuerte va a ser la huella dejada en artistas, escritores y pintores que apenas cabe ya una mirada inocente sobre este país. Hay una forma de contemplar dictada por la estética romántica que se nos impone en cuanto nos adentramos en medinas y zocos, tiendas de artesanos o viviendas recoletas en torno a patios sombríos.

Nos siguen seduciendo ahora, a finales del siglo XX, la estructura uniforme interior de las medinas -la geometría del cubo repetida en fuerte contraluz-, las modestas torrecillas blancas de los minaretes, las cúpulas de los morabitos precedidos de un minúsculo jardín, los ocres, terracota y siena de las murallas, los azules y amarillos de las jacarandas y mimosas.

Albert Laprade, arquitecto encargado por Lyautey de la construcción de varios edificios públicos a partir de 1915 y uno de los grandes conocedores de la arquitectura tradicional marroquí, en sus cuadernos de arquitectura dedicados a Marruecos, Portugal y España observa cómo se yuxtaponen armoniosamente las diversas formas de construir desde la Biblia, pasando por el Imperio Romano, hasta la Edad Media europea. Los principios arquitectónicos quedan fijados hacia el siglo XV. Este arquitecto, futuro inspirador de la ciudad de "Habous" en Casablanca, observa que hasta 1909, en Marruecos, permanecían los mismos hábitos constructivos del pasado:

*Jusqu'en 1909, au Maroc, la coutume (la caïda) n'avait pas changé. Maçon, sculpteur, menuisier, forgeron s'amusaient chacun de son côté sans rompre pour cela une harmonie, tant les traditions demeuraient stables en ces pays situés hors des grands courants de l'Europe.*²

Estas frases tomadas de la introducción al hermoso libro de Albert Laprade, *Croquis: Portugal, Espagne, Maroc*, dan idea de su amor por este sur luminoso incontaminado de modernidad, y de igual manera lo encontramos en las reflexiones llenas de lirismo que darán pie a sus proyectos constructivos de recreación de una medina en el Habous de Casablanca:

Nous avons passé des heures et des heures à explorer, dessiner, mesurer, savourer leur charme infini, car rien n'est plus magnifique

*que le jeu de la lumière sur ces beaux cubes tout blancs, sur ces murs grossiers et ondulants sous les couches centenaires de badigeon à la chaux.*³

Todo este entorno está lleno de historia viva secular, pero también al otro lado de las murallas hay una historia, aunque reciente, en las ciudades modernas creadas a partir de 1915 y anexionadas a las poblaciones tradicionales por grandes ejes urbanizados conforme a criterios modernos. Testimonio espléndido lo tenemos en la ciudad de Casablanca, inmortalizada por la literatura y por el cine como la ciudad emblemática de los locos años veinte.⁴ Este paisaje nuevo, tan próximo y a la vez tan diferente del hábitat tradicional, si no llega a fascinarnos en el caso de Rabat, logra por lo menos sorprendernos agradablemente.

Así ha sido para nosotras, que, modestamente, sin pretender emular a aquellos pintores románticos, sólo con una cámara de fotos y la mirada escrutadora a la caza de sorpresas, hemos querido dejar constancia de la nobleza y el encanto constructivo de algunos edificios de esta parte de la ciudad moderna de Rabat, de algunas pequeñas joyas de la arquitectura de principios de siglo que se esconden desdeñosamente a la mirada, olvidadas a veces por sus habitantes de forma injustificada.

El estilo particular que encontramos en esta ciudad es común a todas las urbes modernas de Marruecos y procede de la rigurosa normativa que se aplica a partir de 1915 por parte del mariscal Lyautey, residente general de Francia en Marruecos.

Reclama para esta operación a los mejores especialistas dedicados a la investigación arquitectónica y son ellos los que construyen los nuevos proyectos, bajo la dirección de Henri Prost, artista-arquitecto, Gran Premio de Roma. Prost es un arquitecto culturalista que va a edificar inspirándose siempre en los modelos tradicionales. Su objetivo es el de pre-

servar la belleza del entorno y ofrecer conjuntos urbanísticos armoniosos.

Bajo el lema del respeto a las creencias, costumbres y tradiciones de las diferentes comunidades que conviven en el país, se imponen unos principios rigurosos en materia de urbanismo: la ciudad antigua, la medina, debe permanecer intacta; yuxtapuesta a ella y unida por un gran eje de comunicación, se construirán las zonas de residentes: la ciudad moderna. En ella se aplican los principios teóricos del urbanismo más moderno. Así está diseñada la ciudad de Rabat. Entre la medina y el Palacio del Sultán, en el vasto espacio cerrado por la muralla almohade, se van a ubicar todos los edificios públicos, administrativos y de servicios, con un notable respeto por el medio paisajístico.⁵

El Tratado de Protectorado de febrero de 1912 facilita la tarea a los grandes bancos: Banco de la Unión Parisina, Banco de París y Banco de Países Bajos, para fundar la Compañía General de Marruecos que va a iniciar la tarea de desarrollo del país.

A los pocos meses de la firma del Tratado, Lyautey convierte a Rabat en la capital de país, "point de départ de sept grandes voies naturelles qui s'épanouissent en éventail dans toutes les directions".⁶ Rabat estaba situada en posición ideal para ser la capital administrativa del país, frente al prestigio tradicional de Fez, residencia del Sultán Mouley Hafid. Además, se encontraba a noventa kilómetros de Casablanca, capital comercial, y en el eje litoral donde se encontraban gran parte de las actividades económicas. Estaba también próxima a Kenitra, la zona agrícola más próspera de Marruecos. De esta forma logra para la capital del país una neutralidad política y social que garantice el desarrollo y la prosperidad. Su pensamiento, en palabras de su sobrino Pierre Lyautey, era: "Rabat será como

Washington, mientras que Casablanca como la Nueva York de África".⁷

El 1 de abril de 1913 se firma el primer decreto para la organización de las Comisiones Municipales, y a partir de 1914 toda una serie de medidas que regulan las condiciones a las que deben someterse todos los planes de construcción: la altura de las viviendas, los materiales empleados, la decoración de las fachadas, los colores de los revestimientos... Todo debe colaborar en la armonía ornamental conforme a un lenguaje arquitectónico común. La idea recurrente es la de incorporar lo autóctono tradicional (foto 1) a los edificios públicos oficiales que constituyen el núcleo de la ciudad moderna (foto 2).

Arquitectos como Laprade, autor de las antiguas Direcciones de los Ministerios, en el actual barrio de los Ministerios (foto 3), así como de la antigua Residencia de Lyautey en el mismo barrio; Laforgue, constructor de la catedral; o bien Pertuzio, Marrast, Cadet, Marchisio, Laporta, Balois, etc., eran investigadores interesados por las nuevas orientaciones de la arquitectura moderna.

Junto a las construcciones de carácter público erigidas con criterios muy estrictos, y para que sirvieran de ejemplo a nuevas construcciones, se realizan otros conjuntos urbanos de carácter privado; el más importante es el eje de la avenida Mohamed V y sus calles adyacentes, y el eje transversal, concebido inicialmente, que unía el Ministerio de Justicia -actual Parlamento- y que, atravesando el hueco central abierto en el Hotel Balima permitía alcanzar la Tour Hassan. Esta perspectiva se perdió con la construcción posterior de la Prefectura de Policía.

En la construcción privada hay dos grandes escuelas enfrentadas: la corriente del "movimiento moderno" y la "nueva tradición" o arquitectura ecléctica. Esta última, desarrollada en Europa por el llamado Art Déco,⁸ es la mejor representada



Foto 1

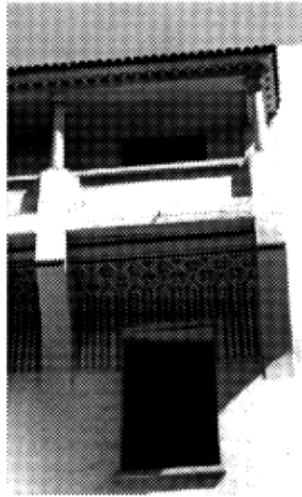


Foto 4



Foto 7



Foto 2



Foto 6



Foto 3



Foto 8

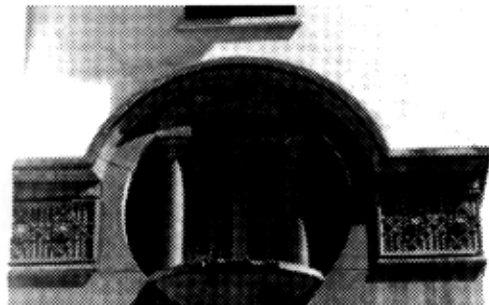


Foto 5



Foto 9

en esta ciudad y de forma espectacular en la vecina Casablanca. Son edificios construidos con una gran riqueza decorativa y donde, sobre una estructura tradicional que responde a criterios de construcción decimonónicos, se pone a prueba la imaginación y la sensibilidad de los *mallmin*, artesanos, al dejarles gran libertad en la elección de los motivos geométricos o florales omnipresentes en la madera, la escayola, la piedra, la cerámica o la forja de hierro.

Ejemplos abundantes se encuentran en la arteria principal de Rabat, la avenida Mohamed V, así como en las calles transversales cercanas a la medina, en donde participaron arquitectos de reconocido prestigio. Ejemplo de ello es el primer edificio de dicha avenida situado junto a la medina, obra de J. Balois (fotos 4 y 5).

Todos estos edificios, de tres o cuatro plantas, presentan unos elementos comunes: amplios soportales -propios de la estructura de vivienda tradicional-, galerías corridas en la planta superior (foto 6), aleros realzados, líneas curvas de amplio despliegue, que ocupan amplios sectores de la fachada (foto 7), a veces de forma repetida (foto 8), balcones en saliente rompiendo la línea recta, con aleros semicirculares sostenidos por series de columnas con un motivo decorativo común (foto 9), paños de fachada realzados en octógono.⁹

En cuanto a lo específicamente decorativo, presencia de canalillos y estrías, escalonamientos que evitan tanto el cubo como el círculo, molduras y bajorrelieves siguiendo la horizontal elevada de los aleros o separando en vertical distintos paños de fachada, paneles geométricos con motivos florales, frutas, guirnaldas o simples detalles ornamentales que recuerdan el trabajo en yeso, madera, azulejo o metal, tan propio del arte islámico (fotos 10, 11 y 12).¹⁰

La forja de hierro en rejas, balaustra-

das, balcones y enmarcaciones de puertas es producto artesanal rescatado de la tradición y que el Art Nouveau y Art Déco han recuperado también para el diseño industrial (fotos 13 y 14).

Ante el volumen enorme de obras encomendadas por el Gobierno y los particulares, muchas empresas constructoras extranjeras, especialmente italianas, se instalaron en Marruecos y se hicieron responsables de los edificios que iban a firmar junto a los arquitectos. Aportaron materiales nuevos como el granito, recuperaron los tradicionales como el mármol, pero, sobre todo, dejaron una impronta inequívoca en el tratamiento de la decoración floral "a la florentina" en varios edificios de Rabat" (foto 15).

Interesante como conjunto arquitectónico de la misma época, aunque mucho más modesto que el equivalente de Casablanca, es el Habous (Diour Jamaâ). Al sur de la ciudad, anexo al barrio de les Orangers se levanta una serie de residencias individuales, de volumen regular en forma de cubo de color blanco, estructura ésta muy querida por Laprade, ornamentación extremadamente depurada, limitada a un friso de teja verde, único elemento de color. Disposición cerrada en torno a un patio. Tratamiento especial de los ángulos con salientes de piedra, o bien saledizos sobre vigas de madera esculpida.

En cuanto al *movimiento moderno* en la arquitectura de Marruecos, por razones obvias, se va a presentar de forma más tardía que en EEUU y en Europa. Se caracteriza por un deseo de simplicidad y sobriedad en la forma, desdén por lo decorativo, y es fruto de una reacción contra los estilos tradicionales. Es consecuencia de la aparición de nuevos materiales, o de una utilización especial de los mismos: el cemento, el hierro y el vidrio, así como de la necesidad de responder a las nuevas formas de vida de una población que, here-



Foto 10



Foto 13



Foto 14



Foto 11



Foto 15



Foto 12



Foto 16

dera de la revolución industrial, ha cambiado notablemente de valores.

Es el estilo llamado funcional, que estima que la única belleza admisible es la resultante de las formas producidas por la función que desempeñan los elementos constructivos. En sus primeros momentos, este funcionalismo evita el empleo de materiales que tengan una

simple función decorativa. Gropius y Bauhaus en Alemania, Le Corbusier en Suiza y Francia, Lloyd Wright en EEUU, son los grandes nombres de este movimiento de ruptura.

En Marruecos, el funcionalismo se va a expresar inicialmente con medidas de atención a la higiene¹⁷. Se aprovechan las ideales condiciones climatológicas que

posee el país para construir con amplias aberturas horizontales que garanticen el aprovechamiento óptimo de la luz y el calor: terrazas, balcones y logias que facilitan la vida al aire libre en los inmuebles colectivos. Ejemplo ilustrativo podrá ser el actual Instituto de Enseñanza Hassan II, llamado Lycée Gouraud en el momento de su construcción llevada a cabo entre 1925, con los primeros pabellones científicos, y 1930, con los servicios administrativos (foto 16).

El racionalismo y la tecnología se expresan en algunos edificios, en donde se percibe la impronta de Le Corbusier, para quien la arquitectura es "un juego inteligente y magnífico de volúmenes unidos bajo la luz (...). Los cubos, los conos, las esferas, los cilindros y las pirámides son las grandes for-

mas primarias que la luz revela bien"¹³.

Pero esta nueva escuela de pensamiento, que no se hará realidad en Marruecos hasta bien entrados los años cuarenta, no ha sido objeto de nuestro paseo fotográfico. Nos hemos fijado básicamente en los edificios de la llamada escuela *neotradicional* o *culturalista*, que, como ya hemos señalado, no pertenecen propiamente al movimiento moderno, porque no tienen en cuenta las nuevas formas. Ahora bien, sus procedimientos, su actitud frente a la tradición, la asimilación y recuperación de los aspectos más funcionales de la arquitectura autóctona, hacen que todos estos conjuntos urbanos constituyan un precioso patrimonio artístico que de ninguna manera debe perderse¹⁴.



NOTAS

1 Este descubrimiento pictórico va a ser definitivo para toda la historia de la pintura posterior y va a constituir el principio formal del impresionismo. Más reflexiones sobre este asunto se encuentran en Daguerre de Hureau, A. y Guégan, S. (1994): *L'ABCdaire de Delacroix et l'Orient*, Institut du Monde Arabe, Flammarion, Paris.

2 Los hermosos dibujos de A. Laprade recogidos en *Croquis: Portugal, Espagne, Maroc*, Vincent Fréal et Cie éditeurs, Paris, 1958. La cita corresponde a la introducción del autor a la obra.

3 *Op. cit.*

4 La revista *Aljamía*, nº 2 recoge una semblanza de la arquitectura de esta ciudad en el artículo de Juan Luis Suárez Granda, "Razones para Casablanca", Casablanca, 1992.

5 Una visión de conjunto bastante interesante y de lectura obligada para hacerse una idea general sobre este tema, se encuentra en *La Grande Encyclopedie du Maroc. Arts et traditions*, Rabat, 1987.

6 En Saad Benzakour, *Essai sur la politique urbaine au Maroc (1912-1875), sur le rôle de l'Etat*, Paris, 1989.

7 Jacques Caille, *La petite Histoire de Rabat* (3 vol), Ed. Atlantique, Casablanca, 1954. Para cierta documentación gráfica consultar R. Normand, *Rabat, les débuts d'une municipalité au Maroc*, Comité du Maroc, Paris, 1914.

8 Esta denominación se aplicó a todas las producciones artísticas surgidas a partir de la Exposición Internacional de Artes Decorativas e Industriales Modernas de París en 1925. Un desarrollo amplio de esta corriente artística se encuentra en Fernando Chueca Goitia, *Historia de la arquitectura occidental*, vol. XI, *El siglo XX, de la Revolución Industrial al Racionalismo*, Ed. Dossat, Madrid, 1989.

9 Más sobre los rasgos específicos de esta tendencia en Pérez Rojas, *Art Deco en España*, Alianza, Barcelona, 1989. Ilustrativo también para ver la especificidad de este movimiento es el artículo de Antonio Bravo Nieto, "L'architecture coloniale espagnole du XX siècle au Maroc" en *Maroc-Europe*, nº 5, 1993, pp. 159-175.

10 H. Gayot, *Le décor floral dans l'art de l'Islam occidental*, Ed. Ecole du livre, Rabat, 1955.

11 Es muy interesante a este respecto examinar el artículo de Claude Verdugo, "Le Maroc des architectures" en *Architecture méditerranéenne*, nº 44, Maroc, 1994. A pesar de su brevedad es la información más documentada que existe sobre la arquitectura del siglo XX en Marruecos.

12 *Op. cit.*, p. 16

13 Fernando Chueca Goitia, *op. cit.* Sobre los orígenes del funcionalismo es de sumo interés la lectura de la obra de Kenneth Frampton, *Historia crítica de la arquitectura moderna*, edición en castellano de Gustavo Gili, Barcelona, 1993.

14 Queremos agradecer a Luisa Rodríguez y a Mustáfa Kaddouri la generosa ayuda que nos han prestado; sus sugerencias y apoyo documental nos han resultado de gran interés. A Venancio Iglesias también, por el material gráfico que nos ha facilitado.

Guerra y convivencia

Rabea Hatim

España y su vecino meridional, dos países que se espejan y espejean en las aguas del estrecho, se vieron de pronto comprometidos en una guerra colonial. Ambos contendientes vieron cómo poco a poco pasarían de simples escaramuzas a cruentos combates, que tuvieron como consecuencia el que numerosos jóvenes españoles se hallaran en la obligación de acudir a la llamada de un “abrumador deber nacional”¹¹ como dijo Antonio de Escamilla, por coincidir la guerra y el llamado desastre de Annual de 1921 con su servicio militar. Entre estos jóvenes figuraban algunos escritores que luego formarán parte de la denominada Generación del 27, a saber, Ernesto Giménez Caballero, José Díaz Fernández, Ramón J. Sender y Arturo Barea, en cuyas obras testimoniales, donde narran sus vivencias en Marruecos, nos basaremos para analizar el tema propuesto. Estas obras son respectivamente las siguientes¹²:

Notas Marruecas de un soldado
El bloqueo
Imán
La forja de un rebelde

Para no alejarnos del tema de la convivencia que ahora nos preocupa, no vamos a pasar revista a todos los hechos que produjeron esta guerra. Sin embargo sí vemos conveniente recordar brevemente algunos datos históricos a guisa de antesala, antes de entrar en el espacio de la guerra y de la convivencia.

Los historiadores concuerdan en que Marruecos, con un gobierno central debilitado e imposibilitado de pagar sus deudas, se verá poco a poco descompuesto y abierto a la injerencia de las potencias extranjeras en sus asuntos internos, hasta la instalación oficial de un protectorado hispano-francés en 1912 que inaugura un largo proceso colonial.

Como no fue su viaje predilecto el desplazamiento a Marruecos, sino más bien una marcha al moro entre “soflamas patrióticas”, estos autores descubrirán una realidad distinta de aquella imagen que tenían formada en su mentes, es decir, la de los “presidios de África” o la de la eterna “guerra al infiel marroquí”³³, basada en un sinnúmero de estereotipos acerca del país y de sus habitantes, pero que paulatinamente irán desmitificando, mientras avancen en su estancia en Marruecos. Para el soldado español, Marruecos era una tierra de guerra, y el moro, un enemigo que había que civilizar o matar. Los cuatro autores citados no compartían estas ideas, a pesar de su participación en la empresa bélica en cuestión, que a lo largo de sus obras no dejarán de desconceptuar, lo mismo que harán con todo aquello que constituía la base de cuanto para ellos definía lo que era el moro y su tierra, declarando abiertamente su antimilitarismo y su pacifismo, tras la vivencia en Marruecos y la convivencia con el moro. A título ilustrativo, Giménez Caballero nos había comentado verbalmente que al partir a Marruecos se fue con la idea forjada del “moro guerrero, salvaje y sin casa”, pero en la convivencia, una serie de imágenes muy diferentes irán desfilando sobre el moro y sus costumbres.

De los soldados españoles que fueron a Marruecos, la mayoría eran campesinos y jornaleros, como este soldado andaluz de Giménez Caballero, por ejemplo:

-Pepe Díaz era un joven apasionado andaluz, corpulento, lleno de vitalidad y de gracia. La vida de soldado en Marruecos, le aburría y le desesperaba (p. 39).

O como este otro de que habla Arturo Barea:

-Romero, el sargento del almacén, era un andaluz alegre, expansivo y ágil. Es de un pueblito de la provincia de Córdoba; sus padres eran

modestos labradores. Se quedó en el cuartel para escapar de la miseria que había en casa (p. 159).

A Marruecos irán también muchos jóvenes españoles en busca del rancho; su aspecto es “cabileño y salvaje”, según Giménez Caballero, calificativos que en esta narrativa se reservan al moro. Allí ejercerán oficios como el de limpiabotas a causa de “esa Andalucía benefactora del oficio” como dice Giménez Caballero. El moro y el andaluz, al menos ante la miseria, son iguales, como lo son también los niños moros, cristianos y judíos en el espacio sucio y pobre de la judería. Arturo Barea llega a dejarse fascinar por este ambiente donde se practica la religión musulmana, como la judaica, sin estorbarse la una a la otra. Marruecos se vuelve una especie de “España medieval resucitada”, según él. Similar a esta sensación es la que había experimentado Juan Santiuste, protagonista de *Aita Tettauén* de Galdós a quien agradaba Marruecos porque:

El Islam y el Israel practican su fe sin estorbarse el uno al otro. Esta paz entre las religiones le sorprendía y le encantaba³⁴.

La imagen de la convivencia que tratamos aquí, ofrece dos facetas en permanente conjugación, que son:

- convivencia y hostilidad
- convivencia y aceptación

Nuestros principales protagonistas serán el soldado español y el moro, las verdaderas víctimas de esta guerra, según estos autores. En este frente a frente, el moro será objeto de continuos insultos por parte del soldado, como podemos ver en el caso del soldado de *Imán* que llama a los moros *infiel* (p. 53), o los insulta diciendo:

-¡Idiotas, idiotas; ahora rezáis! Luego vendréis otra vez a tirarnos y a ver si brincáis la alamburada. ¡y nosotros, días y días... (p. 154).

Al hablar de cómo hacen los moros las trincheras, vemos a Viance, el personaje principal de *Imán* profiriendo insultos

como estos: "Pero además, *los hijos de puta* al cavar las trincheras echan la tierra atrás..." (p. 87). En otras ocasiones el mismo Sender evita insultar directamente a los moros, prefiriendo que lo haga en su lugar un agonizante o un loco: "*Morancos de la hostia*" (p. 180). También con Arturo, los juicios negativos son presentados por un soldado en la mayoría de los casos; esto le permitía dejar abierta la posibilidad de comunicar con el moro aunque sólo fuera a nivel de superior a inferior.

Sin embargo, no faltará por otra parte la compasión del soldado español hacia el moro, al mismo tiempo que clamará su indignación hacia sus compatriotas que exhuman los cadáveres de aquellos:

¿Desenterrarías tú un cadáver en tu tierra así, sin más? Ni tú ni nadie, porque eso es lo más sagrado. Pues aquí ya han sacado por cuarta vez de la tierra a un pobre moro... ¿Quién lo ha desenterrado? Dirán que los chacales. ¡Mierda, digo yo!... (p. 64)

Benito Pérez Galdós, pionero de la denuncia y del antimilitarismo de la guerra contra el moro, en *Aita Tettauén* había tratado ya este tema del maltrato dado a los cadáveres de los moros:

*Eran arrojados por el cantil abajo, y algunos quedaban con medio cuerpo en el agua y medio en las rocas, para el equitativo reparto entre aves y peces.*¹⁵

El cronista de Galdós siente indignación y descorazonamiento al ver que los cristianos eran enterrados con un respeto muy grande: "los otros -es decir, los moros- por simple ley de sanidad", para que no corrompieran el aire. El soldado español estaba convencido de que el hedor no podía emanar de los cadáveres cristianos, sino de los moros. En *Imán*, el soldado Otazu dice lo siguiente: "que cuando viene de allá es un verdadera *bofetá* de mierda", "que el hedor es precisamente de los moros muertos", "Un cristiano no puede ser que dé tanta peste" (p. 120). Sin embargo, el cronista de

Galdós siente más lástima ante los "muertos berberiscos que ante los cristianos" (p. 54) porque consideraba que cada quien luchaba por el honor de su patria, sobre todo porque al final debajo de la tierra, "los dos honores quedan reducidos a un solo honor" (p. 54). Galdosianos en su mayoría, estos autores de que hablamos reiterarán ideas anticipadas ya en *Aita Tettauén*. Para Galdós la guerra de 1860 era innecesaria porque en realidad el moro y el español son más hermanos de lo que parece. Si quitamos la lengua, el parentesco y el aire de familia saltan a los ojos. El moro es tan celoso como el español en lo que a su actitud hacia las mujeres se refiere. La mujer alpujarreña se puede confundir con una mora, tiene la casa "llena de sahumerios, sabe hacer alcuzcuz". Estos argumentos los utiliza Galdós para apaciguar la furia contra el moro y disminuir el entusiasmo bélico de la opinión pública española. Galdós explicitará más su rechazo de la guerra contra los moros en su obra *El caballero encantado* a través de su personaje "La Madre", que simboliza a España:

*Veo en mi raza confundidas las grandezas árabes con las ibéricas, así en la guerra como en las artes, y aspiro a mantener fraternidad con los que fueron mis conquistadores y luego mis conquistados... Tú no comprenderás esto. Tienes tu cerebro revestido de telarañas, obra lenta de los altercados religiosos en siglos y siglos... Pues yo te digo ahora, para que te pases y pasándote vayas aprendiendo, que toda guerra que mis hijos traben con la gente mora, me parece guerra civil.*¹⁶

El parangón entre la guerra de Tetuán de 1860 y el desastre de Annual de 1921 nos parece inevitable porque el problema militarista español no parece datar de este último, con Berenguer, Silvestre y otros, como afirman Arderius y José Díaz Fernández, quienes culpan a los generales de su guerra contra Marruecos:

Han sido siempre los generales (...). Precisamente estoy leyendo la historia de los pro-

nunciamentos del siglo XIX. ¡Qué vergüenza! Aquel O'Donnell, aquel Narvez, haciéndolo todo a espaldas del pueblo. Aquel Prim, que no era capaz de concebir siquiera una república para su país. ⁽⁷⁾

En la guerra de 1921 se reanuda así el roce entre el moro y el soldado español. El encuentro se efectúa tanto en el campo de batalla como en la ciudad o en el zoco, etc. Volvemos a verlos juntos en varias situaciones como en el siguiente escenario, cunado un soldado español recibe la visita repentina de un moro:

-Tenemos visita -dijo. Un morazo viejo y cuatro fulanos con fusiles. El viejo se ha metido en la tienda del capitán y están discutiendo con él. Es el jefe de la Kábila del otro lado y no me gusta un pelo su cara. (p. 56)

La reacción del soldado ha sido la siguiente:

En un buen llo nos ha metido usted, Barea. Entiéndaselas usted con el fulano éste. (p. 56)

Sin embargo la razón por la cual el jefe de la Kábila acudió a pedir ayuda a los que eran sus enemigos y contra los cuales combatía, era simplemente la enfermedad de su hijo. Para ello ambas partes se olvidarán de las armas para salvarle. Gracias a esto a Barea y a su ayudante les corresponderá tomar un verdadero té con hierbabuena:

El padre nos invitó a tomar un té con él. Por primera vez bebí un verdadero té marroquí con hojas de hierbabuena flotando en él y todo el ritual de un moro notable. (p. 57)

A Arturo Barea tampoco le repugnaría curar al moro que tiene sarna, ni ir a la kábila para curar al hijo del jefe de la misma. Después de la curación, se traba una amistad entre Barea y el viejo moro. Este último, al sentirse agradecido ofrecía a toda la posición "frutas, huevos y gallinas..." (p. 58). Esta misma situación la encontramos en Ruiz Albéniz, cuando ejercía su oficio de médico en las minas de Beni Ifrur. Los obsequios eran también productos alimenticios similares. Ruiz Albéniz, cuando cura al hijo del jefe de

kábila, éste le lleva "el pocillo de excelente miel, fluida y olorosa, o cestillos de higos rezumando almíbar" ⁽⁸⁾. En el caso de Díaz Fernández, el único moro que le causó repugnancia fue el hijo del "gran visir, que era su amigo de café". Las razones de tal sentimiento no fueron ni el salvajismo, ni la suciedad ni el estado primitivo del moro, características bastante reiteradas en esta literatura, sino porque dice el autor:

Haddú me repugnaba, porque era un señorito cínico, que se reía del Corán y de su raza; bebía mucho y se gastaba la plata "hassani" del visir con las cupletistas españolas. (p. 53)

A pesar de ser su "enemigo inmediato", el moro de Díaz Fernández goza de cierta simpatía del autor por defender su tierra. La "cabila" le "daba una acentuada sensación de vida en común", de "microcosmos social" que no se conseguía en el campamento, a causa del régimen militar (p. 21). La repugnancia que siente Díaz Fernández hacía Haddú y la simpatía hacia el moro que lucha por su tierra tienen su explicación en estas palabras del autor:

En primer lugar, queridos jóvenes españoles, ahora, como en todos los días de la historia, las diferencias que separan a los hombres de la tierra, son diferencias morales. ⁽⁹⁾

Si de una manera general, el soldado de Arturo Barea sólo se fijaba en los aspectos negativos del moro, el de Sender se fijará en algún aspecto positivo, lo mismo que el de Díaz Fernández, como acabamos de ver en el ejemplo anterior. Veamos lo que dice un prisionero español en *Imán*, que no había querido volver a Melilla porque:

Paso hambre, aguanto palos, no tengo un céntimo y estoy como en la cárcel, y todo pa que ocurra lo que acabamos de ver. La única herida que llevo me la ha hecho un oficial, y ya veo que entre los moros se ayudan y que no hay tanta casta. Todos son hombres y yo otro hombre más. (p. 230)

El aspecto humano del moro así pre-

sentado se opone a la dureza, tanto de la vida militar como de los oficiales.

Aun siendo un interlocutor importante, el moro de Sender es difícil de captar, es más bien escurridizo, es una simple silueta, algo borroso que se mueve en silencio, imponiendo un ambiente monótono, insoportable para el soldado. Esta sensación también la expresa Díaz Fernández, que se siente abrumado:

Dijérase que los moros preferían para nosotros el martirio de la monotomía. (p. 15)

El moro es monotomía, es silencio a pesar del ruido de sus armas; es también fantasma. En cuanto se acerca Vianca a un moro, éste desaparece, lo que hace imposible un encuentro frontal, así como todo tipo de diálogo. Se le describe con parámetros ajenos, impidiendo que inter venga para emitir su opinión. En general, el moro de esta literatura es un personaje mudo, pero cuando le quieren hacer hablar, le escogen el lenguaje de los "pieles rojas", salvo en el caso del moro "europeizado", a quien se le permite hablar perfectamente el español o el francés. Un ejemplo de tal lenguaje es el siguiente:

¡Ah, paisa! -advierde un soldado indígena-. Yo hacer guerra como rata. Gobierno español asende cabo Ali y cabo Ali nunca estar por operaciones. Persona mío veintitrés balazos, y nada. Antes haser guerra cabeza por sielo, ahora yo como rata, piedra, piedra, y si no hay piedra quieto. (p. 42)

En este lenguaje hablado por el moro corriente, domina el infinitivo. Santiago Prats Escudero nos da la siguiente explicación de ello al tener la ocasión de dialogar con un moro, después de escuchar la frase "No poder fumar, estar solo":

Yo, claro está, no entiendo esta jerga, y no por el abuso de los infinitivos (cosa corriente entre los que ignoran una lengua, por ser la forma más fácil del verbo) sino por el sentido, para mí oculto, de dicha expresión.¹¹⁰

Este tipo de lenguaje lo empleará Arturo Barea para dialogar con un moro

del campo:

Mi hijo estar malo. Su tripa estar dura. Tener mucho calor y mucho ruido en cabeza. Yo venir por ti, el sargento doctor; tú venir conmigo y nada pasar. Yo deja aquí cuatro moros con fusila. Si algo pasa a ti, capitán puede matar a todos. (p. 56)

Como vemos, las frases son entrecortadas, se repite a menudo el infinitivo, pero esta forma de hablar no tardará en desaparecer al evocar a Allah: "La voluntad de Allah es única" (p. 56). No sólo esto, sino que la conversación seguirá en buen español al surgir el tema del colonialismo; entonces Sidi Jussef, quien tenía dificultad para convencer al sargento Barea de que fuese a curar a su hijo, ahora emite opiniones sobre un asunto tan importante como puede ser la política colonial de España:

-Los españoles son malos conquistadores -dijo-, pero son buenos colonizadores. El español tiene una adaptabilidad peculiar. Puede adoptar todas las características del mundo que le rodea y sin embargo mantener su personalidad intacta. La consecuencia es que a la larga absorbe el pueblo que ha invadido. (p. 59)

A Arturo Barea le había sorprendido la forma de reflexionar de Sidi Jussef y su conocimiento de la historia de España, y que "aquel moro conociera la historia de España mucho más profundamente que la mayoría de los españoles". Le impresionó el contenido de la conversación de este moro, dejando de lado la forma del lenguaje empleada al principio por la misma persona. Así vemos que el autor escoge la forma de hablar para su interlocutor en función de la imagen que quiere dar de él. La mayoría de los autores encargan a un verdadero español que se hizo moro expresar las cosas serias y los juicios importantes. El desconcierto de Barea ha encontrado la siguiente respuesta:

-Dicen que Sidi Jussef es un español que hace muchos años se escapó del penal de Ceuta. (...) Mi padre fue un oficial de prisioneros y ha conocido muchos presidiarios que se escaparon, o a quienes

se puso en libertad, que se fueron con los moros. La mayoría de ellos llegaron a jefes de kábila. (p. 59)

Un caso como el de Sidi Jussef lo encontramos en *Aita Tettauen* al hacer Galdós, de *El Nasiry*¹⁰, un español islamizado, "poderoso señor musulmán o renegado de alta escuela, al estilo de Ali Bey"¹¹ quien ponderará las ventajas de vivir en Marruecos, "distrayéndose para ello de lenguaje, de costumbres y de religión..."¹². Esto fue lo que confesó a Yahia, que también era español: "Yo soy Juan -le dijo- no Yahia, como tú me llamas"¹³. Huyó del "campo español porque le agobiaba el alma el espectáculo de la guerra", y porque ha preferido vivir en una tierra donde todos los hombres son iguales.

Otro ejemplo del moro que aparece hablando español es Hamú que ejerce de "médico moro", tal y como nos lo presenta Ruiz Albéniz. Aquí también se repite la escena del asombro, tras la cual se confirma la españolidad de quien se sospechaba que era moro. Hamú, que no es ni más ni menos que un renegado, traicionado por su español castizo, distinto al español que chapurrean los indígenas de las minas, confiesa su verdadera identidad:

-No se asombre, señor, yo, aunque me ve usted aquí ejerciendo de médico moro, aunque me oiga llamar Hamú por estas gentes, soy tan español como usted.

-¿Español?

-Sí. Renegado."

Tanto el renegado de Galdós como el de Ruiz Albéniz escogieron vivir en Marruecos por considerar que es un refugio para salvarse de la rigidez de las leyes españolas, más que por convicción religiosa. Para Ruiz Albéniz estos españoles han llegado al Rif en su mayoría evadidos del penal de Melilla. A esas mismas leyes alude *El Nasiry*, anteriormente mencionado, para justificar su decisión de permanecer en Marruecos y no volver a España:

"Ensalzó el beneficio grande que resultaba de existir allí muy pocas leyes..."¹⁴, además de "una simplificación legislativa".

De todo esto, concluimos que el moro era incapaz de comunicarse en buen español, si era un "auténtico" moro; en el caso contrario, como hemos visto, tiene que ser forzosamente un español refugiado en Marruecos por una razón u otra. Su lengua de "perfecta" entonación castellana, como dice Galdós de Yahia, o la pureza del lenguaje del *El Nasiry*, lo hacen diferente del verdadero moro.

Otra variante del moro que convivía con el soldado español en esta guerra era la de *Regulares* o *Mehala*. Estos moros le infunden miedo. Su presencia no hace más que acentuar sus temores y añadirle cierta confusión. En realidad, no sabe si contar con ellos o desconfiar, porque ante todo eran moros. Siente que en el fondo algo le separa de ellos. Constituyen un verdadero problema: "desfallecidos de sed" y de "desesperanza" se rebelan. Cuando una escena le desconcierta, no sabe si los moros que intervienen en ella actúan contra España o en favor de ella. La impresión general que Sender deja traslucir es que estos moros que están al servicio de España no sienten ninguna motivación por luchar contra sus propios compatriotas: "¿Y los áscaris? Es igual que estén con nosotros o en contra" (p. 119); cuando se les presenta la ocasión se sublevan, la mayor parte aprovechando el relevo:

En un intervalo se oye a un áscari de los que se sublevaron en el relevo:

-Comandante, a la orden de usted. Ahí va agua. Y tira una granada en la alambrada y tumba tres piquetes. (p. 123)

El traidor no era sólo el moro de la *Mehala* o regular, sino también el soldado de las "tropas de reemplazo". De esta desafección, nos dice Andrée Bachoud, hablando del militar de carrera, de las tropas de reemplazo y de la actitud de sus soldados:

*Veremos que el soldado de reemplazo no está dispuesto a hacer una guerra a la que paga un tributo demasiado pesado; deserta o entra en combate a regañadientes. Esta convicción resulta dramática para el oficial de carrera.*¹⁷⁾

Los moros que están al servicio de España no parecían gozar tampoco de la simpatía de Díaz Fernández. Así lo expresa en *Vida de Fermín Galán*:

*Al principio, no me eran simpáticos, porque, en fin de cuentas, sirven al enemigo y combaten contra los suyos.*¹⁸⁾

Este mismo soldado que forma parte del contingente nacional, como es el caso de Viance, siente a su vez la desafección del soldado moro. Es esta actitud la que vimos calificada de traición en las "situaciones críticas" en las que se encontraba muy a menudo, tanto el militar de carrera como el soldado de reemplazo en *Imán*. Un grito se alza para acabar con esta traición en el caso de los regulares: "¡Hagan fuego sobre los regulares!" (p. 274)

Y así fue la convivencia en una guerra...



NOTAS

1. ESCAMILLA Y RODRÍGUEZ, Antonio M. de (s.f.) *Marruecos visto y soñado*, Barcelona, Artes Gráficas, p. 5
2. Las citas correspondientes son de las siguientes ediciones:
Notas Marruecas de un soldado (1923), Madrid, sin ed.
El bloqueo (1928), Madrid, Historia Nueva.
Imán (1976), Madrid, Destino.
La forja de un rebelde. La Ruta II (1977), Madrid, Turner.
3. SORIANO, Rodrigo (1921): *¡Guerra, guerra al infiel marroquí!*, Cuenca, tip. El Día de Cuenca.
4. PÉREZ GALDÓS, Benito, *Aita Tettauén*, Madrid, Hernando.
5. *Ibid.*, p. 54
6. PÉREZ GALDÓS, Benito, *El caballero encantado*, Madrid, Cátedra, p. 236
7. ARDERÍUS, Joaquín y DÍAZ FERNÁNDEZ, José (s.f.): *Vida de Fermín Galán*, Madrid, Zeus, p. 38
8. RUIZ ALBÉNIZ, Víctor (1921): *Kelb Rumi*, Madrid, Rivadeneyra, p. 23
9. DÍAZ FERNÁNDEZ, José (1930): *El nuevo romanticismo*, Madrid, Zeus, p. 54
10. PRATS ESCUDERO, Santiago (1915): *Por Andalucía y Marruecos*, Salamanca, Manuel P. Criado, p. 211
11. Robert Ricard en un artículo titulado "Cartas de Ricardo Ruiz Orsatti a Galdós acerca de Marruecos (1901-1910)" en *Anales Galdosianos*, vol III, 1969, pp. 99-100, dice: "Cuando Ruiz Orsatti supo por la *Correspondencia de España* que Galdós proyectaba insertar en sus *Episodios Nacionales*, un relato de la guerra de 1859-1860 hecho desde el punto de vista marroquí, le ofreció su colaboración de especialista y le mandó espontáneamente la traducción castellana de un capítulo de *la Historia de Marruecos del Nasiry*". En efecto, en la carta número 2, Ruiz Orsatti escribe lo siguiente: "Hace ya tiempo tuve el honor de enviar a V. la traducción de un capítulo de *la Historia de Marruecos* de Xej Ahmed El Nasiry Selauí referente a la guerra de Tetuán del año 1859". Como bien precisa Ruiz Orsatti, El Nasiry es slauí, es decir de Salé, nacido en ella en 1835, según su biografía que figura en el primer tomo del libro mencionado. Después de inspirarse en este libro del Nasiry, Galdós hace del mismo autor el personaje del renegado Juan Santiuste.
12. PÉREZ GALDÓS, Benito, *Op. cit.*, p. 202
13. *Ibid.*, p. 202
14. *Ibid.*, p. 199
15. RUIZ ALBÉNIZ, España en el Rif, p. 56
16. PÉREZ GALDÓS, *op. cit.*, p. 203
17. BACHOUD, Andrée (1988): *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Madrid, Espasa Calpe, p. 116
18. ARDERÍUS, Joaquín y DÍAZ FERNÁNDEZ, José (s.f.): *Vida de Fermín Galán*, Madrid, Zeus, p. 35

Masonería y nacionalismo marroquí en los años treinta

Alí Lmrabet

Cuando Francisco Franco, nuevo jefe del Ejército del Sur, aterriza en Tetuán el 19 de julio de 1936, dos días solamente después del estallido de la guerra civil, el que va ser generalísimo de todos los ejércitos españoles se apresura a pedir información sobre una lista de afiliados a las logias masónicas implantadas en la zona del protectorado español. Se sabía por entonces en algunos círculos militares del naciente Movimiento Nacional que un tal Augusto Atalaya, jefe de la Falange de Tetuán había incautado toda la documentación masónica del protectorado en los primeros días del Alzamiento¹. La documentación en cuestión se componía de la historia de la vida masónica en el protectorado, cartas, informes, pésames, felicitaciones, protestas, etc., pero también, y eso es lo que perderá a muchos de ellos, los expedientes personales de los masones. Cada expediente era un retrato fidedigno del iniciado. Con todo su perfil. Su vida de todos los días, sus

antecedentes, su moralidad, su posición social, sus ideas políticas y religiosas eran transcritos meticulosamente en su carpeta.

La masonería en Marruecos era pues un hecho indudable. Desde finales del siglo XIX y más aun a raíz de la ocupación del país por dos potencias europeas, Francia y España, la masonería en Marruecos era asunto de obediencias españolas. Las logias de la zona española, las de Casablanca, Fez, y Rabat (zona francesa), las de Tánger (zona internacional), y hasta la de Orán en Argelia dependían de España². La mayoría de los masones eran españoles residentes en Marruecos y simpatizantes de la República cuando ésta se proclamó en el 31, pero había también un reducido número de judíos marroquíes y otro núcleo, más importante éste, de musulmanes catalogados por los servicios de información como uataníes, es decir nacionalistas.



Al comienzo del Alzamiento Nacional, uno de los masones uataníes más buscados fue Abdeljalek Torres, jefe del nacionalismo local tetuaní desde 1934, fecha de la muerte de su mentor y amigo Abdeslam Bennuna. Torres, al igual que Bennuna, pertenecía a *la Logia Atlántida 448* de Tetuán. Había sido iniciado en ella en 1932, figurando en los expedientes con el nombre simbólico de "Hombre". Se dice que su iniciación respondió a los deseos y consejos insistentes de Bennuna¹ (nombre simbólico Hassan), que pensaba por aquel entonces que ser masón en la zona del protectorado significaba para los nacionalistas marroquíes frecuentar personajes relevantes, republicanos progresistas que podían interceder por ellos en Madrid y entenderlos en sus ansias de "civilizar" Marruecos y sacarlo de la dominación hispano-francesa. No en vano pensaba así Bennuna. Una prueba contundente de esa solidaridad se produjo cuando Bennuna, por haberse encontrado con

uataníes del sur, fue expulsado de la zona francesa en 1933. Inmediatamente, como un solo hombre, todas las logias de Marruecos criticaron a Francia por el "vil atropello contra el hermano Bennuna"².

Bennuna no era el primer masón marroquí. Nombres de notables marroquíes como Hach Alí Ben El Chilali, Hach Alí Butaleb, Hach Abdelkader El Ajdar o Si Mohamed El Meknasí aparecen en los documentos de las logias masónicas del imperio a finales del siglo pasado. En esa época, coexistían en Marruecos logias de filiación norteamericana, francesa y española. En 1890 a instancias de dos venerables masones, Julio Cervera Baviera y Felipe de Borbón, se fundó en tierras marroquíes el Gran Oriente de Marruecos que se disolvió al año siguiente para integrar el Gran Oriente Español. En enero de 1892, se produjo un hecho trascendental que aún hoy intriga a los historiadores de la masonería. Cuando reinaba en Marruecos el sultán Hassan I, una "embajada masónica marroquí" se trasladó a España con el propósito de pedir a la masonería española "iniciar al Sultán y a cinco mil de los principales personajes del imperio"³. Si estudiamos el contexto histórico de la época, la propuesta no parece haber sido casual, ni inocente. Frente al interés cada vez más grande de las potencias por Marruecos, el moribundo imperio xerifiano no veía otra salida para preservar su independencia que la de inclinarse hacia España y la masonería. Se escogió a España, porque el país vecino mantenía con Marruecos lazos seculares y relaciones diplomáticas antiguas, pero también por su condición de "protector" menos peligroso que Francia, Inglaterra o Alemania. Y a la masonería se la escogió, porque se pensaba que la Orden, que se presumía poderosa en todo el planeta, sería capaz de proteger al país y a sus dirigentes de las garras colonialistas. Como es sabido,

la propuesta no prosperó, el ministro de Estado, duque de Tetuán, quien recibió a una delegación del Gran Oriente Español, calificó el ofrecimiento de "tremendo disparate"⁶. Desde entonces, no se habló más del tema, pero la masonería española se instaló masivamente en Marruecos, y más aun en Tánger, donde a partir de 1905 la ya considerada antigua *Logia Abd-El-Azis* fundó escuelas laicas y formó maestros con la ayuda de las logias de España⁷.

Durante los años veinte y treinta tenemos constancia de que la masonería española ya se había infiltrado en altas esferas del ejército español en Marruecos⁸. Pero la Orden se consolida aun más con la proclamación de la República y el infatigable esfuerzo del político radical Diego Martínez Barrio. Ministro de Comunicaciones en el gobierno provisional de la República presidido por Alcalá-Zamora y más tarde de Gobernación (1933) en el gabinete de Alejandro Lerroux, Martínez Barrio, un "masón activo" según Alcalá-Zamora, se interesó públicamente por el protectorado y envió a Marruecos, que dependía por entonces directamente de la Presidencia del Gobierno, "una promoción de masones necesitados o cesantes (...) perturbadores"⁹. El propio Martínez Barrio visitó Marruecos durante esas fechas, felicitando a los venerables hermanos por la labor ejercida en el protectorado e interesándose por las causas de la intervención política y militar en el país. Los archivos existentes hasta hoy no señalan ningún encuentro de importancia entre el ministro español y los nacionalistas marroquíes pero es muy probable que haya habido alguno por aquellas fechas.

El nacionalismo en las principales ciudades del protectorado, sin tener la exagerada importancia que le quieren dar algunos historiadores marroquíes, existía, pero de forma casi familiar. Algunos notables, Abdeslam Bennuna y

Mohamed Daud, se reunían de vez en cuando para arengar moderadamente a algunos decenas de amigos o conocidos. Es solamente a partir de los años treinta, vencida ya la rebelión de Abdelkrim y pacificado el resto del territorio, cuando se comienza a hablar en la parte española de un movimiento "nacionalista" apadrinado desde Ginebra, donde se encontraba exiliado, por un publicista sirio: Shakib Arsalane. No sabemos a ciencia cierta quién aconsejó por esas fechas a los nacionalistas marroquíes para que ingresaran en las filas masónicas, pero los nombres de uataníes y no uataníes integrantes de diferentes logias del protectorado entre 1931 y 1936 es impresionante y viene inmediatamente después de la rocambolesca visita de Arsalane a Tánger y Tetuán en 1930. Abdeslam Bennuna ingresa en la masonería el 29 de mayo de 1931¹⁰ y Abdeljalek Torres el 8 de julio de 1932¹¹. No eran los únicos. Personajes relevantes de la zona como Abdelkrim Loh, ex-compañero del proto-nacionalista Abdelkrim, Jaled Raisuni, hijo del mítico bandolero Ahmed Raisuni, Ahmed Melili, que será después uno de los más importantes colaboradores del naciente franquismo, Mohamed Benani o Thami Uazani, futuro director del semanario *El Rif*, primera publicación árabe financiada por el Movimiento Nacional, figuran como masones notorios iniciados durante esas fechas¹².

Así pues, cuando estalla la guerra civil en Marruecos y especialmente en Tetuán, la primera reacción de los uataníes, cuyo líder Abdeljalek Torres se autodefinía en 1934 como "de izquierdas", fue esconderse. El general Orgaz que tomó el mando como alto comisario después del fusilamiento sin formación de causa de su predecesor, Arturo Álvarez-Buylla, no parecía dispuesto a emprender negociaciones con ellos, ni a tolerar sus actividades. Si fuera por el general Orgaz, a



Thami Uzzai

quien una revista española apodararía años después con el término de "general franciscano"¹¹, todos los masones marroquíes hubieran sido fusilados. A los dos días de su llegada a Tetuán, Franco había dado claras muestras de su cruzada anti-masónica ordenando la creación de una comisión depuradora de los funcionarios de la zona del protectorado, a la que pidió mano dura contra la masonería.

En julio del 36, vencidas las pocas resistencias en el protectorado, el terror militar se apoderó de la zona. En Tetuán, a los militares masones fieles a la República se les fusilaba públicamente en el cuartel de la Alcazaba o cerca de una gruta en lo que hoy es la "Ruta de las palmeras". Testigos presenciales recuerdan esos terribles momentos en los que se llevaba a los militares al pelotón de ejecución. Mohamed Ben Abdalah Guemili del Grupo de Regulares de Tetuán N° 1 recuerda escenas que dice no olvidará nunca. Antes de pasarlo por las armas se le pidió a un comandante un último deseo y éste respondió que quería una lata de sardinas que terminó comiendo frente a un pelotón de ejecución,

paciente e impasible. Hubo penosas manifestaciones como la de ese capitán que lloró sobradamente sobre la foto de su esposa frente al pelotón; pero también actos de coraje como ese brigada que antes de recibir las balas que le destrozaron el corazón levantó el puño en alto lanzando vivas a la República.

A los masones civiles les dieron un trato diferente. Los trasladaban por la madrugada a un solar cerca de la carretera de Tánger y les descargaban simplemente una bala en la cabeza¹². Casi todos los masones españoles fueron asesinados de esta manera o internados en el presidio del Monte Hacho en Ceuta.

Pero, paradójicamente, ningún masón marroquí, aparte el ingeniero y maestro de escuela Maimón Mojtar Buazza, fue molestado. Este último, que fue solamente apartado de la administración, salvó su vida por ser musulmán. En una conversación con un investigador en 1945 lo reconocía así: "A decir verdad, yo me consideré afortunado, porque sabía que muchos camaradas míos españoles habían sido ejecutados por el sólo hecho de haber sido masones; yo creo que ha sido mi condición de musulmán la que me ha salvado de una muerte segura"¹³.

La razón de esa clemencia venía de un militar desconocido por aquellas fechas y que va a jugar un papel importantísimo en la historia de Marruecos. Frente a un Orgaz deseoso de liquidar los últimos reductos de una posible oposición, el teniente coronel Juan Beigbeder Atienza, que había estado estrechamente ligado a la conspiración, fue el que convenció a Franco de no tomar ninguna medida contra los uataniés. Para ese conoedor de la vida marroquí, que se jactaba de haber pasado " años en Marruecos sin visitar la península, que hablaba tan bien el chelja¹⁶ como el árabe dialectal o literario, fusilar a un solo marroquí por ser masón podría significar no un alzamiento

moro como lo presumieron exageradamente después los uataníes, sino un disgusto para las temibles tropas de regulares oriundos del Rif o Yebala, que aunque estaban separados por tremendas diferencias con los que llamaban "cobardes habitantes de la ciudad", los consideraban no obstante hermanos del Islam.

Desde el primer momento fue Beigbeder quien entendió la formidable apuesta de aliar el nacionalismo español con el nacionalismo marroquí, haciendo tabla rasa del pasado. Primero se apresuró a tranquilizar a los fugitivos, informando a Torres de la retirada de la "vigilancia puesta en su casa"¹⁷. Y segundo, entabló conversaciones con ellos utilizando un tono extremadamente cortés y amistoso, comenzando con un "Querido Abdeljalek", y terminando siempre con un tradicional "Su buen amigo que le distingue y le quiere". Se prometió a los uataníes diarios, partidos, creación de escuelas e infinidad de facilidades que ningún gobierno anterior les había dado. Obtuvieron casi todo y, más aun, la promesa de entablar serias negociaciones con el Movimiento finalizada la guerra.

Los masones Torres y Uazani no podían creerlo. En todas las partes adonde llegaban las tropas nacionalistas se fusilaba indiscriminadamente a todos los masones y ellos, aunque pertenecían o habían pertenecido a una de las más grandes logias del protectorado, eran tratados con distinción y amabilidad.

La razón de ese trato lo veremos en los años siguientes. Cuando miles de marro-

quíes morían por un ideal que no era suyo ni debía serlo, cuando a cada permiso ingresaban en Marruecos centenares de mutilados, los uataníes seguían en sus puestos de combate, es decir recibiendo subsidios por la "labor cultural" ejercida en el protectorado, fundando escuelas que eran frecuentadas por sus hijos, publicando diarios y semanarios leídos por unos pocos y felicitando públicamente por las victorias del Glorioso Movimiento Nacional a un Juan Beigbeder, "hermano predilecto del Islam"¹⁸, nombrado a partir de febrero de 1937 alto comisario.

Pero Franco no ganó solamente la guerra civil. El generalísimo ganó también la guerra contra la masonería en Marruecos. A partir de julio de 1936, las logias masónicas desaparecieron completamente del escenario marroquí. Y los masones marroquíes, después de la fructuosa colaboración con el Movimiento, ya no lo volverán a ser nunca más. Abdejalek Torres, después de un largo combate contra el protectorado, será nombrado primer embajador de Marruecos en España, embajador en Egipto y dos veces ministro. Thami Uazani terminará su vida, después de haber sido un honesto alcalde de Tetuán, y un alim¹⁹ respetado por las altas autoridades del Marruecos independiente y amado por sus compatriotas. Los otros, con suertes diversas, terminarán su vida renegando de esa vida masónica que vivieron en los años treinta, la de los venerables hermanos.



NOTAS

1. Miquel Figueras i Vallès : *Por qué Franco no fue masón*, Ediciones Anael, Barcelona, 1992, p. 75. En el libro, como lo señala su título, el autor asegura, sin pruebas, que Franco intentó en vano y en dos ocasiones afiliarse a la Orden en los años veinte y comienzos de los treinta.
2. José Antonio Ferrer Benimeli, "Masones del protectorado español en Marruecos y plazas de soberanía", *Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar*, Ceuta, noviembre 1987, indica que había veinte logias en Tánger, ocho en Tetuán, seis en Casablanca, una en Alcazarquivir, seis en Ceuta, una en Fez, cuatro en Larache, cuatro en Melilla, una en Orán, una en Rabat, una en Villa Cisneros, una en Villa Nador, una en Villa Sanjurjo y una en Xauen, todas de obediencia española.
3. En la ficha de presentación a la Orden, Bennuna escribía sobre el joven Torres, "Ideas políticas : Patriota nacionalista, amante de la libertad, es decir que aboga por que se respete a cada nación, sus usos y costumbres tradicionales", Archivo Histórico Nacional, Salamanca, Fondo Masonería, Legajo A-95/7.
4. Una carta decía así: "[...] consideraréis justificada nuestra enérgica protesta que elevamos [...] con el ruego que la hagáis llegar al Gran Oriente Francés con el fin de que las Logias de aquel Oriente que trabajan en la zona vecina procuren evitar que parecidos casos se repitan", Logia Alfa de Tetuán a la Gran Logia de Marruecos del Grande Oriente Español, Archivo Histórico Nacional, Salamanca, Fondo Masonería, Legajo A 95/15.
5. *El País*, Madrid, nº 7356, del 25 de septiembre de 1907, citado por J. A. Ferrer Benimeli en "Notas históricas de la actitud de la masonería española frente al problema de Marruecos", *Estudios Africanos*, Madrid, vol. VII, nº 12-13, 1993, p. 147 y 148.
6. Pere Sánchez Ferre, "Masonería y Colonialismo español", *La Masonería y su impacto internacional*, Publicaciones de la Universidad Complutense, Madrid, 1989, p. 24.
7. J.A. Ferrer Benimeli, "Preocupación de la masonería de Tánger por la educación y la paz en Marruecos (1905-1920)", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 14, 1992, p. 76.
8. El profesor Ferrer Benimeli en su ya citado artículo, "Masones del protectorado español en Marruecos", da una lista de la oficialidad española afiliada a la masonería en 1936.
9. Niceto Alcalá-Zamora: *Memorias (Segundo texto de mis memorias)*, Planeta, Barcelona, 1977, p. 511.
10. Archivo Histórico Nacional, Salamanca, Fondo Masonería, Expediente A 95/15.
11. Archivo Histórico Nacional, Salamanca, Fondo Masonería, Legajo A 500.
12. Todos estos nombres y otros muchos más figuran con expedientes personales en el Archivo Histórico Nacional, Salamanca, Fondo Masonería, un fondo que desgraciadamente ha sido poco estudiado hasta hoy por los investigadores marroquíes.
13. Esteban Ibáñez : "El Excmo. General Orgaz ha muerto", *Mauritania*, Tánger, nº 220, marzo 1946, pp. 52-53.
14. El profesor José Antonio Ferrer Benimeli tuvo la gentileza de indicarme cómo se justificaba en los informes judiciales el fallecimiento de un masón: la fórmula que se utilizaba en lugar de "fusilado" era "fractura de cráneo y hemorragia interna".
15. M. Ibn Azzuz Hakim, *La actitud de los moros ante el Alzamiento. Marruecos 1936*, Algazara, Málaga, 1997, p. 138.
16. Lengua bereber rifeña.
17. Carta de Beigbeder a Torres el 25 de julio de 1936, reproducida en M. Ibn Azzuz Hakim, *La actitud de los moros ante el Alzamiento*, p. 212.
18. Después del nombramiento de Beigbeder como ministro de relaciones exteriores en 1939, y antes de su despedida Torres le dará públicamente este título.
19. Sabio del islam. Los ulemas son, como los define el profesor Abdalah Laroui, un auténtico cuerpo clerical.

Aproximación histórica al sistema educativo marroquí. 1. El día después de la independencia

Hassan El Mejdoubi

Con este primer artículo quiero dejar claro que los primeros pasos del sistema educativo del Marruecos post-colonizado fueron duros, y que han sido muchas las trabas para poder soñar con un cuerpo docente como el que ahora sostiene la educación en el país. El esfuerzo desarrollado más tarde mejoraría esta situación y conseguiría darle al país credibilidad cultural en muchos niveles.

* * *

La política educativa llevada a cabo por las autoridades coloniales en materia de enseñanza entró en crisis al día siguiente de la Independencia. Ahora bien, esta situación es común a todos los países ex-colonizados; la posibilidad de salir de ella y el grado de superación de dicha crisis dependen de la actitud adoptada por cada país, siendo, por tanto, tributaria de la nueva organización socio-política. Según ésta, la enseñanza puede o no desempeñar su papel en el progreso del país y de sus hombres, o transformarse en un simple tema de discusión del país y de otras pautas también "importadas". En el caso de Marruecos nos encontramos en la segunda alternativa. El movimiento independentista, al necesitar del apoyo de todas las capas sociales, forzó a la élite a agrupar en torno de sí a todos los descontentos y crear un "movimiento nacionalista". Pero a pesar del carácter aparentemente uniforme de su ideología, en el fondo era muy complejo y sus aspiraciones muy diversas. La aceleración del proceso de la independencia tendrá como consecuencia retrasar la manifestación de las contradicciones internas del "movimiento nacionalista", que sólo aparecerán tras la ocupación del poder por la élite burguesa. Esto explica las vacilaciones y la ambigüedad de las decisiones políticas que en su día se adoptaron y que, en lo que concierne a nuestro tema, también aparecerán en la organización y estruc-

turación de la enseñanza. Habida cuenta de la importancia del "movimiento nacionalista" en los centros universitarios y del papel de los universitarios en la estructuración ideológica vindicativa de la independencia, al producirse ésta y ocupar ciertas parcelas de poder la élite nacionalista burguesa, era normal que la primera orientación de la política educativa marchase acorde con las reivindicaciones de los referidos grupos. Es natural que las banderas que se levantaron en la lucha tendiesen a convertirse en "objetivos" tras el triunfo. Además, las masas populares que fueron convencidas o arrastradas a la movilización independentista, aceptaron dichas reivindicaciones que se suponía iban a corregir las "distorsiones" producidas por el colonialismo, y la frustración permanente que este último lleva aparejada.

El primer efecto producido fue el aflujo masivo hacia las aulas desde los primeros días de la independencia y el entusiasmo popular con que se acometió la empresa. Debe tenerse en cuenta que el fenómeno colonialista, queriendo o sin querer, produce un "efecto clasista", del que no se libran ni los intentos de "colonialismo encubierto" de ciertos presuntos países "socialistas" del Este en determinados Estados. Si antes eran los "funcionarios coloniales" los que creaban "clases" (los colonizadores, la burguesía establecida del país protegido, la burguesía inconformista, los "residentes activos", las masas urbanas asalariadas, las masas rurales, etc.), después son los "técnicos importados" los que constituyen la "nueva clase". Ahora, con la independencia, todos quieren acceder al estatuto de "establecidos", y la buena fé de las masas populares se entrega con ilusión, esperanza y esfuerzo a lo que cree que puede darles la *igualdad*, ya que se ha alcanzado la *libertad*. Así, en Marruecos puede observarse el entusiasmo con que fueron acogidas las

normas del M.E.N., construyéndose escuelas por doquier y organizándose campañas de alfabetización que llegaron a matricular hasta 250.000 adultos.

Como efecto normal de esta dialéctica, la élite burguesa, ahora nueva clase dirigente, cuyo título de poder era su lucha por la "liberación nacional", empieza a perder su fuerza como único establecimiento social nacional, y necesita apoyarse en unas condiciones objetivas, cuya superestructura principal debe ser la educativa. Esta situación aparece claramente en las "orientaciones" para la enseñanza emanadas de la "Comisión Real para la reforma de la enseñanza" creada en 1957. Dichas orientaciones pueden sintetizarse en cuatro principios, de cuya aplicación debía generarse, tanto el desmantelamiento de la estructura colonialista de la enseñanza, como del nacimiento de una "escuela nacional". Dichos principios fueron: generalización, unificación, arabización y marroquinización.

Por la *generalización* se terminaba con el sistema clasista del colonizador y se sentaba el principio de *educación para todos*. Con la *unificación* se acababa con los centros para un tipo u otro de clase social. Por medio de la *arabización* se suprimían los privilegios de las lenguas coloniales (principalmente el francés y muy secundariamente el español, este último en la Zona Norte) y se devolvía a la lengua nacional, el árabe, el valor que los colonizadores le habían regateado. Por la *marroquinización* se concluía con el poder de los educadores "importados" y se los reemplazaba por cuadros de la docencia y la administración marroquíes.

Naturalmente, dichos objetivos nunca fueron realizados, pues a las dificultades a ellos inherentes se sumaron los efectos distorsionantes de la colonización. El inevitable "fracaso inicial" retroalimentó la resistencia a la innovación, con lo cual

se produjo el efecto presumible: culpar a la "reforma" del fracaso y volver al mantenimiento del statu quo establecido. Así, en lo que concierne a la enseñanza, la antigua élite burguesa recuperó el poder, si es que alguna vez o en algún caso lo perdió. Y todo ello pese a que el balance del período colonial no era nada brillante en lo que se refiere a la educación del pueblo marroquí. Pese a las últimas reformas introducidas en los últimos años del Protectorado, en 1956 sólo el 16% de los marroquíes musulmanes estaban escolarizados, frente al 100% de los europeos de la Colonia, y el 80% de los marroquíes hebreos. Incluso el referido 16% resultaba inoperante si se tiene en cuenta que sólo el 1,3% lo estaba en enseñanza secundaria. Si a estas cifras añadimos el número de marroquíes escolarizados en centros europeos, el porcentaje de alumnos marroquíes musulmanes de secundaria no sobrepasó nunca el 2,3%. Según el mismo trabajo, el total de bachilleres marroquíes musulmanes formados durante el período del Protectorado no superó los 640, entre ellos 98 que pertenecían a la Zona Norte de Marruecos que estuvo bajo el Protectorado español. En cuanto a los cuadros superiores marroquíes musulmanes, estaban formados por 168 administrativos, 19 médicos, 18 ingenieros y 6 farmacéuticos (34, 13, 4 y 2 respectivamente en la Zona Norte). Aun incrementando esta relación con los cuadros militares, maestros y otros profesionales no incluidos en la anterior estadística, la situación era muy deficitaria para el sector musulmán, y aun para todo el país, incluso contando con los cuadros más abundantes de los marroquíes hebreos.

Las consecuencias de la anterior situación son obvias, y de una gravedad considerable en tres aspectos principales: a) la necesidad de proveer los puestos político-administrativos exigidos por la independencia política; b) la existencia

de una infraestructura económica y unas estructuras administrativas y docentes de tipo moderno, que no podían quedar vacías; y c) la dificultad de impulsar rápidamente cuadros propios. Como el punto segundo quedaba incrementado al pasar parte de los cuadros marroquíes al establecimiento político, si no se quería dejar un vacío económico, administrativo y docente, no queda otro remedio que recurrir de nuevo a las potencias coloniales bajo la fórmula de la "cooperación".

En el caso concreto del tema que nos ocupa, los efectivos profesionales marroquíes musulmanes de docentes estaban formados por 3.811 (maestros y *fkih* incluidos), 396 maestros franceses y un número inferior de maestros españoles. En enseñanza secundaria, el número de profesores marroquíes musulmanes era de 47, el de franceses de 191 y el de españoles 86. En los cuadros administrativos de la enseñanza primaria y secundaria el número de funcionarios marroquíes musulmanes no sobrepasaba el 3,5%.

A la gran dificultad de sustituir el profesorado francés y español se unía la necesidad de nuevos enseñantes para atender la fuerte demanda educativa nacida del "movimiento nacionalista" de la independencia, fenómeno agravado por la carencia de una real planificación educativa por parte de los dirigentes del "movimiento nacionalista", ya que el simple voluntarismo no resuelve los problemas. Aunque se trate de un problema político, conviene decir que muchos dirigentes no demostraron suficiente madurez, pues las masas populares no están obligadas a planificar sus objetivos, pero los dirigentes no pueden presentar como objetivos simples "deseos", sino que deben tener estudiado el modo de realizarlos en el momento debido. Si no lo hacen y luego resulta un fracaso, los

colonialistas tendrán argumentos para proclamar que la descolonización fue prematura y perjudicial.

La situación se complicó porque lo que debió ser una solución provisional durante el período de transición, se convirtió en un nuevo establecimiento, cuya situación se intentará justificar y servirá de pretexto par mantenerla. Así surgieron medidas como la enseñanza "a tiempo parcial", "clases de relevo", el recurso a la "cooperación", que acabaron

deteriorando su posible eficacia transitoria al ser ratificados como sistema. Al mismo tiempo, al haber sido necesario contratar nuevo profesorado para cubrir los numerosos centros de enseñanza de nueva creación, éste hubo de ser reclutado entre un personal muy poco cualificado, y aun sin cualificación, lo cual contribuyó también al deterioro del nivel docente, lo cual aumentaría las críticas al nuevo sistema educativo y favorecería las tesis de sus enemigos.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Adam, A. (1963): *Une enquête auprès de la jeunesse musulmane au Maroc*, Publications des Annales de la Faculté des Lettres, Aix-en-Provence.

Baina, A. (1982): *Le système de l'enseignement au Maroc*, Les editions Maghrebines, Casablanca.

El Farouki, H. (1977): *Deperditions et inégalité dans l'enseignement primaire public au Maroc* (Memoria presentada como exigencia parcial con vistas a la obtención del Diploma de Ingeniero Estadístico Economista, bajo la dirección del profesor M. Guessous), INESEA, Rabat.

Jabiri, H. A. (1973): *Adwa ala muskil at-ta lim bi l-Magrib*, Les editions Maghrebines, Casablanca.

Massiah, G. (1974): *Maroc: Organisation du système éducatif*, UNESCO, París.

Lengua e intolerancia

Francisco J. Álvarez Curiel

Si a estas alturas todavía hay alguien que pueda pensar que las palabras son signos inmutables dotados de una forma y de un significado fijos, la lleva errada. A poco que indagemos en la historia de una lengua podremos detectar cómo el soporte fónico ha sufrido -y sufre- transformaciones emanadas de tendencias internas y externas. Al mismo tiempo, y en algunos casos como consecuencia de esa evolución formal, las palabras están sujetas también a cambios en el plano semántico que las llevan a adoptar nuevos valores o a desechar los viejos, según las necesidades del momento. Hasta aquí, de acuerdo. Lo que me ha llamado la atención es que muchas palabras, de significado originariamente inocuo o positivo, han adquirido valores peyorativos, como si la perversión y el envilecimiento fuesen también leyes que rigieran los cambios semánticos.

Lo más lamentable del asunto es que estos cambios de significado para peor se dan especialmente en aquellas palabras que usamos en la calificación -descalificación- del otro, prójimo o lejano. ¿Por qué un consumidor de hachís ha de ser *asesino*; el que no tiene apoyo, *imbécil*; el que no habla bien nuestra lengua, *bárbaro*; un cristiano, *cretino*; un pelirrojo, *rufián* o un búlgaro, *maricón*? Alguien pudiera argüir que, en compensación a estas palabras que han deteriorado su significado, debe de haber otras que lo hayan mejorado. Pero ¿cuáles? Haciendo memoria puedo decir que el *pontífice* era un simple constructor de puentes, el *lord* era panadero real, caballero si se tenía *caballo*, casos todos ellos en los que funcionó el arrivismo y el enchufe.

Así pues, y mientras no se demuestre lo contrario, lo normal en el hombre ha sido la tendencia a cargar las palabras con valores denigratorios -la maledicencia- para referirse al otro. Todas las lenguas están dotadas de un riquísimo repertorio de vituperios, insultos y descalificaciones; en este terreno el ingenio de los pueblos se des-

borda, y cuando una palabra desgasta su valor a causa del uso se busca otra nueva y puntiaguda, porque de lo que se trata es de herir. Y para ello no hay que 'inventar' nuevas palabras; basta con coger una que sea bien expresiva y cargarla de un nuevo significado.

El vituperio es un arma homicida, nunca suicida: se usa contra el otro que, por ser diferente, es malo. "La sicología del prejuicio y de los estereotipos raciales confirman [...] la hipótesis de que las personas reciben el mundo a través de unos esquemas simplistas, que en todo momento les permiten hacerse la ilusión de que saben dónde está lo bueno y dónde lo malo. Se crea así un maniqueísmo que escinde el mundo en un reino de luz y otro de tinieblas y de maldad. Dentro del grupo todo es bondad y claridad; fuera de él no hay sino oscuridad" (Verdier, 185). Estamos en nuestro sitio, en nuestra orilla; es el otro, el *rival*, quien amenaza nuestro derecho. Te pongas donde te pongas, al otro lado del río siempre habrá un rival. Y esto es así en círculos pequeños (entre vecinos, pueblos, comarcas...) que se agrandan (entre naciones, razas, religiones...) hasta instalarnos en la postura xenófoba, que no es odio (*-miso*) sino miedo (*-fobia*) al otro.

De los términos clásicos del vituperio no haremos mención; sólo recordar que cada una pone en entredicho alguno de los valores que socialmente se tienen por sagrados: la honradez (*ladrón*), la honestidad (*puta*), el honor (*cabrón*), la educación (*zafio*), el civismo (*guarro*), la generosidad (*avaro*), la lealtad (*traidor*). "Las expresiones malevolentes sobre/contra el vecino, [...] aunque sea del mismo lugar, o de la aldea cercana, la provincia limítrofe, etc., son muy variadas. La chunga, el (mal)humor, la injuria alimentan viejos prejuicios, testimonios de supersticiones, enfrentamientos históricos y estereotipos banales, pero comunes a distintas tradi-

ciones culturales" (Moreta-Álvarez, p. 70).

Lo que proponemos es recordar algunas palabras usadas como insulto pero que en su origen tuvieron un significado muy distinto. El hecho de que se hayan convertido en denigrantes obedece a mecanismos en los que está presente la intolerancia. Y es en el uso inconsciente donde radica el peligro pues son cargas de profundidad. "El lenguaje [...] también puede servir para crear y para fomentar la intolerancia y el odio, y asimismo para difundirlos. En esta última función, la eficacia del lenguaje es aún más astuta y destructiva, ya que la intolerancia a la que sirve puede ser racial, religiosa, social, nacional o simplemente lingüística" (Pei, 145).

FORASTERO-FORAJIDO

Todo el que viene de fuera (*forastero-forajido*) es, como mínimo, sospechoso porque es un extraño; lo que no conocemos nos da miedo, y del miedo a la aversión sólo hay un paso. Así cuenta Corominas la evolución de la palabra *huraño*: originariamente significó 'forastero, extraño' del latín FORANEUS, derivado de FORAS 'fuera'; de 'extranjero', 'forastero' se pasó a 'tímido, arisco', por la natural timidez del que vive fuera de su tierra; el vocablo sufrió el influjo de HURÓN, animal arisco por excelencia.

Los males nos vienen de fuera. La peste porcina es conocida en España como *peste africana*, y en Francia como *peste española*. La gripe siempre es *asiática*. El gálico 'sífilis', abreviación de *mal o morbo gálico*, es decir, *mal francés*, recibe este nombre porque, según las malas lenguas, fueron los soldados franceses quienes desde su patria propagaron esta mal nefando a los demás países. Un detalle de mal gusto: a pesar de las protestas del gobierno y del pueblo de Mongolia, a los nacidos con el síndrome

de Down se les sigue llamando en el DRAE (Ed. 1992) *mongólicos* porque sus caracteres físicos, especialmente los rasgos de la cara, nos recuerdan a los habitantes de este lejano país.

He aquí otras 'perlas':

sarracina es 'pelea confusa, tumultuosa'; 'riña o pendencia en que hay heridos o muertos'. Etimológicamente proviene del árabe SARQI 'oriental', 'oriundo de Arabia'; posteriormente *sarraceno* terminó significando 'moro, musulmán'. Por la gritería con que éstos solían pelear, lo que era un simple gentilicio vino a designar 'pelea en la que corre la sangre'.

bujarrón 'sodomita' del bajo latín BULGARUS, 'habitante de Bulgaria'. Su empleo como insulto deriva de que eran herejes pertenecientes a la iglesia ortodoxa griega. Y de un hereje se puede esperar cualquier cosa.

tosco es sinónimo de "grosero, basto, inculto"; procede del latín vulgar TUSCUS que primero significó 'etrusco, toscano' y luego "disoluto, desvergonzado, vil", por alusión a la gente baja o libertina que vivía en el Vicus Tuscus o barrio etrusco de Roma. Coincide con nuestro expresivo *barriobajero*.

cafre 'habitante de Cafrería', antigua colonia inglesa en Sudáfrica. En árabe KAFIR es 'infiel, incrédulo'. Por ser paganos y por tener la piel de color cobrizo, hoy la utilizamos para referirnos al ignorante y al que tiene un comportamiento salvaje, bárbaro y brutal en el más alto grado.

LA LENGUA PERFECTA

En la escala de valores que se esgrimen para demostrar la supremacía de lo nuestro frente a lo del otro, el primer lugar lo ocupa, sin ninguna duda, la lengua. La lengua propia es uno de los instrumentos más efectivos para marcar la

identidad y señalar fronteras. La multiplicación -que no es confusión- de las lenguas como castigo al desafío de Babel (también se repite aquí la onomatopeya *ba-ba* del que balbucea) comenzó a considerarse a partir del XVIII como un fenómeno, además de natural, *socialmente positivo* que ha permitido la fijación de los asentamientos, el nacimiento de las naciones y el sentimiento de identidad nacional (Eco: 1993, 283).

barbaroi 'balbucientes' eran para los griegos los pueblos que no hablaban el idioma helénico. De no saber hablar -nuestra lengua- a no estar civilizados sólo hay un paso: *bárbaro*, *barbaridad*, no aluden ya al desconocimiento de una lengua sino a un comportamiento salvaje. El mismo origen, pero sin connotaciones negativas, tiene la denominación *berber*. Pues bien, entre los pueblos bárbaros, que desde el norte irrumpieron en la Península Ibérica, debieron destacar por su fiereza y malos modos los vándalos: *vándalo* 'Dícese del individuo perteneciente a un pueblo de la Germania antigua establecido en remotos tiempos a orillas del Báltico, y que, después de varias peregrinaciones invadió la España romana junto con los suevos, los alanos y los silingos, pasó luego a África y se señaló en todas partes por el furor con que destruía los monumentos. *fig.* El que comete acciones o profesa doctrinas propias de gente inculta, forajida y desalmada.' Un acto *vandálico* es pues el no va más de incivismo y desorden. Además del recuerdo de sus estropicios, y antes de pasar al norte de África también nos dejaron un topónimo: (V)*andalucía*.

De *algarabía* dice el diccionario de la RAE que es 'lengua ininteligible; manera de hablar atropelladamente y pronunciando mal las palabras', 'griterío'. Fue así como los primeros hablantes en lengua castellana, para indicar un 'griterío confuso', adoptaron maliciosamente el

nombre de la lengua de sus enemigos. Su significado etimológico es 'lengua árabe': *al-harabiya*. Por su parte, los eslovacos y eslovenos llaman a los alemanes *nemets* 'mudos'; ellos se llaman *slovo* 'palabra', para denominarse 'hablantes'. Quien esté libre de culpa, que diga la primera palabra.

Y si los griegos fueron los que llamaron a los otros *bárbaros*, he aquí algunas palabras de significado tendencioso que tienen su origen en la ojeriza que contra ellos sintieron otros pueblos.

gresca: 'riña, pendencia', 'bulla, algazara'; también significó 'juego de azar prohibido' (se trataba de un juego de dados en que abundarían las peleas). Procede del adjetivo latino GRAECISCUS 'griego', por la fama de libertinos y pendencieros que tuvieron los griegos desde la República Romana y desde las Cruzadas.

Hablar *griego* equivale a usar un 'lenguaje incomprensible'. Este valor que en España se dio por antonomasia al nombre de la lengua griega procede del hecho de que la iglesia daba más importancia al latín, y la lengua griega no se consideraba necesaria para la erudición católica. De *griego* se formó *greguería* 'algarabía' 'vocerío o gritería confusa de la gente'. Hacia 1912 el escritor Ramón Gómez de la Serna utilizó esta palabra para designar sus sorprendentes creaciones en prosa, que presentan una visión personal y surrealista del mundo.

«*Gringos* [griegos] llaman en Málaga a los extranjeros, que tienen cierta especie de acento, que los priva de una locución fácil y natural castellana, y en Madrid dan el mismo nombre con particularidad a los irlandeses» (Terreros, citado por Corominas). En América se generalizó la aplicación a las personas que hablaban un lenguaje incomprensible. En Méjico sólo designa a los norteamericanos.

Nuestros vecinos del otro lado de los Pirineos son los *gabachos*, despectivo

nombre que se les endosa, especialmente cuando han intentado invadirnos. Procede del occitano *gavach* 'montañés, grosero', 'persona procedente de una región septentrional y que habla mal el lenguaje del país'; propiamente 'buche de ave'. Los españoles no son pues los inventores de este descalificativo y sólo se limitaron a hacer extensivo lo que los franceses del sur decían de sus compatriotas del norte.

MOROS, NEGROS, JUDÍOS, GITANOS

Si las relaciones obligadas con los vecinos dan lugar a enfrentamientos verbales, el sarcasmo de las palabras sube de tono cuando por circunstancias históricas se ha tenido que convivir en el mismo territorio con gentes de otra raza y, sobre todo, de otra religión. Prueba de que incluso el nombre genérico suena ya a vituperio, es la constante búsqueda de eufemismos que soslayan el tono peyorativo de que se ha cargado la común denominación de estos cohabitantes: 'afroamericanos', 'gente de color' por *negro*; 'magrebíes, norteafricanos' por *moro*, 'israelita' por *judío*, etc.

El signo más visible de la etnia es el color de la piel. Aparte de las connotaciones negativas que ciertos colores -en especial el negro y el rojo- tienen en el mundo de las creencias y del imaginario, la lengua -de los blancos- no pierde ocasión para ensañarse, sobre todo, con el de la tez oscura. Rosenblat pone el ejemplo de *me negrearon* con el significado de 'no me dejaron entrar'. El tono denigrante de este verbo está a flor de piel. Pero si nos fijamos en la raíz de *denigrante* nos topamos con NIGER 'negro': *denigrar* es tratar a alguien de 'negro'. No es un insultar inocente, al menos en el origen de la palabra; y desconozco si los pueblos de raza negra tienen en su lengua palabras 'denigrantes' que se hayan formado a par-

tir de la raíz 'blanco'. De *atroz* viene *atrocidad* y ambas del latín ATROX -CIS, derivado de *ater* 'de aspecto negro'.

hosco proviene del latín FUSCUS 'oscuro'; 'dícese del color moreno (<*moro*) muy oscuro, como suele ser el de los indios y mulatos'. Esta acepción casi la hemos olvidado; sí que recordamos bien la de 'ceñudo, áspero, intratable, falta de familiaridad'.

zaino 'de color castaño oscuro', 'falso, traidor' aplicado a las caballerías y también a las personas.

La misma (mala)suerte corren los pelirrojos, si bien esta animadversión nace de creencias supersticiosas por estar muy extendida la idea de que no traen buena suerte ni tienen buenas intenciones: de ese color tienen el pelo Judas y el diablo. De *rufián* dice el DRAE: 'El que hace el infame tráfico de mujeres públicas'; 'hombre sin honor, perverso, despreciable'. Proviene (según Corominas) «del latín RUFUS 'pelirrojo', sea por la prevención vulgar que existe contra la gente de este color, o por la costumbre de las meretrices romanas de adornarse con pelucas rubias. Aunque RUFUS es más bien 'pelirrojo' que 'rubio', los dos conceptos se confunden muchas veces en la antigüedad. RUFULA y RUFA 'prostituta'».

El color marca diferencias; los nobles presumen de tener la sangre azul, no contaminada, verdaderos purasangres. Cuando a los colegios ingleses reservados para la élite llegaban hijos de burgueses adinerados se les llamaba *esnob* 'persona que imita las maneras, opiniones, etc., de aquellos a quienes considera distinguidos'. Proviene de una abreviatura que los rectores de tales colegios colocaban, ignominiosamente, al lado del nombre del rico -pero innoble- aspirante: S. NOB: *sine nobilitate* 'sin nobleza'.

Para pureza de sangre, los cristianos viejos de las Españas. Mala la hubieron los judíos y moriscos obligados a conver-

tirse y siempre bajo la sospecha de practicar en privado sus ritos. Recibieron calificativos de la peor laya. Como muestra, un borrón:

marrano, en la acepción 'cristiano nuevo', es aplicación figurada de *marrano* 'cerdo', vituperio endosado, por sarcasmo, a los judíos y moros convertidos, a causa de la repugnancia que mostraban por la carne de este animal; en el sentido de 'cerdo' probablemente tomada del árabe *mahrám* 'cosa prohibida', por la interdicción que imponía la religión musulmana a la carne de cerdo.

Algunas acepciones parecen el resultado de un cuento ingenioso, pero muy mal intencionado.

¿Por qué a las alubias se les llama también *judías*? Cuando se ponen a cocer garbanzos (=cristianos) y alubias (=judíos), aquellos permanecen todo el tiempo en el fondo de la olla cubiertos de agua; éstas, las alubias, salen enseguida a la superficie huyendo del agua, tal como hacen los judíos, que no quieren ser bautizados. Otra hipótesis (falo-simbólica) es que se aplicaría a las judías sin vaina; alguien las llamó habas judías por alusión (¿envidia?) al glande del circunciso.

Beber vino era signo de profesión de fe cristiana. Moros y judíos lo tienen prohibido. Entre las mil denominaciones de que disponemos para la borrachera nos llama la atención la de *turca*. La explicación es obvia: es una borrachera de vino *turco*, llamado así jocosamente por no estar bautizado. Puede modificarse festivamente en *curda*, que tampoco los curdos están muy católicos.

EL IMAGINARIO ANIMAL

A menudo la lengua acude al mundo animal en busca de imágenes que refuerzan plásticamente lo que queremos decir. Cada cultura ha creado sus metáforas zoomórficas en función de la fauna que

le rodea. Salvo excepciones puntuales, todos los pueblos coinciden en dotar de las mismas connotaciones -positivas o negativas- a un buen número de animales. En el lado peyorativo caen el buitre, la zorra, el burro, el cerdo, la rata, el lobo... En el bando meliorativo ponemos el león, el águila, la paloma, el toro, el caballo...

Veamos dos ejemplos. La palabra *perro* es exclusivamente castellana; todas las lenguas romances han optado por el CAN, -IS latino. Pues bien, a pesar de -o por- ser el más fiel amigo del hombre, este animal ha llevado una vida 'de perros', 'aperreada'. *Perra*, *hijo de perra* son unos 'lindos' calificativos que eufemísticamente sustituyen -empeorando- la rotundidad de *puta*. Sin duda la imagen negativa se ha tomado del chucho callejero y no del que ha acreditado su pedigrí y tiene padres reconocidos. Pues bien, el anticuado sinónimo de perro, *can* también comporta valores negativos cuando lo utilizamos para referirnos a personas. Del italiano *canaglia* 'conjunto de perros, jauría' procede nuestro *canalla* y sus derivados *canallada*, *encanallar*. Del mismo étimo, aunque con un significado no tan crudo, es el calificativo *canijo* 'débil y enfermizo', del latín CANICULA 'perrita', por el hambre proverbial que pasan los perros (*encanijarse*, *encanijamiento*).

Cinismo, *cínico* vienen del griego *kunikos* 'de perro, perteneciente al perro'. Se aplica a la persona que comete actos vergonzosos, sin ocultarse y sin sentir vergüenza. Los *cínicos* 'pertenecientes a la escuela cínica' eran unos filósofos de una escuela nacida de la división de los discípulos de Sócrates, y de la cual fue fundador Antístenes (siglo V a. de C.), y Diógenes su más señalado representante. El nombre de *cínicos* puede proceder del gimnasio de Kynosargos (Atenas), donde fue fundada

la escuela, o bien, según una interpretación más acorde con lo que hasta ahora se ha dicho, de la falta de pudor y convenciones que, a semejanza de los perros, les caracterizaba.

También el descalificativo *cobarde* ha buscado la imagen del perro. Procede del francés antiguo *coart* derivado de *coe* 'cola', porque, como los perros, el que carece de ánimo y de valor huye, vuelve la cola y escapa con el rabo entre las patas.

PALABRAS ENVILECIDAS

Hay palabras a las que el tiempo les ha jugado una mala pasada; nacidas con un significado digno, nada peyorativo, han sido sometidas a una evolución semántica adquiriendo significados muy alejados de los que originariamente tuvieron. Algunos ejemplos. La palabra *cretino* nos ha llegado a través del francés *cretin*, que a su vez la tomó de un dialecto de la Suiza gala donde es la forma local de la palabra francesa *chrétien* 'cristiano'. Allí era aplicado como eufemismo compasivo a los que padecían la enfermedad caracterizada por retraso mental y defectos de desarrollo físico, que terminó por llamarse *cretinismo*. El mismo proceso degenerativo en el significado sufrió la palabra *sandio* (antiguamente *sandío*) que, a partir de la frase SANTE DEUS 'santo Dios', que pronunciada al principio como exclamación de piedad ante el pobre mentecato, idiota o loco, acabó por aplicarse a este mismo. Por su parte *idiota* deriva, como *idioma*, del griego *idios* 'propio', 'peculiar'. *Idiota*, era el idiotes 'hombre privado o particular', 'profano, que no es técnico en una profesión'. En su origen la palabra *idiota* no tuvo significado de tonto, como tiene ahora. El idiota, entre los griegos, era el hombre que vivía retirado, en oposición al que llevaba vida

pública o se dedicaba a la política. Como a menudo quien vive apartado de los demás se vuelve huraño, raro o ignorante, cuando la palabra *idiota* pasó del griego al latín ya tomó el matiz peyorativo actual. Durante la Edad Media, *idota* servía para designar al monje que no sabía latín. Al que hablaba latín o latino lo llamaban *ladino*.

Así pues, *ladino* deriva de LATINUS 'latino'; en la Edad Media se aplicó también a la lengua romance por oposición a la árabe, y al moro que sabía hablar aquella; luego significó 'advertido, astuto, sagaz, taimado'. Puede venir del moro *ladino*, que como tal podía desenvolverse mejor en tierra de cristianos.

En *imbécil* hay un traslado de la debilidad física a la mental. El imbecil era la persona que no tenía apoyo o influencia; la persona débil frente a la fuerte o poderosa que contaba con buenos apoyos e influencias. El báculo -BACULUS, en latín- era el bastón o signo de poder, de apoyo. El obispo tiene báculo; el alcalde lleva la vara de mando -el rey tiene cetro y el patriarca de los gitanos tiene bastón, *alcayata*-. Pues bien, en latín al que no tenía báculo lo llamaban *imbecillis*, o sea, sin bastón, que significaba sin apoyo, sin valedor que lo defendiera. Después *imbécil* significaría al débil de mente, o sea al bobo. Fue a partir del s. XVII cuando en francés *imbécil* fue aplicado a la debilidad mental.

Sobre el origen de la palabra *asesino* son numerosos los comentarios que hemos encontrado. Del árabe *hassasin* 'bebedores de *hasis* [preparación narcótica hecha de las hojas y sumidades del cáñamo], nombre de los individuos de una secta religiosa chiita ismailí persa, fundada hacia el año 1090'. Los adeptos, al ingresar en ella, hacían voto de matar a quien su jefe Hassan-el-Sabbath (m. 1124) -*El Viejo de la Montaña, Sheik al Yebel*- les ordenase. Estos secuaces del sectario

musulmán, fanatizados por su jefe y embriagados de hachís, se dedicaban a ejecutar sangrientas venganzas políticas. Se formó una leyenda negra a partir de los relatos de los croatas -y de la descripción que hizo Marco Polo de la fortaleza de Alamut ('nido del buitre')-, según los cuales los miembros de esta secta, llamados *fidaci* ('los que se sacrifican'), eran embriagados con *hachís*, y enviados a peligrosas misiones que consistían generalmente en el asesinato de algún jefe enemigo importante. Innumerables príncipes cristianos y musulmanes cayeron víctimas del puñal de estos desalmados tanto en lucha abierta como bajo las más refinadas formas de traición. De regreso a Europa, los cruzados, testigos de estos sangrientos crímenes, contaban y no paraban, y para designar a estos criminales utilizaban el nombre de los *hasesinos*. Derivada de Hassan o de haschisch, la palabra *asesino* acabó por significar ladrón y homicida.

Y remato estas notas con el enjundioso comentario sobre la palabra *tacaño*, que aparece en el nunca bien ponderado *Diccionario crítico etimológico* castellano e hispánico de J. Corominas y J. A. Pascual, del que he sacado casi todo lo que hasta aquí se ha dicho.

tacaño: voz antigua en los tres romances ibéricos, de donde pasó a Francia y probablemente a Italia; el sentido antiguo es 'persona despreciable o de clase baja', 'bribón, pícaro'. Quizá venga del hebreo *taqanáh* 'ordenación', 'reglamento', 'convenio', que se aplicaba a los arreglos financieros negociados por las aljamas españolas en la Edad Media, y que parece haber sido empleado por los cristianos en sentido malévolo. Jaime el Conquistador, siempre en apuros económicos, aprovechó su viaje de Lérida a Valencia para ir cobrando por el camino los tributos, que imponía principalmente a los judíos y moros de sus reinos, y que

a cambio de alguna fuerte suma recibida de los judíos ilerdenses había prometido confirmarles ciertos privilegios y regulaciones de que éstos gozaban teóricamente en achaques tributarios. Pero ¿quién no ve que estos arreglos y trapicheos habían de ser mirados con malos ojos por el vulgo cristiano, que odiaba a los judíos, y se sublevaba contra la protección interesada que les prestaban los

reyes? Así era muy natural que el adjetivo *tacaño*, a cuya creación invitaba el carácter adjetivo de esta terminación romance, se cargara bien pronto con todas las cualidades peyorativas que la gente achacaba a los judíos: bajeza, rastroería, maldad y, naturalmente, avaricia. El hebreo proponía una *taqanah* o arreglo equitativo: el cristiano entendía un chanchullo y una bajeza.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CELDRÁN, P. (1995): *Historia de las cosas*, Ed. del Prado, Madrid.
 CERVERA, J. (1983): *La leyenda de las palabras*, Miñón, Valladolid.
 COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A. (1980): *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Gredos, Madrid.
 DUBOIS, J., MITTERAND, H., DAUZAT, A. (1995): *Dictionnaire étymologique et historique du français*, Larousse, París.
 ECO, U. (1993): *La búsqueda de la lengua perfecta*, Crítica, Barcelona.
 IGLESIAS, O. (1996): *De dónde vienen las palabras*, Temas de Hoy, Madrid.
 MOLINER, M^a (1992): *Diccionario de uso del español*, Gredos, Madrid.
 MORETA, M. A. y ÁLVAREZ, F. J. (1995): *Los andaluces en el refranero*, Arguval, Málaga.
 PEI, Mario A. (1965): *La maravillosa historia del lenguaje*, Espasa Calpe, Madrid.
 R.A.E. (1992): *Diccionario de la lengua española*, Espasa Calpe, Madrid.
 ROSENBLAT, A. (1963, 3ª ed.): *Buenas y malas palabras*, 4 v., Ed. Mediterráneo, Madrid.
 VERDIER, R. (1969): *Zurdera y destreza*, Diputación Provincial, Málaga.

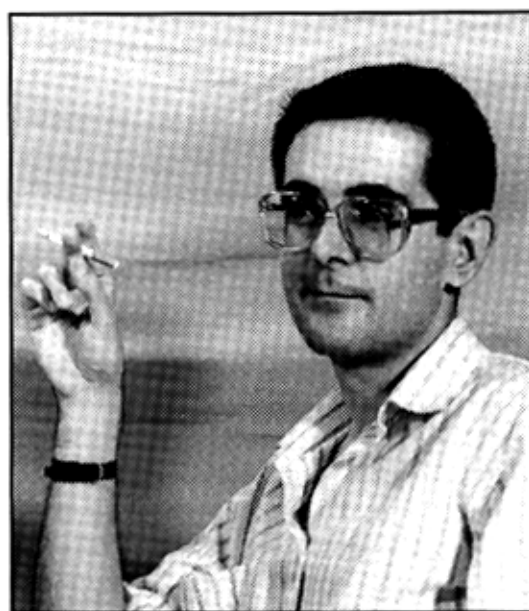
José Luis Amaro, poeta esencial

Magdalena Roldán

Hablar de José Luis Amaro es para mí hablar del gran amigo ausente, del eco en la distancia. En nuestra infancia cordobesa se gestaron los recuerdos poderosos que venimos compartiendo a lo largo del devenir vital, separadas nuestras historias por mi alejamiento de Córdoba, ciudad que nos une en los orígenes y en el imaginario, y a la que José Luis ha permanecido fiel. Córdoba, escenario, substancia y crisol donde José Luis Amaro, en su taller de alquimista, destila un licor poético limpio y sutil, en el que poesía, conocimiento y vida forman una trama inseparable e inquietante.

José Luis Amaro nace en Córdoba en 1954. Desde muy joven, sus inquietudes poéticas toman cuerpo en unos primeros poemas que aparecen vinculados al grupo *Zubia*. Más tarde, formará parte del grupo fundador de la revista poética *Antorcha de paja*, así como de su colección de libros *Suplementos* (1984-1987), revista considerada actualmente como publicación señera en la renovación de la lírica andaluza.

Diferentes antologías recogen sus poemas: *Degeneración del 70. Antología de poetas heterodoxos andaluces* (Córdoba, 1981); *Antología de la joven poesía andaluza* (Málaga, 1984); *Quince años de (joven) poesía en Córdoba* (Córdoba, 1984); *La joven poesía española* (Bilbao, 1984); *Joven última poesía española* (Albacete, 1985); *Del lecho y la poesía* (Córdoba, 1985). Se le cita en varias obras generales: *Letras españolas 1976-1986*, Ed. Castalia (Madrid, 1987); *Panorama poético andaluz* (Sevilla, 1991), y "Poesía andaluza" en *Revista Zurgai* (Bilbao, 1994). Y diversos estudios se ocupan de analizar su obra: *La poesía de José Luis Amaro* (Ángel Estévez



José Luis Amaro

Molinero, 1990), *Pasión de la luz* (Pedro Ruiz Pérez, 1992), *Tres poetas/Tres lecturas* (Pedro Roso, 1994). Junto a su quehacer poético, J. L. Amaro viene realizando una continuada actividad como crítico y escritor.

Erosión de los espejos es el título de su primer libro de poemas, publicado en 1981. Una obra que, según Ángel Estévez¹, supone un "cambio de sentido" en la trayectoria del autor, fruto de la reflexión, la evolución estética y el sedimento de ricas lecturas poéticas, de las que J. L. Amaro extrae las citas que dan paso a ciertos apartados y poemas. En su conjunto, *Erosión de los espejos* presenta una gran carga de reflexión y de abstracción conceptual, reflejo de las preocupaciones metapoéticas del autor, quien, desde una perspectiva teórica, concibe la poesía "como un aparato de aproximación óptica o un prisma a través del cual se descompone la luz, como un método de conocimiento mediante el cual se depura la vivencia"². A pesar de formar posiblemente parte de la prehistoria de su poesía, debido a la carga teorizante de su discurso poético, el libro tiene el interés de proporcionar datos fundamentales acerca de la evolución y metamorfosis poética de J. L. Amaro.

A partir de 1983, el poeta publica varias obras que, según el análisis de Luis Antonio de Villena³, podrían ser enmarcadas dentro de la línea de "poesía minimalista" o tradición de la poesía pura, que florece en España con posterioridad a los Novísimos. Se trata de *Despojos en la noche* (1983), *Huellas en el cristal* (1984) y *Poemas sacramentales* (1986), además de los poemas que se incluyen en la breve publicación *Estrago y Melodía* (1984). Participan estos trabajos de lo que también se ha conocido como poesía discursiva andaluza⁴, y se caracterizan por "una marcada renuncia a lo anecdótico y una constante proclividad a la esencialización (...) en una azarosa búsqueda de atemporalizar los instantes que el tiempo

condena en vuelo fugitivo"⁵. En el aspecto formal, esta preocupación se plasma en "una serie de rasgos estilísticos que retoman, en gran manera, las inquietudes metapoéticas, vehiculadas mediante símiles y concatenaciones metafóricas en clara función metalingüística, y los aires razonadores del discurso, reflejados, como si de un lenguaje científico se tratara, en la utilización de una sintaxis sobrecargada de subordinaciones causales, condicionales, comparativas (...), así como la tensión energética y el nivel de generalización que, por carecer de referencia personal, aportan los infinitivos"⁶. Este nuevo período de la trayectoria poética del poeta se va a caracterizar por una depuración de todo aquello que *no conviene a la poesía*, y por un cambio de la tercera a la primera persona, pasando así "de la experiencia poética a la experiencia vital poetizada"⁷. Y se consolidan, entre otros, los temas ya apuntados en anteriores poemas: la dificultad de acertar con la palabra justa, el desgaste que supone la experiencia de vivir, la fugacidad del momento presente, y el papel fundamental de la memoria, teñidos con un tono estoico y elegíaco a veces. La preocupación metapoética sigue presente, aunque adquiere nuevos matices.

Desde 1992 hasta aquí, J. L. Amaro ha proseguido con su quehacer poético publicando diferentes trabajos: *Pretérito imperfecto* (8 poemas) (1992), *Muerte de un ilusionista* (1993) y *Madriguera* (1993), obras que suponen una maduración de su escritura, con "una gran carga vivencial, muy tamizada por el rigor de la escritura"⁸, conformando lo que el mismo poeta ha calificado como "una poesía habitable". En la actualidad tiene dos libros inéditos, *La piel de los días*, de próxima aparición y *Fronteras de niebla*. El título general que contempla para la recopilación de su obra es *La realidad y la memoria*.

La realidad y la memoria

INMEJORABLES TIEMPOS PARA LA LÍRICA

(Estrago y melodía, 1984)

*Mudas siluetas en posición
conversadora.
Miradas en una habitación
del silencio al vacío cayendo
en complaciente actitud taxidermista.
Tiempos inmejorables para la lírica.
Tiempos de soledad, conspiración
y otras fugas honrosas
que el impúdico vicio de vivir pone
al alcance adúltero de la pluma.*

MONASTERIO DE LOS JERÓNIMOS

(Poemas sacramentales, 1986)

*Sagrado como el silencio que habita
los viejos monasterios,
quién no deseara alejarse del mundo
y sus lides, en la confidencia
de la soledad inagotable, plegar sus alas
de soberbia mariposa. Desde una planicie,
dominar el paisaje de la tarde humeante
cuando la puesta del pájaro.
Quién, en secreta excedencia de un mundo,
no buscarse disponer cada día
del viejo sol cálido y entrañable,
en un huerto íntimo y recóndito
donde desear tan sólo la equidad
de una vieja sabiduría, acorde
con las raíces que fructifican la tierra.*

PRETÉRITO IMPERFECTO

(Muerte de un ilusionista, 1993)

*Rectificar un error, corregir una costumbre,
a veces prometen ocupación
para el resto de una vida.
Nos levantamos cada amanecer, caminamos*

*al lado de una sombra, y mientras tanto,
tiempo al tiempo, van sumándose nombres
a la memoria, risas a la risa, flaqueza
al valor, y entre los años que son precisos
para cicatrizar un hermoso recuerdo,
y la constancia con que se logra en la vida
remontar una pendiente, la lluvia azota
un tren abandonado en una estación desierta.*

*Esto no tiene remedio y así lo aceptamos,
con su dosis de lucidez y su dosis de fracaso.
Pues a la vez que niños aprenden a soltarse
de sus madres, y que cansados cuerpos pasan
por manos de enfermeras, nosotros, cogidos
entre dos tiempos sin posibilidad de sutura,
desde el silencio antiguo de la noche
escuchamos el llanto de un rinoceronte.*

*Orfandad por doquier nos circunda,
y aunque la juventud, la añoranza de haber sido
dispersamente dichoso, estén entre las cosas
que merecen ser recordadas, nos preguntamos
de quién a quién los despojos de esta vida,
los tronos abdicados y las tutelas.*

POEMAS INÉDITOS

UN ADJETIVO PUEDE CAMBIAR UNA VIDA

*Porque reconoces que un adjetivo
puede cambiar una vida,
raro, holgazán, inútil, frívolo,
o contribuir a su leyenda,*

*te has ido mudando de palabras
a un lenguaje menos duro
y más abierto a los demás,
donde la ternura pernocta a veces
con un viajero ocasional
de otras latitudes.*

*Ahora embarcas en palabras
que se han ido sumando,
sin heroísmo, a precio de saldo,
a tu diccionario particular.*

CUARENTA ANIVERSARIO

*A los cuarenta, uno ha aprendido
ya el oficio.
Admira ciertas cosas,
pocas; sabe de algunos trucos sucios,
y administra, sin caer en su trampa,
una dosis de escepticismo.
Y si ha permanecido
medianamente fiel a su época,
a los avatares de su tiempo,
seguro que habrá vivido cambios suficientes
para saber quién dicta
las reglas del juego.
Hay tardes,
a los cuarenta, en que la memoria
comienza a arrasar, y uno,
que ha planteado ya su enigma a la esfinge,
va desmantelando algunos baluartes.
Y a medida que se aferra
al compromiso moral,
al valor de cosas como el deseo, la amistad,
el clima de sorpresa
que aún traen ciertas noches,
piensa que la vida es un pulso
desigual, a veces inútil,
como el intento de arrebatarse al mar
unos metros escasos de paraíso.*

ÉXODO DEL DÍA DE LOS DIFUNTOS

*El jardinero vino ayer y fumigó
los setos que hay en el fondo
del jardín (lo estaban necesitando).
En seguida, un cambio brusco pero sigiloso
se operó en el ecosistema:
un gran movimiento de insectos
que iniciaron la fuga
cargados con sus mochilas, hormigas,
sobre todo hormigas en largas
y ordenadas hileras.*

*Desde siempre, no sé por qué,
me han fascinado las hormigas,
acaso como una perspectiva
distinta de las cosas; están ahí,*

*desapercibidas, como en otra dimensión,
tal vez nosotros nos parecemos a ellas
y el universo sea esto, una serie
de dimensiones concéntricas,
en el centro el vacío y la nada
a su alrededor.*

*Por la noche, las imágenes vuelven
a repetirse: gente que cruza la frontera
-despavorida-
con el infierno a sus espaldas;
ráfagas de cine de terror
que se dejan petrificado
delante de la pantalla,
imágenes de un mundo en llamas
que por la ventana del televisor
se cuelan de noche en las casas.*

*Como una red fluvial de arroyos y afluentes
que poco a poco van desembocando
en una gran corriente,
esta mañana, a la salida
de las grandes ciudades,
-festividad de los difuntos-
la radio informa que miles de coches
avanzan por las carreteras
en lenta caravana.*

*Gente que huye, hormigas que emigran,
coches que escapan.*

*El éxodo del fin del mundo.
El éxodo del fin de semana.*



NOTAS

1. A. ESTÉVEZ MOLINERO (1990): *La poesía de José Luis Amaro*. Trayectoria de navegantes (Suplementos de Antorcha de Paja), Córdoba.
2. *Op. cit.*, pág. 9.
3. Luis Antonio de VILLENA (1986): *Postnovísimos*, Colección Visor, Madrid.
4. Enrique MOLINA CAMPOS (1987): "Tradición y modernidad en la poesía andaluza" en *Poetas del Sur*, Ríomardesierto, colección de poesía, Almería.
5. Ángel ESTÉVEZ MOLINERO, *op. cit.*, pág. 17.
6. *Op. cit.*, pág. 18.
7. *Op. cit.*, pág. 18.
8. V. GARCÍA DE LA CONCHA y A. SÁNCHEZ ZAMARREÑO (1987): "La poesía" en *Letras hispánicas 1976-1986*, Ed. Castalia, Madrid

Luis José Artigue escribe poesía

Venancio Iglesias Martín

Junto con una técnica impecable, de los maestros del 27, muchos poetas aprendieron un intimismo de imitación. Por decirlo humorísticamente, aprendieron a mirarse el ombligo con una técnica depuradísima, desde luego. Aprendieron a crear sensaciones que carecen de verdad porque no están radicadas en la pasión de vivir. De don Vicente Aleixandre, por ejemplo, aprendieron un moderado hermetismo que les pareció un poco surrealista acorde con el tiempo; luego pusieron de su cosecha otro poquito de disparate sintáctico-semántico, y ya está: listos para concursar. ¡Ya veremos qué queda de todo esto en unos años!

También es verdad que no es necesario que haya arte. Es posible que se cumpla la profecía hegeliana. Es posible, en fin, que la poesía sea aquella niña ahogada en un pozo del poema de García Lorca: el pozo de la trivialidad. Pero hay unos cuantos jóvenes, escandalosamente jóvenes, como Antonio González-Guerrero, Luis José Artigue, Fulgencio Martínez o Cristina Caballero, por citar algunos muy cercanos a mi sensibilidad, que traen entre los dedos luces nuevas y nos hacen esperar otro renacimiento más: la poesía cimentada de nuevo en la experiencia de la vida.

*Ya vienen por las rampas. Levántate del agua.
Cada punto de luz te dará una cadena.
Que no desemboca...*

Y ¿cómo un poeta tan joven puede tener experiencias poéticas profundas? Eso es como preguntar: y ¿cómo es posible que se haya muerto ese chico tan joven? La poesía y la



José Luis Artigue

muerte no se eligen sino que nos eligen. Luis José Artigue es un poeta que anda de puntillas por las rampas, por los bordes, y con impavidez juvenil y verdad inocente dice de sí mismo: "escribe poesía". Quizá su poesía sea el segundo asalto, boxeador ingenuo, a puñetazos con la muerte. Quizá sea eso lo que explique su ansia de vivir, su hundirse en el limo de la existencia en cada verso, sin limpieza, sin pureza, sin análisis sutil; a las bravas.

Tres poemas nada más, tres *Asonetos de amor a tiempo* para esta revista, son una muestra de la riqueza y la fuerza directa de su poesía. Han desaparecido los indefinidos cromatismos musicales, las finuras de análisis de emociones sin otro soporte que la mentira de las palabras, al estilo de tanto juanramoniano como todavía anda suelto. Quedan los tonos fuertes, la frase brasa, el aliento ardido y la música elemental de la naturaleza. Queda la verdad. Poesía desnuda sin *strip-tease* lleno de sutilizas sintácticas y referencias semánticas herméticas; sin dengues de poeta pretendidamente enfer-

mo de la sensibilidad, educadito en sentimientos finos, complicados y bien envasados. Acaso la poesía vuelva a la verdad cuando los poetas tengan el valor de ir olvidando a los grandes, los santos maestros del 27. Ojalá la poesía caída en *desgracia* según el hermoso título de Juan Carlos Mestre, ahogada en el pozo, encuentre en Luis José Artigue su gracia y su resurrección. De momento, este atrevido joven que *escribe poesía*, se está formando por los bordes, asomándose al brocal con ansiedad, buscando febrilmente lo que se esconde detrás de la palabra muerte, de la palabra vida, de la palabra poesía. ¡Bendito sea!

Luis José Artigue Holgado nació en León, y en su universidad estudia Filología Hispánica. Colabora regularmente en prensa y escribe poesía. Su primer libro publicado *El loco y la ciudad* (Barcarola, 1996) recibió el premio "Ciudad de Hellín". Próximamente saldrán a la luz su nuevo libro, *Por si acaso la vida*, título al que pertenecen los siguientes poemas...

ASONETOS DE AMOR A TIEMPO

"COITO ERGO SUM"

A Susana

*Pienso beberte entera hasta el estrépito,
desafinar tu cuerpo mientras ardes.
Te pienso desgastar. Beber tu cuello
hasta hacerte llorar pasión a mares.*

*Te pienso profanar. Poblar tu lecho
de lluvia y corazón, y fuego, y sangre
y cosas por decir, mi amor. Te pienso
transitar como un puente hasta que estalles.*

*De cariño y calor te haré una cama
blanda como las nubes o los lentos.
Un cama de besos prorrogables*

*donde anudar dos cuencos de palabras.
Cédele a la locura algo de tiempo
que pienso hacer tu cuerpo navegable.*

"ARS GRAMMATICAE"

A Yolanda

*Ojalá llegue el día en que yo pueda
llorarte como lloran las palabras.
Observarte lejana entre la niebla
desde el seco rencor de las palabras.*

*Hablarte con la voz de los poemas.
Hacerte con el filo de una espada
mil heridas de amor. Tocar estrellas
que solamente tocan las palabras.*

*Hoy que está la pasión en decadencia
y la distancia a ti es intransitable.
Hoy que de la ansiedad no queda nada*

*ojalá llegue el día en que yo pueda
-cruzando la ceniza que dejaste-
besarte como besan las palabras.*

"DE AMORE"

A...

De todo lo que nunca he tenido
ella es lo que más echo de menos.
(Ray Loriga)

*Cómo me gustaría que existieras:
un amor no disperso cada noche,
sin cuenta atrás, sin humo, sin rencores.
Un amor que resista las tormentas.*

*Un amor perfilado entre la niebla.
Un proyecto común. Una conquista
progresiva. Calmada. Compartida.
Motivación. Refugio. Savia. Estrella.*

*No hay palabra más bella que nosotros
si crece con nosotros y envejece
a nuestro ritmo sin pudor ni miedo.*

*Su belleza se expande hacia los otros:
un amor que se queda y permanece,
uno que apenas cabe en un soneto.*

La memoria del clavo

Laarbi El Harti

Nunca pudo olvidar aquel olor, aquella sensación de vértigo que lo zarandó cuando lo obligaron a agacharse y besar la belleza fría e irrepetible del cuerpo que yacía en la habitación atrapada por una incierta penumbra.

Han pasado muchos años, y la mañana soleada de primavera en que observó desde su rincón la despedida de Fátima continúa repitiéndose. El olor sigue siendo el mismo. Es una especie de luciérnaga que aparece y desaparece. Es probable que, para salvaguardarse del tiempo, se haya convertido en idea que va esculpiéndose en la memoria, como lo haría un picapedrero loco, que en su paraíso de la inutilidad se pasa la vida frente a una gran roca.

Pero la memoria es como un estómago -y el niño estaba especialmente marcado por los de los corderos sacrificados que orquestaron su existencia- que recibe las vivencias en sus pliegues membranosos, y no siempre gratas para los sentidos, y las asimila o no.

Issam tenía cinco, seis o siete años; no se acuerda, pero tampoco le importa mucho. Ahora sabe, con la certeza del deseo desesperado del reo que acaba de oír su sentencia de muerte, que la vida le ha provisto de una frágil armadura para contrarrestar la agresividad de las vivencias y de un poder para desintegrarlas en los dobladillos oscuros de la memoria.

Por eso siente -y maldice la conciencia del tiempo porque posee una espantosa facilidad para digerir muy mal- que Fátima ya no es ni recuerdo, ni vivencia, ni aún las palabras que solían reconstruirla en las reuniones familiares, para desvanecerse luego en la negrura del silencio. Para él es un olor, que nunca se atrevió a calificar o asignarle un nombre, porque ahora que la madurez lo difumina todo, no sabe si fue el efluvio que se colaba por los poros para apoderarse del cerebro de la piel o era el descubrimiento de que la muerte también era bella.

Él no entendía nada de enfermedades, porque los padres decían que los niños son muy niños para comprender ciertas cosas. Por eso hablaban abiertamente delante de ellos y él iba reteniendo retazos de conversaciones, que luego, en la oscuridad del trastero procuraba proyectar en la pared con la ayuda de una vela. Fue así como pudo oír que Fátima perdió la salud porque alguien muy próximo había abusado de ella; de ahí le venía la eterna mirada de animal acorralado, susurró alguna vez la madre, devorada por no se sabía qué incisivo secreto.

Al principio observó aquellos sucesos, que los padres llamaban abusos y que ocurrían a cualquier hora del día y en los lugares más inverosímiles de la vieja casa, como un juego. Eran la prolongación de sus películas en el trastero. Pero muy pronto se convirtieron en escenas que le hacían temblar de miedo y llenaban sus sueños de rostros deformados, de bufidos de animal, de ojos desorbitados, movimientos espasmódicos y actitudes antropófagas.

Muchas veces llorando intentó decir algo a su madre. El padre era inaccesible. Pero le acalló el qué te pasa, hijo, vente a mi regazo o el toma una moneda y vete a comprarte una golosina o niño, retira a este monstruo de mi vista o bastardo, vete de aquí o desuello el árbol genealógico de tu padre.

Una mañana, muy temprano, montada en Mabruk, el mulo que además de que había merecido el nombre de persona, también tenía el privilegio de moverse por la casa como un miembro más de la familia, se llevaron a Fátima al hospital. Y volvieron sin ella. La madre lloró toda la tarde y nombró a los ocho hijos que se le habían muerto e inventó nombres para los fetos que había perdido en sus muchos abortos. Nombres que cambiaban según la época y el volumen de su estado de ánimo: empezó por un

rústico Kaddur y acabó, coincidiendo con la era de la modernidad de adoradores de culebrones, con el sonoro Naryis. Issam sólo reconoció el nombre de Aicha, que dos años antes habían llevado en silencio y para siempre envuelta en una piel de cordero.

Un día lo llevaron a visitarla. El hospital estaba muy cerca del mar. Era un viejo edificio colonial cuyos muros supuraban humedad. Issam nunca pudo comprender cómo se podía curar la tuberculosis en aquel congelador atrapado por las estriantes corrientes de aire que se pegan a la piel como sanguijuelas y un nauseabundo olor de entrañas de pescado podrido que los almadraberos abandonaban en los diques.

Estaba tan cerca el hospital del puerto que muchos pacientes, en especial los veteranos, aquellos que juraron lealtad a la enfermedad porque habían tomado cariño al hospital, salían por las ventanas y se iban al muelle a descargar las almadrabas, a cambio de pescado que enviaban a su familias y no olvidaban a los enfermeros, que a su vez, se supone, no omitían a los inalcanzables doctores.

Issam estaba acostumbrado a ir de la mano de su madre como un cesto de la compra. Pero aquella tarde entró al hospital arrastrado como un pollo recién degollado y llevado por un niño. Histeria materna obliga.

La sala de espera le pareció inmensa y lúgubre. El intenso olor acre del éter, mezclado con la suciedad, el sudor y la humedad, conglomerados de cuerpos, ropa y sábanas, los retretes que desconocen las palabras agua, higiene, ventilación, algún que otro vómito, alguna que otra flor flácida del vientre emergida a destiempo, lo atraparon por la garganta y si no fuera por el guarrazo que le propinó su madre hubiera imitado al viejo que estaba echando las tripas en un rincón del sombrío pasillo ante la total indife-

rencia de las enfermeras que masticaban chicle y arrastraban sus enormes traseros como las camellas, y de los enfermeros, que no sabían por qué pero tenían aspecto de carceleros, cuyas acciones inundaban los informes de las organizaciones humanitarias.

Fátima, que compartía la cama con una mujer vieja, estaba en una habitación desconchada que daba al mar, junto a otras de diferentes edades y enfermedades. Pero todas tenían algo en común: la flacura extrema, la mirada cansada, ensombrecida por unas ojeras de ultratumba y una palidez que te dice la vida es luz y yo estoy sin ella.

Issam le quiso contar los últimos episodios de Zohra y su marido, el vendedor ambulante, que a pesar de que él nunca estaba en casa y a pesar de que sus broncas, gritos, insultos, platos que estallaban contra las paredes duraban toda la noche, a lo largo de sus cortas estancias, nadie sabía cómo habían podido tener tantos hijos. Algunos decían que las peloterías no eran sino emociones violentas producidas por orgasmos cósmicos. Pero el llanto de la madre, sus frases inarticuladas, el sonar la nariz en lo primero que encontraba, no le permitieron colocar palabra alguna; sin embargo, pudo retener la última sonrisa de Fátima y sentir su mano fría y descolorida en la mejilla.

Aquella misma noche, tras oír el comentario de la madre, salpicado de lágrimas y moco, el padre de Issam, un exfalangista con yilaba, al que toda la familia tenía un miedo espantoso, cosa que el niño no comprendía ya que el hombre nunca abría el pico, decidió rotundamente que todos los médicos son unos matasanos y cabrones y que qué pueden desear a los pobres y para qué están los santos varones de la verdadera religión, a los que se encomendaron nuestros padres y abuelos y que mañana

mismo saco a mi hija de ahí.

Y efectivamente, al día siguiente, y como siempre que creía que iba a cometer una heroicidad (las tierras de Castilla, Asturias y del Ebro son testigas -solía decir, cuando hablaba- de mis epopeyas) preparó su jumento de exfalangista, se presentó en el hospital y raptó a su hija, ante la mirada imbécil de la enfermera Chama, que cuando no localizaba las heridas, arreaba, pellizcaba y mordía a los pacientes, sacando a relucir todas las vidas y milagros de sus abuelas, madres, tías, hermanas y el resto de su parentela femenina.

Cuando el hombre temido que no abría el pico llamó, la madre dio un inexplicable pero rotundo tortazo a Issam que jugaba con un poco de masa de pan que ella misma le había dado para ocuparlo y saltó hacia la puerta, como siempre inmersa, casi ahogándose, en su llantomocoducto.

Ni la madre, ni las vecinas viejas permitieron que Fátima entrara en brazos de su padre. Unánimemente decidieron que la niña tenía que atravesar el umbral de su casa a pie. Probablemente era su modo de desafiar a la muerte que todas habían intuido en la luz macilenta de sus labios. El niño oyó decir a una de ellas, que tenía especial predilección por los cadáveres, porque se comenta que era especialista en filtros mágicos, para cuya elaboración era necesaria la participación de éstos, que estaba segura de haber percibido la ajorca de la muerte en el tobillo de la muchacha cuando la calzó antes de que la apearan del mulo.

Entró, por supuesto, a pie pero ayudada por su madre, siempre perdida en cada vez más abundantes lágrimas y mocos, hermanas mayores, sobrinas, primas, vecinas, gatas y perras. El niño nunca comprendió por qué el sufrimiento ajeno atraía tanto a aquellas mujeres.

Fátima estaba muy flaca y su sonrisa, de la cual no privaba a nadie, cada vez se parecía más a la de los naufragos que en su intento de alcanzar la libertad del culo de un mundo mejor, accedían al destino de una fosa común. En el zaguán, entre gritos que no se sabía si eran de alegría o de sentencia de muerte, lágrimas, frases compasivas que harían flaquear al mismo Arnold Schwarzeneger en sus películas más feroces, le ofrecieron leche y dátiles que no pudo tomar. Issam presenció el regreso de Fátima desde la puerta del trastero, en cuyo muro mohoso, las imágenes ya no podían responder a sus preguntas.

Cuando se despertaba, el niño tenía la costumbre de buscar la tetera y chupar lo que los mayores habían dejado, porque en su casa los niños no desayunaban, más bien pillaban lo que encontraban, que en general era poco. No obstante, aquella mañana no buscó la tetera, tampoco se interesó por las sobras de la cena y preguntó por Fátima.

Su madre lo condujo a la habitación donde habitualmente recibían a los invitados. Era la mejor amueblada, la mejor decorada y sagrada, porque nadie podía acceder a ella sin la compañía de los raros invitados que de vez en cuando aterrizaban, se instalaban como para quedarse para siempre y pasaban a ser tíos o primos, según el capricho de la madre, que al segundo día, pasado el entusiasmo inicial de ser generosa y de gastar el presupuesto mensual de la familia e intuyendo lo que le esperaba, empezaba a refunfuñar y a maldecir mantas, platos, vasos, hijos, moscas y todo aque-

llo que se cruzaba con ella, salvo claro está el huésped, al cual le dedicaba una sonrisa, que poco a poco iba adquiriendo aspecto de navaja, y un rosario de frases de bienvenida, cada vez que sus miradas se encontraban, encuentro que al cuarto día se hacía casi imposible.

Y como la muerte también participa en el culto del lucimiento, el cadáver pasó la noche donde Fátima nunca hubiera imaginado dormir. Es lo máximo que podía hacer una familia pobre por la muerte, porque se decía que para sus entierros, los ricos, que aún no habían muerto, y para despedir a los que lo habían hecho, encargaban sus uniformes funerarios, que son verdaderos modelos, a Cardin e Yves Saint Laurent y hasta al mismísimo Klein, y los menús -Issam no comprende ahora cómo la muerte provoca tanta bulimia- a los mejores *traiteurs* de la ciudad.

Cuando abrió la puerta y su madre lo empujó suavemente hacia el interior, Issam vislumbró en la penumbra, rota tan sólo por una frágil llama de vela -no se acuerda si fue un sueño o un hecho real-, que el cuerpo sin vida de su hermana se había transformado en un pequeño jardín de esencia de clavo, pétalos de rosas y *jenna*, del cual emanó un olor que lo agarró por la garganta y se hospedó para siempre en los últimos escalones del pozo de su memoria, del cual emana sin avisar como para recordarle que el amor y la felicidad, cualquiera que fuese su forma y manifestación, en suma, la vida, es un funámbulo que siempre se levanta para volverse a caer.



Tánger, ciudad habitada

José Hernández

No han faltado ocasiones en las que se me haya preguntado más o menos directamente sobre la razón, si es que la hay, de que en mis cuadros no aparezcan aquellos elementos “visibles” que en cierto modo evidencien, entre otras cosas, mi lugar de origen. Puede que estas razones existan pero en cualquier caso no creo que esto impida la lectura de una obra, como tantas otras, compleja pero no indescifrable.

Admito no obstante el deseo de algunos por racionalizar todo, aunque yo prefiera creer que la mayoría de las veces se trate de una simple curiosidad y nada más. Cuando estos casos se producen no resulta fácil satisfacer esas curiosidades porque siempre he creído que en la contemplación de una obra de arte la morfología es casi siempre accesoria. También es verdad que cierta crítica, a mi modo de ver algo más comprometida que yo en facilitar este acceso, resuelve a veces el asunto calificando de “claves” lo que en sí suelen ser simples accidentes. En cualquier caso nunca he creído indispensable hacer uso fácil (o difícil) de una iconografía precisa para sellar el discurso.

Nací en Tánger en 1944 cuando la ciudad aún se consideraba “zona internacional”. Mi familia, una de tantas familias andaluzas de empleados y pequeños artesanos llegadas al Norte de África hacia mediados del pasado siglo.



El muro de la leyenda

Por aquellos años cuarenta Tánger era refugio de no pocos exiliados de la guerra de España y de la II Guerra Mundial, lo que hace que en una ciudad relativamente pequeña se produzca esa diversidad de gentes, culturas y religiones. Todos tienen su historia -que es la Historia- que contar y creo que esto deja en mi obra una huella muy profunda. Lo compruebo ahora. Entonces no, por supuesto. Entonces me limitaba a embeber todo mi alrededor de forma algo confusa pero grata. Como es natural, de entre los numerosísimos ambientes, uno en particular me atraía: el de los intelectuales y de los artistas que, desde los puntos más dispares, se reunían en esta ciudad en busca de aquellas libertades probablemente imposibles en sus lugares de origen. Otros, que no eran ni intelectuales ni artistas, encontraban también un lugar idóneo para el retiro. No faltaba, como es también natural, algún que otro personaje estrafalario, algún mercenario retirado o un aristócrata mundano venido a menos. Todo ello contribuía a crear la inevitable leyenda paradisíaca que yo, honestamente, sólo comparto a medias y a veces. No obstante, no tengo dudas de que todo esto influye de una manera decisiva en la formación de aquel niño solitario, luego adolescente, más tarde pintor, de acuerdo con una escala de valores al menos sí distinta.

Por encima de estas consideraciones un tanto circunstanciales, el lugar en cuestión tiene para mí otros aspectos, éstos los naturales, como son el paisaje y sus gentes. Los que lo habitaron antes, hoy y siempre. Dos valores permanentes,

a los que apenas se alude en los últimos tiempos y que para mí son fundamentales ya que, a mi modo de ver y en resumidas cuentas, hacen que todo esto sea posible, incluso el que yo mismo pinte y no haga otra cosa. Es precisamente ahí y no en otro sitio donde para mí un color tiene olor a gentes, donde el mar es otra cosa, donde la luz impide a veces mirar aquello que resulta ya casi innecesario ver, donde la temperatura exterior se confunde con la de las vísceras, donde la armonía es casi superflua, donde de nada sirve afanarse en la búsqueda de ese equilibrio que ya viene dado y que tan sólo el bravo viento de Levante da demasiado que pensar en la locura. Un lugar donde sentirse dentro de su propia piel es ya suficiente.

Pero ¿cómo transcribir estas sensaciones táctiles (en imágenes) sin hacer concesiones extrañas...? Me basta con haberlas sentido, vivido alguna vez; ¿por qué recrear, revivir...? La memoria, que no el recuerdo, debe ser sólido sedimento y no blanda nostalgia. Si alguien quisiera ver en mi pintura aquellos muros de blanco añil, las azoteas multicolores, el agua con sabor a brea, las grutas repletas de mitología, los delfines del estrecho, las lagartijas sobre las tapias, las cigarras y los eucaliptos, los paraguas agujereados de la noche, el viento, el viento, el viento, terminarán por verlo. Quienes quieran ver esto y alguna otra cosa más tendrán que sentirlo primero. No hay tantas "claves secretas" como dicen aquellos a quienes les falta el alma.



La higuera

(o El ocaso del patriarca)

Abmed El-Gamoun

A M. M. L.

*Souvent dans l'être obscure habite un Dieu caché;
Et comme un oeil naissant couvert par ses paupières,
Un pur esprit s'accroît sous l'écorce des pierres.*

Gerard de Nerval, *Les Chimères*, 1853.

Hacía mucho tiempo que no pasaba por allí. Desde su viejo y espacioso *chevrolet* descapotable mira, atónito, desfilar espacios de un verde espurio que exhalan un olor nauseabundo. Las casas que los delimitan parecen lanzadas en una loca carrera hacia no se sabe dónde. Por los apretados senderos van entrando y saliendo carros cargados de lechuga, hierbabuena y alfalfa. Se tiene la impresión de que la ciudad no se ha enterado aún de que se nutre de sus propias deyecciones. De que nada se crea, nada se pierde, sino que todo se transforma.

¡Ya no puede localizar aquel abigarrado espacio que compartió sus días de gloria! Su añeja y cansada memoria sólo puede recordar la imagen difusa de tiendas, harcas, alaridos, caballos de belfos espumosos y crines sudorosas, pólvora... *Sí, allí comían, bailaban, se divertían dando carreras a caballo... Por la noche no faltaban tampoco jinetes de tez aceitosa y cejas pobladas que montaban indómitas potras... Allí, junto al río, no muy lejos de la morada del santo...*

Devoción y orgías. Éxtasis del alma y del cuerpo. Ahora, alrededor del santo, no hay más que desolación y abandono. El río fue soterrado para abastecer a la ciudad, que va creciendo vertiginosamente; en su agua se sepultaron todas aquellas escenas de bacanales. Los frondosos y umbríos árboles de antaño tienen ahora enormes troncos

carcomidos donde anidan las luciérnagas. Parecen espantosos, como los que se ven en las películas de vampiros, que se despiertan en las noches de plenilunio en busca de sangre humana.

Tomó un sorbito de café. Lo guardó un momento en el paladar, como hacía antes, para saborearlo y sentir su aroma acariciándole las narices. Le pareció amargo, como si fuera una infusión de hojas de adelfa. Lo tragó de repente, mientras su mano nerviosa y trémula buscaba otro terrón de azúcar y lo echaba en el vaso.

La atmósfera está saturada de cacofonías musicales de un *rai*, entrecortadas por versículos del Corán. Un hormiguero de mujeres con chilabas, maxis, midis, minis, la cara desvergonzadamente pintada o amortajada herméticamente por el velo, entra y sale de la morada del santo. Niños que corren, brincan, se arremolinan alrededor de los vendedores de helados, perritos, pipas, buñuelos... Grotescos mozalbetes con gafas ahumadas que lanzan piropos a ruidosos grupos de muchachas, que andan soltando risotadas y dando codazos. Maridos agobiados y resignados que prefieren liberarse un ratito de sus mujeres, dentro de aquella pleamar humana, para fumar un cigarrillo a sus anchas, tomando té en algún cafetín contiguo al recinto sagrado. *El mundo parece insípido... Todo ha perdido su sabor: el paisaje, el café, las mujeres... Son señales del Apocalipsis... ¡Ya llegó el momento en que uno tiene que descansar en paz! ¿Qué tiene uno que hacer dentro de este enloquecido tiovivo?... La ciudad parece un ogro que se traga a sus propios hijos... Hasta el cementerio del santo fue convertido en una plazoleta con toscos asientos para borrachos... Y ¿para quién, si todos están manchados de orines?... ¿Una fuente?... Aguas verduzcas, llenas de bolsas de plástico y cajetillas de tabaco... Algún día*

mi morada caerá también entre los tentáculos del pulpo... ¿Quién sabe?... Prefiero morir antes de ese día...

Ahogó un suspiro, mientras sus dedos acariciaban el bigote esmeradamente cuidado que le daba un aspecto de majestad y de imperio. Una joven pareja ocupó una mesa a su lado. Pero cuando se dio cuenta de su anacrónica indumentaria, el ligero albornoz blanco, el turbante primorosamente enrollado a la cabeza, el bastón con empuñadura de ébano y punta de metal apoyado en la mesa, cambió de repente de sitio. La muchacha que le miraba de reojo dejó, al pasar, una estela de perfume. Él también le echó una furtiva y despreciativa mirada sin dejar de desentrañar, con ojos de rapaz, la forma atrayente de su cuerpo. *¡Ingrata semilla!... ¡Ingrata tierra!... Nacen, crecen y cuando les apunta el vello entre las ingles se echan en manos de un golfo, dejándole a uno solo.*

Cuando piensa en estas cosas, siente como un apretón en la garganta que le corta la respiración. Metió la mano en el bolsillo de su pantalón turco, sacó el pulverizador antiasmático, lo ajustó a la boca y repitió la operación que solía efectuar a cada ataque. Abrió los ojos. *Fi sabil al-Lah al hadj*, le imploró un famélico pordiosero con voz apagada y la mano extendida. *¿Quieres que te eche un poco de brillo a los zapatos, al-hadj?*, le dijo un muchacho de apenas diez años, dando acompasados golpecitos con el cepillo en la caja, que empuñaba en el brazo como una misteriosa adarga contra el hambre.

Entretanto ha entrado al recinto del café un domador de monos, que ante la concurrencia empezaba a hacer alarde de su maestría y del talento de su bicho: *¡Ahora el joven pastor con la panza atiborrada de alcuzcuz!* El mono daba saltos y cabriolas por todas partes. *¡Ahora la vieja endemoniada por no tener marido!*

El mono fingía mirar un ratito en un espejito de mano, luego se puso a castañetear los dientes y a estremecerse frenéticamente, como si le hubiera cogido un repentino escafofrío. *¡Ahora, venga el viejo bajá que duerme la siesta!* El bicho se acostó de lado, abrió las piernas y comenzó a rascarse la picha. *¡Tarzán!* -así lo llamaba el amo- *Y tú, ¿cómo saludas al viejo bajá?* El mono volvió su pelado trasero a toda la concurrencia, que pro-rumpió en carcajadas.

Se sentía indignado. Escupió. *¡Mal rayo os parta a los dos!*

La joven pareja salió apresuradamente. La muchacha parecía asustada por la desvergonzada presencia del mono. Salió agarrada del brazo del novio. El camarero, que estaba limpiando la mesa, le dijo sin mirarle a la cara: *¡Han venido los hijos este verano, al-hadj?* Contestó negativamente con la cabeza, mientras su mirada seguía pegada al domador de monos, quien, con el bicho al hombro, iba recogiendo la limosna que le daba la gente.

Desde que falleció su última mujer se había quedado solo. Sus hijos, ya mayores, venían a verlo cada vez menos. El mayor terminó sus estudios en Canadá, se casó con una *gawría* y se quedó allí para siempre. El otro fue una especie de perro faldero que se pasaba el día corriendo en pos de las colegialas, un trotabares que una noche aplastó a una niña con el coche de su padre sin llevar documentación ni nada. Consiguió escapar, no se sabe cómo, a Bélgica. *Éste sí, que no vuelva. No quiero ver su maldita cara de borracho, borracho de mala cepa. Si hubiera permanecido aquí, habría echado la casa por la ventana, y a mí también, con un puntapié en el...*

La chica, su única hija, era de esa categoría que suele tener prematuramente un grillo en el pecho. Siempre andaba

como las vacas que, a principios de la primavera, salen corriendo enloquecidas por el celo, con la cola en el aire. Antes de cumplir diecisiete años se fue con un primo suyo que trabajaba en un hostal de Estepona...

Lo que más le irritaba era cuando le proponían vender el solar en que vivía y que fue testimonio de sus días de temido bajá de la época colonial: caballos primorosamente enjaezados con sillas bordadas en seda, coches espaciosos, galgos, corderos asados con manojos de hierbabuena en la boca, veladas báquicas bajo la higuera...

Solía contestar tajantemente: ¡Ni hablar!

Aunque la ciudad se va ensanchando como una espantosa tiña que se come todo lo que es verde, jardines y vergeles, él sigue aferrado a su descuidado solar poblado todavía de algunos polvorientos olivos y de erizadas chumberas que sirven de escondrijo a toda clase de reptiles y... la higuera, que le sigue prodigando generosamente su sombra. Allí suele dormir la siesta y comer las noches de verano. Es la única que le permaneció fiel. Cuando la mira por la mañana con sus grandes hojas desplegadas, que se mueven al aire como las orejas de un elefante que se abanicara bajo la canícula africana, se acuerda de aquello que oyó una vez en la mezzquita, que "cuando muera, el hombre seguirá aprovechándose en el más allá de tres cosas buenas que dejó en la vida: una buena ciencia, una buena progenitura y un buen árbol". *Mi ciencia ha sido sangre, lujuria y libertinaje. Mi progenitura, espinosa y huera como las cabezas de cardo. Sólo... sólo me queda, como consuelo, la higuera.*

Y mientras se siente envejecido, enjaulado en su propia soledad, hay una cosa que le atormenta: *¡Quiero descansar en paz!... ¡Quiero exhalar mi último suspiro con la cara risueña!*

Sin embargo, la imagen de las cabezas colgadas en Bab Sidi Abdelwahab chorreando sangre, vigiladas por guardianes senegaleses de mejillas marcadas como por arañazos de leopardo, y los vientres destripados con la punta de su caña, afluían como negros nubarrones que oscurecían su memoria. Las órdenes de los superiores retumbaban en su cabeza como lejanas campanadas:

-¡Oui chef!

-¡A vos ordres mon capitaine!

-¡Grouille-toi, fils de chiennel!

De una especie de trompo volcó rapé en el dorso del pulgar y lo aspiró con un ademán afectado: *La cabeza que no se alucina es una colina.*

Cambió de postura sobre la silla porque el forro de esponja sintética excitaba rabiosamente el prurito de sus hemorroides; se sentía como si estuviera sobre ascuas. Antes, cuando se levantaba, los pantalones se le quedaban pegados al trasero. Por eso solía andar siempre con una venda adhesiva entre las piernas, sujeta a los calzones, como una mujer en el ciclo menstrual. En los períodos de ataque, cuando se la quitaba empapada de sangre, tenía el aspecto de un feto abortado. Pero su espacioso y anacrónico coche, su atuendo de museo, no dejaban adivinar que llevara entre las piernas aquella porquería.

Ahora, con mucha amargura, se dio cuenta de una cosa: que todo conspiraba contra él. Al principio eran la mujer y los hijos, que lo habían abandonado: una para el otro mundo y los otros para *bled al-gur*. Después era su cuerpo impredecible, que le atormentaba cada día: reuma, hemorroides, crisis de insomnio con horribles pesadillas que le dejaban calado de sudor hasta los huesos. Todo le resultaba ingrato, menos su dentadura postiza con colmillos de oro, que le permitía sustentarse, y la higuera. Sí, la higuera frondosa que le cobijaba con su

sombra como lo harían las esclavas con su poderoso maharajá.

Subió en su *chevrolet*. El polvo que iba levantando la gente que abandonaba el lugar del santo, al caer la tarde, daba a la atmósfera un color cobrizo. Prefirió entrar en la ciudad por la misma carretera por donde había venido. Pasaban coches a toda velocidad; algunos, conducidos por jóvenes que iban sembrando la carretera de latas de cerveza de todas clases. Delante de su coche iba una pareja sobre una *vespa*. El chico, encapuchado con un abigarrado casco, parecía un extraterrestre que hubiera raptado a la chica, que llevaba los cabellos al aire y desnudos los muslos. *Las chicas de hoy son como las flores de plástico. Te atraen con sus formas y colores, pero carecen de aromas naturales.*

Al llegar a la zona industrial, las alcantarillas que desembocan no muy lejos de la carretera, llenaban el aire con vaharadas de azufre. Al detenerse un momento en el paso a nivel, miró cómo los rayos del sol se reflejaban todavía sobre la superficie aceitosa y alquitranada de las aguas estancadas. Un niño descalzo saltaba sobre un viejo neumático medio inmerso en la apocalíptica charca. Inermes espulgabueyes daban la impresión de piedras mal encaladas más que de pájaros. *¿Dónde puede uno yacer en este maldito pantano?... ¿Cómo puede uno entregar su cuerpo a esta espantosa hidra que se baña en sus propias deyecciones?*

Desde que los achaques de la vejez le hicieron aprender que era un ser mortal, y el crecimiento infernal de la ciudad iba acechando cada día más su solar, se convirtió en su principal obsesión encontrar un lugar idóneo donde morir. Antes de encontrarse solo, lo que le preocupaba era llegar a diferenciar, radicalmente, entre dos etapas de su vida: una, que olía a sangre y pólvora, en que andaba orgu-

llosamente enhiesto sobre el caballo, *cabalgando junto al general Maurice y al capitán Laurent*, con su albornoz cargado de condecoraciones; y otra, posterior, de alaridos, abrazos, ojos lacrimosos, que degeneró en un *sálvese quien pueda*, porque nadie pidió cuentas a nadie. Así, las cobardes tortugas encontraron las aguas sucias y propicias para seguir viviendo tranquilamente. Fue a la Meca como a un baño catártico y purificador, luego a solazarse en los cafés engrosando sus cuentas bancarias, vendiendo terrenos y viviendo de la pensión que le mandaban de allende el mar.

Pero cuando enterraron a su última mujer en el cementerio municipal, lugar al que no estaba acostumbrado a entrar sino a mandar a la gente, se sorprendió de cómo uno apenas tenía donde poner el pie. La gente iba pisando tumbas, arrastrando estelas, volcando macetas y cuencos que permitirían identificar a los difuntos. Las viviendas habían sitiado aquel espacio que los vivos parecían codiciar a los muertos para instalar allí algún negocio. Miró cómo el edificio de TABACOS daba también al cementerio y parecía decirle: *¡Algún día acabarás como almacén o taller mecánico!*

Al evocar aquel día, se lamentó de tantos terrenos que se le habían escurrido de las manos, pero se consolaba rápidamente al percatarse de que aún estaba aferrado a su solar y que no había cedido a la torpeza de sus hijos de cambiarlo por un piso. *¡No, no quiero que me encasillen en un piso!... Quiero descansar bajo mi higuera... Allí puedo escuchar las llamadas del almuédano... Sí, los muertos resucitan en las tumbas y pueden orar a sus anchas hasta ganar su salvación antes del Juicio Final.*

Una cosa le molestaba tanto como una brizna de paja dentro del ojo. Era la nueva Escuela de Tecnología que acababan de construir cerca de su madriguera

y que empezaba a estorbar sus acostumbradas siestas. *Menos mal que en el más allá sólo se oyen las llamadas del almuédano y el susurro de los ángeles que adoran al Creador.*

* * *

Quando de noche entró en casa, la vieja Halima, que le atendía por el día, le había dejado la cena preparada sobre la mesa redonda como siempre. Una cacerola con sopa de legumbres, unos dátiles de Biskra, un par de huevos y pan de trigo duro enrollado en una pequeña toalla dentro de un cestillo de mimbre. También, la plateada bandeja con los vasos y la tetera lo aguardaban allí, en su sitio habitual. No permitía que nadie le preparara el té, porque era su afición predilecta, que ejercía con verdadero goce. Otro campo que le permitió lucirse ante el general Maurice y el capitán Laurent y granjearse sus alabanzas, como lo hizo con sus condecoraciones. Puesto que le gustaba el té, y exigía que fuese granulado, lo solía preparar muy fuerte, lo que servía de pretexto a quienes le envidiaban para reprocharle ante los militares franceses: *¡Esto es café de Brasil, hadj! ¡Es como la sangre del erizo! ¡Es un jarabe de alheña! A lo que solía contestar: Prefiero todas estas majaderías al orín, aludiendo al té menos fuerte, lo que caía gracioso a los dos funcionarios.*

Después de terminar la cena se limpió las manos. Puso, como solía, la prótesis dental en un vaso de agua con una gotita de lejía y lo dejó sobre la mesilla, junto al rosario que usaba en las noches de insomnio. Cerró la ventana del dormitorio que daba a la higuera y volvió a su mullido diván, frente al televisor, para entregarse a su cotidiano ritual del té.

Aquella noche, como era principios del otoño, el cielo estaba nublado y la higuera, casi despojada de hojas ama-

rillentas, se agitaba como una mano nerviosa y gigantesca que decía *adiós*. De vez en cuando, las imágenes del televisor se sucedían frenéticamente o tomaban un aspecto de esperpento. Era algo que ocurría cuando arreciaba el temporal o cuando se anunciaba tormenta. A pesar de esta incomodidad, seguía atentamente el programa que estaban dando sobre la bailarina egipcia Samia Jamal con motivo de su fallecimiento. Se acomodó en el diván para evitar el escozor de las hemorroides, tomó el rapé y, sorbito a sorbito, fue apurando el té sin dejar de chasquear la lengua, como para decirse: *¡Qué bien lo has hecho, hadj! Dios te colme de salud.*

La bailarina tenía una cara joven y risueña, un cuerpo esbelto y cimbreante como una caña de bambú. Cuando bailaba parecía una anguila desplazándose dentro de un acuario. Daba mesurados caderazos al aire, movía acompasadamente el bajo vientre, alzaba unos brazos tallados en marfil, los ponía debajo de su despeinada cabellera, los deslizaba eróticamente sobre sus erguidos pechos apenas domados por un fino sujetador. Él se siente a gusto en su holgado camión y en sus zaragüelles turcos. Un suave cosquilleo le recorre la espina dorsal, sin llegar a invadirle todo el cuerpo, como le sucedió antes cuando sus ojos se escurrián, encendidos por el deseo, sobre las excitantes y maravillosas curvas del cuerpo femenino. *¡Ya te hiciste viejo, hadj! ¡Tu cetra ya no tiene poder! Va apuntando siempre hacia abajo, como para decirte "somos de la tierra y a la tierra volveremos".*

Cuando su retina se cansaba de la agitación intermitente de la imagen, la recreaba en su propio retrato colgado encima del televisor. Es una foto en blanco y negro, con un marco de madera dorada, con un fondo brumoso. Los bigotes, negros y angulosos como alas de

golondrina, le cubren los extremos de la boca resaltando una nariz aguileña y desenfadada. El turbante, cuidadosamente enrollado a la cabeza, parece la cresta de uno de esos gallos de riña mexicanos. Tiene los ojos pequeños y un poco hundidos, con las cejas anárquicamente pobladas. El albornoz, que le cae sobre los hombros, le presta el aspecto de un cóndor...

El cuerpo de la bailarina ondula como una bandera en el aire, se estremece, describe círculos concéntricos con el ombligo conforme al ritmo creciente o decreciente de la música. De repente, hubo un apagón. Se oyó el ruido de un cristal roto dentro del dormitorio. Cuando consiguió encender una vela, la higuera se agitaba a través de la ventana como si estuviera poseída por una fuerza satánica. Parecía una de aquellas mujeres endemoniadas, con el cuerpo convulso, que solían traer al santo. Las ramas, crecidas de una manera extraña, golpeaban contra los cristales de la ventana. Se mueven por todas partes, como serpientes de Medusa. Surgen de las paredes y del suelo. Fuera, el toro del viento embiste furioso la ventana mientras, en el cielo, la luna se desliza entre negros nubarrones como una plateada lancha.

Retrocedió aterrado ante aquella tarántula vegetal. El camión se le enganchó en una rama. Tropezó. Dentro del vaso sobre la mesilla, la prótesis dental prorrumpía en carcajadas. Saltó como un sapo fuera del agua. La sombra de sus postizas quijadas, abriéndose y cerrándose mecánicamente, recortada en la pared, parecía un tiburón.

Cerró espantado la puerta del dormitorio y fue corriendo hacia el diván. Jadeando, se echó de espaldas. El corazón le saltó a la garganta cuando vio que su propio retrato iba tomando la forma de un enorme búho: los ojos se dilataban, la nariz cobró el aspecto de un

enorme pico y el albornoz, que le cubría los hombros, se convirtió en grandes alas con plumas que hicieron estallar el marco de la foto. Las sacudió para desempolvarlas de los añicos de cristal. La vela se había apagado. La habitación quedó sólo alumbrada por los encendidos ojos del bicho. Quiso echarse fuera, pero sintió su cuerpo como si fuera de plomo. Su pecho se agitaba como el fuelle de una gaita. Ya no podía respirar. Se asfixiaba. El enorme búho seguía clavando en él sus ojos, como linternas que van alejándose progresivamente hasta convertirse en dos chispas que se apagan en la oscuridad.

* * *

Día siguiente por la tarde. Comentarios:

-El portero de la escuela: *¡Quizá haya sido el rayo!*

-Un vecino: *¡Pudo ser la bombona de gas!*

-El conductor de la ambulancia municipal: *Probablemente. ¿Y las plumas que le crecieron en el cuerpo?*

* * *

Mientras se aleja el ulular de la ambulancia, se oye un coro de chiquillos que juegan cantando:

*La luna se llama Lalla,
el sol se llama Sidi.
El búho anda con donaire,
y estalla en el aire.
El búho quiere ser una paloma,
en el cielo se quema.
El búho quiere dormir en la higuera
y cae en una hoguera.
La luna se llama...
el sol...*

Detrás de ellos aparece como telón de fondo, realizada por la mano de algún pintor romántico, la imagen de una desnuda higuera que asoma por entre los escombros de un viejo solar.



Ficción *obsesionada* por lo que no pudo ser

Abmed Ararou

Se han dicho muchas cosas sobre el libro y la muerte; algunas muy sensatas, otras no tanto... He leído y oído bastante sobre los indescritibles peligros que entraña ese, en apariencia, inofensivo objeto que es el libro. Pero, y nunca sabré por qué motivo, siempre he contemplado el tema en su dimensión puramente literaria, lejos de toda consideración empírica. En breves palabras: no me esperaba que, un día, alguien, vaya usted a saber por qué tipo de casualidad o de causalidad, pondría a prueba mi confesado escepticismo. Alguien lo hizo, no hace mucho tiempo. Me puso entre mi afilada vanidad y mi soterrada superstición; no tenía salida ni me cabían estratagemas, incluso humorísticas, para eludir tal desafío. Me prestó un libro, pero no sin, antes, advertir, con tono serio y verbo claro, de la gravedad del asunto y de los más que probables riesgos que conlleva la aceptación de su lectura.

En mi primer contacto con el libro maldito, se mezclaron, al envolverlo en un papel, superstición y fetichismo: ignoro todavía si lo cubrí por temor a su supuesta virulencia o movido por la sensación de vulnerabilidad y fragilidad que nace de la manipulación de los libros. Cualquiera que fuese el caso, sé que lo traté con el debido respeto. Una vez en casa, y vista la imposibilidad de empezar desde ya su lectura (bastante dedicación me exigía otro volumen que habla de los libros y de la locura) pensé aplazar para días menos laborales la realización de mi proyecto. Acto seguido, me puse a buscar un rincón seguro para depositar en él mi monstruoso secreto, *antes de que me empezaran a crecer, de forma no menos monstruosa, las uñas de los dedos, de tanto acariciarlo. Recordé haber leído que el mejor lugar para ocultar un libro es una biblioteca.* Bajé a mi despacho, y tras una breve y última vacilación, lo puse detrás de una hilera de libros inamovibles, que el paso del tiempo se encargó de fijar allí, en un anaquel, como prueba metonímica de la existencia del muro de Berlín. Sonreí, sin convicción, al pensar que en otros tiempos ese mismo bloque de libros, por encarnar otra forma de maldición, iba a parar siempre detrás de una cortina de obras de ficción. Pero, coincidencias aparte, el escondite no estaba mal del todo, porque connotaba un mensaje en clave que volvía fácil la localización del temible objeto. Anoté en una libreta, que

me suele acompañar sólo para crear la ilusión de cierto orden que he renunciado alcanzar: "Detrás de las ideas fijas, un monstruo *duerme y espera*."

Horas más tarde, ya de noche, desaprobé mi decisión de aplazar la lectura del misterioso libro. Mi impaciente curiosidad pudo más que mis accidentales recursos al uso de la razón. Desenterré la maléfica masa de papel y empecé, torpe y apresuradamente, a recorrer sin descifrar todo lo que la contraportada exhibía estratégicamente. Me parecía todo normal: un título, un subtítulo, el supuesto autor, el director de la colección, la editora... Hasta aquí, "nada del otro mundo". Se trata del *Necronomicón* o el libro de los nombres *extinguidos*. ¿Qué anuncia, murmuré, un título tan prometedor y sugestivo como este? Sin ir más lejos, me puse a tejer conjeturas y deshacer hipótesis, como lo haría cualquier lector consciente de su estar en *el vestíbulo* de un libro, en su *zona indecisa*, dudando entre penetrar o retroceder. Tal como suena -proseguí-, a primera vista, el título remite a un registro de empresa funeraria; ¿encerraría la lista de los nombres de sus desaparecidos clientes? No me pareció convincente la suposición, porque basaba la comparación en elementos de semejanza verbal y no de afinidad temática: en los dos objetos comparados, se trata de nombres y de desaparición, por lo tanto la palabra muerte los aproxima; pero, y esto los aleja, en uno, la muerte es un garabato administrativo, y, en el otro, es poder maléfico inherente al mismo objeto. Además, no sabía de ningún rutinario empleado que hubiera muerto, manipulando por imperativos profesionales el registro de los que descansan en paz entre sus enlosadas tapas.

De hecho, el subtítulo - y si no me equivoco en ello radica su función- estimulaba la imaginación y legitimaba más suposiciones: ¿un relato gótico?, ¿una

novela policiaca?, ¿una recopilación de cuentos de terror?, ¿el Informe *Nunca Más*?, ¿metafísica novelada? o ¿pura patafísica?

Dejé de lado mis delirantes suposiciones para no aburrir a mis futuros lectores. Digo lectores porque, paralelamente a la lectura del *Necronomicón*, como lo advertirá el que esto esté leyendo, voy levantando acta de cada uno de mis actos. He tomado esta decisión, en el umbral del libro para anunciar mi viaje hacia el interior, dejando, como lo haría cualquier suicida, mis últimos pensamientos, inútiles a la postre, bajo forma de lo que no desearía que se tornase un mensaje póstumo. Antes de pasar a la página siguiente, y para los que hallarían la comparación un tanto morbosa, anticipo que lo que sigue podría, con una fuerte dosis de voluntad de su parte, considerarse unas apócrifas *Crónicas de una muerte anunciada*.

En la octava página, descubro que aún estoy en el vestíbulo. En ella, figura una lista, con fechas, nombres y apellidos, de hombres curiosamente desaparecidos, todos lectores del *Necronomicón*. Escalofriante revelación: ¡hasta ahí podía llegar la estrategia publicitaria! Dispongo de dos opciones: considerar que dicha lista es la de los nombres extinguidos y dar, así, por acabada la lectura, o admirar la astucia y agudeza editorial de los que confeccionaron el libro.

Me resulta demoníaca la estrategia que condiciona el éxito comercial del libro a la muerte del lector que, paradójicamente, representa la garantía y el sustento del propio negocio editorial. Lo que en apariencia podría denotar cierta torpeza publicitaria, en el fondo, es muestra de extrema habilidad. En realidad -que es siempre hipotética-, para una mejor acogida comercial del libro, los estrategias de la editora, mediante este espacio de transacción que es el paratexto, se dirigen a una categoría especial de lectores. El lec-

tor supersticioso y el escéptico no entran en sus planes: el primero ve libro, lectura, muerte, y en el acto hace la vista gorda (o la vista se le hace gorda) ahorrando, así, eternos minutos de vida y los peniques; en cuanto al segundo, cabría esperar que dijera “aquí hay gato encerrado, no tengo tiempo ni dinero que malgastar en semejantes tonterías”, y renunciaría a adquirir su ejemplar. Queda, por lo tanto, un sector de consumidores que convendría calificar, según se mire, de curiosos lectores o lectores curiosos. Los primeros, son todos aquellos que, en ojos del sentido común, muestran un serio interés por las cosas, los temas y los asuntos que no suelen atraer al común de los mortales: iniciados en el mundo del ocultismo y la magia negra, aficionados al esoterismo, especialistas en fenómenos sobrenaturales o paranormales... Especie que, por su rareza, segregaría abundante adrenalina en presencia de tal Logogrifo. Los otros, son curiosos porque sus resistencias se debilitarían ante la tentación de comprobar, incluso en su propia carne, la certeza de la premonición que precede al texto. Todos se sentirían tentados por la experiencia, aunque fuera para superar la talla de otro célebre lector que faltó a su palabra, al morir en su cama siendo caballero. ¿Se imaginan la oportunidad que les brindaría la lectura de tal libro? “Soy lector, y como lector he de morir.”

De ello hay que concluir que, si bien es cierto que todo lector es por definición un curioso, no todos los lectores son curiosos, en el doble sentido de la palabra. Los hay que leen para dormirse, una curiosa forma, al fin y al cabo, de acceder dulcemente a la pequeña muerte; otros para matar el tiempo, y así olvidan que el paso del tiempo es una suave forma de ir hacia la Nada... Pero los verdaderos curiosos van siempre persiguiendo, cada cual a su manera, la revelación de algo secreto. A la primera categoría, perte-

necían todos los desafortunados lectores del *Necronomicón* que enumera el citado paratexto: Lovecraft, loco e hijo de sífilítico; el profesor Joshi; el doctor Stanislaus Hinterstoisser, aficionado al ocultismo y paciente de Jung; tres traductores...; y, por qué no, dentro de poco, el celebrísimo Indiana Jones honraría el círculo de estos muertos con su presencia. A la de los lectores curiosos, pertenece J. L. Borges, a quien ha correspondido una sanción menos cruel, la ceguera, según afirma uno de los prologuistas del Libro.

Desde una óptica estrictamente promocional -se me podría objetar-, los curiosos, en las acepciones mencionadas, representan por definición una minoría; y si ello así fuera, la estrategia publicitaria caería por su propio peso. Nadie produce para vender poco. A ello contestaría, ante todo, que los lectores concretos son minoría, incluso cuando el número de consumidores virtuales es elevado. Por otra parte, el mensaje paratextual (encabezado por un párrafo a guisa de aviso) empieza en la tercera página, no antes. Por lo tanto, en los estantes y mesas de las librerías, el *Necronomicón* disfruta de las mismas condiciones de compra y venta que los demás libros: en la portada de los ejemplares expuestos, no figura ninguna frase preventiva del tipo: “las autoridades sanitarias advierten que el consumo del presente libro perjudica seriamente la salud”. ¿Omisión accidental o deliberada precaución? Una cosa es cierta: el paratexto está ideado para aquellos lectores que ejercen su curiosidad en las mismas librerías, antes de comprar sus ejemplares; de no ser así, la sonrisa tolerante y comercial de los libreros no tendría sentido.

Resuelvo seguir la experiencia de Borges (su curiosa anécdota con el mencionado libro), no por la sanción, ya que para ello habría que contar con un bisabuelo, una abuela y un padre transmi-

sores de ceguera, sino por la afición a la lectura que de algún modo, y así lo pensaba él mismo, desagua irremediablemente en algún tipo de ceguera: ciertos libros hicieron que Quijano se perdiese de vista. La afición al desciframiento y la curiosidad conllevan siempre el riesgo de una transformación, aunque dure apenas el tiempo de una lectura.

La verdad sobre el caso Borges, según la versión de uno de los múltiples reseñadores, me parece, pese a todo, divertida: en vez de aclarar la relación de causalidad entre la ceguera del escritor y la lectura del libro, pone bajo la lente de aumento unas improbables huellas del *Necronomicón* en su cuento *La secta del Fénix*. Más convincente hubiese sido echar mano del siguiente poema:

UN LIBRO

Apenas una cosa entre las cosas
 Pero también un arma. Fue forjada
 En Inglaterra, en 1604,
 Y la cargaron con un sueño. Encierra
 Sonido y furia y noche y escarlata.
 Mi palma la sopesa. Quién diría
 Que contiene el infierno: las barbadas
 Brujas que son las parcas, los puñales
 Que ejecutan las leyes de la sombra,
 El aire delicado del castillo
 Que te verá morir, la delicada
 Mano capaz de ensangrentar los mares,
 La espada y el clamor de la batalla.

Ese tumulto silencioso duerme
 En el ámbito de uno de los libros
 Del tranquilo anaquel. Duerme y espera.

Dejo de lado *la Historia de la Noche* del curioso pertinente que fue Borges, y retomo *Los rumores de la noche*, que es, según dicen en el mismo libro, la traduc-

ción del título original, en árabe, *Al-Azif*. En una de las múltiples historias que se ofrecen de esta obra, figura una fantástica genealogía de la misma: su supuesto autor, sus transmisores, sus traducciones, sus desventuras con la censura, e incluso el área geográfica de su expansión. Desconfío del valor científico de esta *historia de los rumores de la noche*, porque me suena más a diagnóstico de un mal incurable que a ensayo serio; le falta rigor. Todos los arquitectos que colaboran en este interminable corredor de palabras insisten, algunos directamente y otros de forma implícita, en lo mismo: lugar de incubación del germen, el primer contagiado y la transmisión y propagación histórica de la enfermedad...

¿Y si se usara para fines diabólicos? En seguida, me veo, por unos esporádicos segundos, en la piel de Norman, protagonista de *Psicosis* (y aquí aflora un ejemplo de la posible transformación de que hablé antes), elaborando un macabro proyecto para eliminar, de la forma más higiénica posible, a todos mis enemigos. El *Necronomicón* -me imagino- de libro de cabecera, con falsas tapas y sin paratexto, y una cama en una habitación individual, harían de mí el psicópata más discreto de la historia de la criminalidad. Del mismo libro dicen los comentaristas que mata, pero no deja huellas de violencia; y sus víctimas, ¡cuando no desaparecen físicamente!, sufren desenlaces fatales que no involucran ningún artículo del código penal ni levantan las sospechas de los profesionales de la medicina. La existencia de este libro letal acabaría con el género negro -pienso- ya que sin cadáver no hay delito, ni pesquisa, ni detectives, ni gabardinas, ni cenizas, ni lectores codificados siquiera. Aunque, por otro lado, la muerte del género significaría la consagración de un estilo particular del variadísimo universo detectivesco: el de la sotana y el paraguas, el del fantástico padre Brown. Es

grato descubrir que la imaginación siempre ha llegado antes; si no, por qué Chesterton escribió *El Libro que fulmina a sus lectores*.

Me causa pavor saberme capaz de imaginar tan morboso designio. Recobro serenidad y alejo de mi mente la funesta idea de acabar con un subgénero que sigue, incluyéndome a mí, entreteniéndome a una abrumadora mayoría de lectores. Ignoro lo que pensarían los lectores de estas piruetas verbales; yo, en cambio, gracias a esta parcial transformación, sé que, en contra de lo que se figurarían algunos, soy un lector más codificado de lo que aparento y menos generoclasta de lo que presumo. Es, quizás, por eso que me cuesta entregarme a los inquietantes rumores de esta noche que me ocupa y preocupa, literariamente, claro está.

Pero, recapacito, ¿acaso no existen crímenes perfectos e impunes cuyo máximo responsable fue o es un libro? Difícil omitirlo. La lista de las víctimas contaría con gente de diversa raza, cultura, confesión y época: herejes, calvinistas, drusos, jesuitas, franciscanos, protestantes, moriscos, mencheviques, reaccionarios, y toda clase de infieles y heterodoxos... En uno de los casos más recientes, el color del objeto (libro) casa perfectamente con uno de sus sentidos cromáticos. El libro rojo: sangre, violencia, muerte... Se usó como medida de eutanasia ideológico-cultural.

Para acercarnos más al terrorífico mundo del *Necronomicón*, uno de los comentaristas compara las pesadillas que provoca la lectura del mismo a las que resultan de una indigestión provocada por una cena constituida de ensalada de cangrejo de mar. Basa su afirmación en la experiencia de Bram Stoker que, al parecer, debe su gloria literaria, *Drácula*, al indigesto plato. Carezco de instrumentos idóneos para someter tal conjetura a una comprobación gastronómica: el estado anémico y anímico de mi monedero no

permite tan suculento experimento. Tampoco es para tanto, pienso, si me están vedadas las delicias de una pesadilla culinaria, puedo, en cambio, y sin violar el pacto de olvido mutuo que firmé hace siglos con mi susceptible y recalitrante estómago, imaginar que la mala digestión de un libro puede generar monstruosidades. *Los rumores de la noche* están al día en gran parte del hemisferio sur; ¿quién negaría que, en parte, los actualiza una forma de interpretar y de leer un libro? Entre los libros, no sólo los malditos, como el *Necronomicón*, matan; los hay sagrados, pero que cierta lectura vuelve mortíferos, al reclamar una justicia divina con medios demoníacos. Pero esto ya es otro Cantar, Mío Cid, me dirán ustedes. Y tendrían razón en hacerlo, porque en el presente caso, el que sufre la modificación, no es el lector, sino el libro; y ésta, por desgracia, dura infinitamente más que el tiempo de una lectura.

Páginas más tarde, se afirma que el supuesto autor de *Al-Azif* es un tal Abdul al-Hazred, árabe, nacido en Sanaá (700) y extinguido en Damasco (738). Pese a su tono afirmativo, esta suposición me parece algo injusta porque circunscribe la geografía del mal y encarna a éste en el poeta y en el loco. Recuerdo haber leído que *la poesía es el espíritu del mal* y *la locura un mal que aqueja al espíritu*; por lo tanto, me consta que el autor de este libro lleva ya todas las de ser fuente de maldición. El libro, siempre según se dice, nace de una experiencia en el desierto, después de una errancia larga en el laberinto del vacío (Rubh al-Jali), territorio celosamente protegido por las fuerzas del mal (curioso es constatar cómo, en su lucha sin tregua contra el Bien, el Mal también escoge para sí esa inasible forma de la eternidad que es el desierto; huelga insistir, aquí, en el valor específico del desierto como lugar propicio a la revela-

ción, y es, asimismo, superfluo recordar que el monoteísmo es la religión del desierto). En suma, tales datos no evidencian nada, salvo la prohibición y quema del libro, en 1232, por el Papa Gregorio XI. Todo lleva a creer, a primera vista, que se trata del procedimiento literario archiusado del autor ficticio, ingrediente cargado de exotismo... Pero, aun así, me molesta tal atribución, porque en el comparatexto (contexto paratextual) cobra las proporciones de una imputación: en él la autoría implica responsabilidades cívicas y no literarias; si el libro mata, su autor es un asesino, un aliado de las fuerzas del mal o instrumento de muerte. Ser árabe, poeta y loco sería algo así como alcanzar el eslabón más alto de la maldición.

Una suposición vale por lo que es; sin embargo, cuando dos suposiciones coinciden para señalar con el dedo al Oriente como lugar de procedencia de un mismo mal, la conjetura se hace ya conjura: dos de los comentaristas del libro citan al escritor Al-Kindi como posible compilador de una obra colectiva, *Los nombres secretos*, que sería, más tarde, traducida bajo el título de *Necronomicón*, a una de las varias lenguas europeas. Otros relacionan la citada obra con *Las mil y una noches*, un ejemplo más del mítico libro que mata, o con un misterioso manuscrito árabe, *Qannon -é- Islam*, vendido a cambio de "une bouchée de pain" por un propalador judío (¡hola, Don Miguel!). Menos mal que por ahí sale un tercero que restablece la verdad literaria, atribuyendo la autoría del libro al demonio Asmodeus, que, seguramente celoso de Dios, lo ha obsequiado al rey Salomón, personaje bisagra entre el más allá y el más acá.

Los caracteres árabes, lengua original del manuscrito, desaguan también en la caracterización del mal. Exotismos aparte, si el latín es la lengua de Dios, eso al menos creen los curas, el árabe en este

sentido es la lengua del demonio. Es una historia vieja como el mundo. Mi madre, que no conocía a Lovecraft ni sabía de ocultismo, nos contó un día la historia de una mujer epiléptica, según ella poseída, que en pleno trance y en medio de sus convulsiones hablaba inglés. Mi madre nunca fue a la escuela, pero sabía que los endemoniados, cuando no imitan gritos de animales, se ponen, milagrosamente, a recitar las construcciones sintácticas del inglés. Probablemente, el inglés era para ella sinónimo de galimatías. Nada grave; al fin y al cabo, en el caso que nos ocupa, se trata tan sólo de una de las tantas e inocentes asociaciones como la que originó la acuñación de la palabra "algarabía".

Se me hace eterno este incómodo corredor hacia el libro; me resulta, cada vez más, literariamente pobre y científicamente incoherente. Para superar este mal trago, intento rescatar del olvido las delicias de otro texto que habla de lo mismo. Es breve, pero retrata magistralmente el libro interminable y maldito. En él también hay desierto, cifras arábicas, trueque de libro maldito por otro sagrado, inquietudes extremas, robo y falsa eternidad. ¿Por qué me cae insípido el paratexto y me sigue gustando el aludido cuento, si los dos comparten el mismo asunto? Tal vez sea éste el principal rasgo pertinente que separa la ficción pura de la pura ficción: en una, el libro (la literatura) es una falsa eternidad, y a pesar de ello el temor de que nos la roben es señal de su ilusoriedad ante la única certeza: la muerte. En la otra, se asocia el libro a la propia muerte.

Al cabo de unas cuantas líneas, y dado que no hay paratexto que se precie que dure más de cien páginas ni lector, incluso curioso y paciente, que lo aguante, me animo a enfrentarme ya con el mortífero texto. Lo conforman treinta o cuarenta páginas redactadas en caracteres y signos

por mí desconocidos. ¿Qué hago ahora? Hojeo una y otra vez el apartado, de izquierda a derecha y viceversa, pero ni jota: porque no la hay. Mi condición de pobre literato apenas me alcanza para asociar ciertas figuras allí plasmadas a unos dibujitos que, de niño travieso, vi al violar el secreto de un amuleto, recetado para la protección de una vecina de mi barrio contra el mal de ojo (dicho de paso, la mentada vecina pereció atropellada por un camión, porque no acababa de entender los signos del código de tráfico. ¡Claro! A veces, "la vida te da sorpresas", como ésta; por desgracia, la acción bienhechora del talismán no prevenía a la pobre mujer contra los males de la modernidad ni, menos aun, la podía amparar de las posibles desgracias que sus propios ojos ocasionarían. En fin, la idea de que hay textos que matan y otros que protegen es, en ocasiones, muy relativa...).

Con la muerte ya definitivamente lejos de mi alcance, por no cumplir los requisitos exigidos, no dispongo de otra alternativa que la de seguir adelante, de pasar a la siguiente sección del libro, que viene a ser algo así como un paratexto insertado al final de la obra. Sospecho que la mano secreta del destinatario lo puso allí pensando en los que, como yo, no se merecen el honor de extinguirse a mitad de camino, entre un paratexto y otro. *Apéndices* se titula esta eterna parrafada/consuelo. Bueno, algo es algo, a fin de cuentas. A cambio de una muerte abortada, por las razones que ya saben, me ofrecen un mal menor: interminables horas de apendicitis paratextual.

Y como no hay bien que por mal no venga, leyendo, entre dos espasmos, me entero de que el "documento resulta sumamente apasionante sólo para los especialistas y bautizados en magia, y que para los profanos o profanadores, otra vez, según se mire, no significa nada". Una

forma muy especializada, como ven, de nombrar a los incultos, sin hacerlo. Para qué seguir, entonces, más adelante; el secreto queda ya revelado: después de tan largo y peligroso recorrido, uno se entera de que es un ignorante. La sentencia es cruel, para quien la padece, pero, aun así, no por ello deja de ser filosóficamente ejemplar: si no exagero, y lo digo porque en mí es un hábito, *los únicos inmortales de este efímero planeta son los animales, porque ignoran la muerte, no tienen conciencia de lo que es; por eso, resulta verosímil conjeturar que me hallo en una situación similar a la del animal ante el concepto muerte. Y si ello fuera cierto, incluso apostaría que la ignorancia es el mejor escudo frente a la fatalidad.*

Pero, como no soy un animal cualquiera, soy además hombre, puedo ignorar muchísimas cosas, pero sé que hay muerte. Y me doy cuenta de que, en el fondo, mi actuación sólo fue un intento vano de *transfigurar la muerte*. ¿Y quién sabe si, como dijeron muchos, *la escritura no es más que una de las muchas formas de eludir lo inevitable?* Si leer lleva a veces implícito morir, escribir, casi siempre, implica poner *algo fuera del alcance de la muerte*. ¿Quién puede apostar que, al escribir, no buscaba, sin ser consciente de ello, conjurar a la muerte, hallarle un antídoto? En el caso del hidalgo Quijano, la lectura, o cierta lectura si prefieren, desagua en la muerte del raciocinio, pero *la escritura, en Cervantes anula la acción*, esto es, la muerte por las armas. Es más, ¿quién puede asegurar que el que ahora os habla no es un fantasma que cuenta la historia de su doble, dejado atrás, perdido para siempre en los oscuros pliegues de la lectura? ¿Quién se atreve a afirmar que escribir, entre otras cosas, no significa prestar parte de la vida a un nuevo Ser, restando y limitando la propia vida?



Sólo la música perdura o el carrusel de la memoria

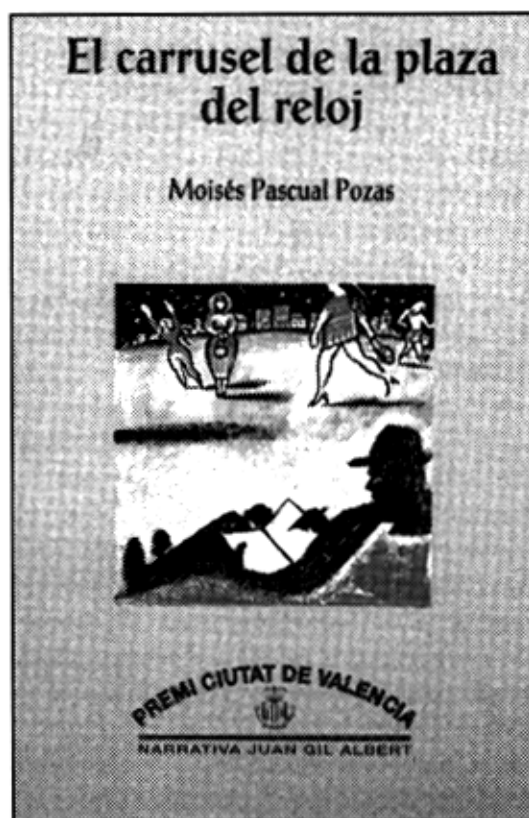
Miguel Ángel Moreta Lara

Moisés Pascual Pozas (1947, Santibáñez-Zarzaguda, Burgos) es un escritor en fuga. Quien persiga los pasos inciertos de su errancia deberá aventurarse por tres continentes. En su actividad como enseñante, se le ha visto pasar por Inglaterra (*King Edward School* de Southampton y Universidad de Bristol), Senegal (Universidad de Dakar), Italia (Universidad de Messina y asesor lingüístico en Roma), Francia (Estrasburgo, Aviñón y Montpellier), Marruecos (Universidad de Marrakech) y Líbano (*Instituto Cervantes* de Beirut).

En el ámbito de la necesidad profesional ha perpetrado ensayos de crítica literaria¹, así como artículos en periódicos y revistas²; incluso -vanidad y perifollo- ha practicado la caza mayor: una tesis sobre Jesús Fernández Santos³.

Este furioso extraterritorial ama las islas, adonde acude en determinadas épocas para redactar historias que antes anduvo inventando. Nosotros quisiéramos que se quedara allí para siempre, que viviera del cuento y que nos fuera dando libros tan bien trovados. Porque MPP fabrica esa clase de novelas que incitan, como los clásicos, a la relectura: ¡mal año para los amantes de la literatura *light*!

MPP nace para la Literatura en el año 1980⁴ cuando un jurado de calidad⁵ le otorga el "Premio Cáceres de Novela Corta" por *Los descendientes del musgo*⁶, obra de corte experimentalista que tuvo escasa difusión.



Entre 1978 y 1982 convierte lo que en origen iba a ser una novela en una serie de cinco relatos: "Reencuentro", "Juan Montero" (que inicialmente apareció publicado como "Los dos hermanos"), "De palique", "La despedida" y "Dulce como el amor". Estas cinco extraordinarias *nouvelles* aparecieron en edición bilingüe hispano-italiana bajo el título de *Dulce como el amor/Dolce come l'amore*⁷. Como era de esperar, tampoco este libro tuvo una distribución normal en España: la leyenda de un escritor maldito, marginal y primerizo⁸ estaba en marcha.

En 1980 había presentado *El libro de las sombras* al "Premio Andalucía de Novela", obteniendo el segundo puesto. Según una práctica alquimista usual en él, la reescribe y publica en Italia como *El laberinto de los rostros*⁹. No pasará desapercibida esta segunda novela para críticos y comentaristas, lectores de privilegio que, a contracorriente de una deficiente difusión, siempre han tratado a MPP como el novelista egregio que es: Ricardo Senabre¹⁰, Tino Barriuso¹¹, Domínguez Santos¹², Donatella Ucchino¹³, Carmen Toledo¹⁴, Domenico Antonio Cusato¹⁵, Gaëlle Bervas-Moreno¹⁶, Rocco Futia¹⁷, Louis Arquier¹⁸ y otros le prestaron una atención admirativa. El primero de los citados, el profesor Senabre, realiza en la sólida y escueta reseña de esta novela una atinada síntesis de la obra y el imaginario de MPP: la situación extraterritorial del autor; su visión nihilista y desesperanzada, de estirpe quevedesca; la gran solidez de su prosa, variada y precisa; su estilo, en fin, inconfundible, por el empleo de ciertas técnicas narrativas, los personajes autoexcluidos, el monólogo invasor, etc. En esta novela, igual que en los relatos anteriores, como en cualquier página suya, está todo MPP: una historia de desamor que, con un lenguaje todo jugo y música, navega por las "cambiantes aguas de la memoria" (p. 35).

*El carrusel de la plaza del reloj*⁹ es, por ahora, su última novela. Lo mismo que antes ocurriera con otras obras de MPP, ha resultado galardonada, pero, como novedad, aparece publicada en España. El personaje-narrador, el cínico sentimental Ricardo Arenas Contreras, contempla desde una hamaca en una colina el estrecho de Messina, el prodigioso mar de Scila y Caribdis y las montañas de Calabria, mientras bebe cerveza y escucha tangos; a ratos, escribe -como Juan José Murúa, narrador-protagonista de *El laberinto de los rostros*²⁰- en un cuaderno la historia de Macario y Anabel, que es también la suya con Flavia, una joven siciliana con la que va a casarse. En ese ejercicio de olvido que es la memoria van desfilando personajes y acontecimientos que adensan y multiplican especularmente la anécdota conductora de todo el libro, la mentira del amor vivida por otros: Popeye, Dimitri, Tanino Foresta, Mariella, Scott, Marcel y Brigitte, Bahija y Said...

Y así, en alas de la música²¹, el personaje Ricardo, "como un lañador los numerosos fragmentos de un cántaro"²², reconstruirá los días vividos en Aviñón, al paso de las estaciones, en un intento de comprender el acto absurdo del amigo -el suicidio por (des)amor de Macario-, aunque no siempre quede claro si este buceo en el pasado persigue más certeza que la de dar olvido a otro dolor, el del mismo Ricardo ante su propia historia amorosa -que no conoceremos hasta el final²³-, que es también la de los demás personajes.

Fuera del laberinto sentimental, todo es claridad en el discurso de la voz narradora. Ésta se mueve entre registros muy extremados: va de lo lírico ("Mas en vano doblaron mis ansias todas las esquinas", p. 9; "Y su luz es hoy zumo de sombra", p. 15; "[...] la risa era una sogá de agua que el viento trezaba", p. 16) a lo hila-

rante (léase, p. 11, el té de los anfitriones franceses, o el chiste sobre el artículo de filosofía, p. 21, o el irónico y metaliterario viaje en tren a Palermo, pp. 91-93), y se escora a veces hacia afirmaciones conceptuosas (del tipo de "La vida es trivialidad y la médula de lo trivial es el absurdo", p. 13; "[...] el tiempo es la sangre de la muerte", p. 33; "[...] somos prisioneros del pasado que es memoria de memoria y semilla de sombra", p. 100), creando así un personaje complejo, algo patético y siempre existencialista.

Cusato, al analizar *El laberinto de los rostros*, vio influencias diversas, especialmente de Borges y Rulfo. También esta vez, los juegos intertextuales, los homenajes descarados y los ecos se multiplican, orquestando un texto polifónico donde resuena lo mejorcito de la literatura erótica: allí están Garcilaso, Juan de la Cruz, Kavafis, Neruda, Ovidio, Salinas, Catulo, Bécquer²⁴. Pero es a la tradición musical contemporánea a donde debemos acudir para explicar el virtuoso leit motiv de *El carrusel de la plaza del reloj*: no hay una sola página donde la conversación amistosa o el monólogo sufridor no se acompañen con la melodía, la espesura, la melancolía, la ligereza, la presencia regocijada de Leonard Cohen, el *Réquiem* de Mozart, *O sole mio*, *Caminito amigo*, polcas, tangos, *Gaudeamus Igitur*, Oum Kalzoum, *La*

donna è mobile, música árabe, música siciliana, música napolitana, música marinera, Piazzola, Smetana, *Carmen*, *La cumparsita*, acordeón, campanadas, *Yira, yira*, *El puente sobre el río Kway*, *El agua del avellano*, habaneras, *Blanca y radiante va la novia*, *Arrabal de Buenos Aires*, Amancio Prada, *El relicario*, *Malena baila el tango como ninguna...* Y que MPP sabe llevar bien la batuta lo demuestra con creces; sólo un mínimo ejemplo: con los medios más simples y referido al que dicen que es el más anti-erótico de los instrumentos, el acordeón, consigue efectos como éste: "Popeye se alejó llevando una música de gaviotas y mástiles y olas y estrellas, y estrellas y olas y mástiles y gaviotas" (p. 67).

Amor y música en la memoria de un escritor que contempla el vinoso mar de Eneas: con esta historia MPP prueba, de nuevo, ser uno de los autores contemporáneos que más literatura hace y que menos sermonea. Su lenguaje, de una quemante sensualidad, excéntrico y ajeno a los usos y componendas de la tribu, aparece airoso, en plenitud musculosa, alejado de tantos estilos mostrencos y saturados de evidencias. Gocemos su palabra triunfante que, como en cierto poema de Abdelwaheb El-Bayati²⁵, ni enmohece ni se marchita.



NOTAS

1. Por ejemplo, "Vida y literatura en *La Dorotea*", en *Annales de la Faculté des Sciences Humaines* n° 8, Dakar, 1978, pp. 154-169.
2. Una muestra es "Viajeros españoles en la Edad Media", en *Aljamía* n° 5, Consejería de Educación de la Embajada de España, Rabat, 1994, pp. 16-19.
3. *L'oeuvre romanesque de Jesús Fernández Santos: de Los bravos à Extramuros (1978): de la chronique à la parabole*, defendida el 23 de febrero de 1990 en la Universidad de Estrasburgo. Parte de ella se publicó en español en *Anales de la Universidad de Messina*, 1993.

4. Aunque ya en 1978 había obtenido el "Premio Pola de Lena" con el relato "Reencuentro", traducido al francés por Louis Arquier y publicado en *Le Soleil* de Dakar, 25-5-1979, pp. 4-5.
5. Formado nada menos que por José Arazena, Fernando Lázaro Carreter, José Manuel Rozas, Ricardo Senabre y Francisco Ynduráin.
6. Cáceres, El Brocense, 1980.
7. Introducción y traducción de Domenico Antonio Cusato, Armando Siciliano Editore, Messina, 1991.
8. En una información de *ABC* de 1994, ¡cuando ya había publicado su tercer libro!, se le llamaba "autor casi novel".
9. Se publica en español, con introducción de Donatella Ucchino, Armando Siciliano Editore, Messina, 1993. Ha sido posteriormente traducida al italiano.
10. Dedicó sendas reseñas a comentar elogiosamente *El laberinto de los rostros* (*ABC Cultural* nº 79, 7-5-93, p. 11) y *El carrusel de la plaza del reloj* (*ABC Cultural*, 9-5-97, p. 10).
11. "Si Moisés muere sin escribir la novela que lleva entre las manos -la novela que sigue a esta novela [*El laberinto de los rostros*]- se quedará incompleta la historia de la Literatura universal".
12. "[...] se aprecia una profundísima meditación estilística que da lugar a fragmentos cercanos a la perfección".
13. En su introducción a *El laberinto de los rostros* afirma que el autor "huyendo de posiciones ideológicas autoritarias e intolerantes, vive en continuo conflicto con los poderes fácticos de una sociedad consumista y de espíritu pequeño burgués".
14. Reseñó la misma novela en *Diario 16* el 16 [?] de abril de 1993 con un artículo titulado "Vivir y otras tragedias".
15. Como ya hemos señalado antes, introdujo y llevó a cabo la traducción italiana de *Dulce como el amor*, además de escribir "El diario novelado de un filósofo delirante (A propósito de *El laberinto de los rostros* de Moisés Pascual Pozas)" en *De místicos y mágicos, clásicos y románticos. Homenaje a Ermanno Caldera*, Armando Siciliano Editore, Messina, 1993, pp. 165-183.
16. Ha traducido al francés y analizado en su tesina de D.E.A. el libro *Dulce como el amor*.
17. Autor de "Memoria e scrittura ne *El laberinto de los rostros* di Moisés Pascual Pozas", en *Annali dell'Istituto Universitario Orientale, Sezione Romanza*, XXXVIII, 1, Società Editrice Intercontinentale Gallo, Napoli, pp. 153-161.
18. Véase más arriba la nota 4.
19. Valencia, Ayuntamiento, 1996, "Premio 1994 de Narrativa Juan Gil Albert de la Comunidad Valenciana".
20. Y no es ésta la única concomitancia, lo que por otra parte tampoco es decir mucho: el universo imaginario de MPP, como ya insinué más arriba, está, con fulgurantes y espléndidas variantes, en cada una de sus historias.
21. Con estas "alas de la música" no trato de airear una metáfora barata: es una constatación, y el lector -si se adentra en la novela- verá bailar sus pies, soñará y tal vez tararee.
22. Véase p. 32.
23. Que es dos veces sorprendente: en la resolución de la anécdota vital de Ricardo y en la reactivación de un personaje secundario, Popeye, que se revela como una de las claves de la novela.
24. La nómina, fuera ya del jardín del amor, es generosa: Góngora, Manrique, Homero, Sciascia, Leopardi, Cervantes, García Márquez...
25. Véase BAYATI (1981): *Poèmes d'amour des sept portails du monde*, Paris, Sindbad, p. 29 ("Les mots qui ne mourront pas").

El siglo XVII hispanomarroquí

Abdesslam Okab

En el mes de septiembre de 1997 se han publicado las actas del coloquio *El siglo XVII hispanomarroquí* que, organizado por el Departamento de Español de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de Rabat en colaboración con la Embajada de España, el Instituto Cervantes y la Fundación *Konrad Adenauer*, se celebró en Rabat entre los días 25 y 27 de abril.

Aparte de la introducción, que contiene una presentación y los tres discursos pronunciados sucesivamente por el Sr. Rector de la Universidad Mohammed V don Abdellatif Benabdejlil, el Sr. Decano de Letras y Ciencias Humanas de Rabat don Abdelwahed Bendaoud y el representante del comité organizador, el profesor Mohammed Salhi, estas actas (compuestas de tres partes) recogen 23 intervenciones en español y 3 en árabe sobre los siguientes aspectos:

- Las relaciones políticas, diplomáticas y económicas entre Marruecos y España durante el siglo XVII.
- La expulsión de los moriscos y su repercusión sobre las relaciones bilaterales entre Marruecos y España.
- La problemática de las clases marginadas: los cautivos renegados, los victoriosos, los judíos...
- Marruecos y España en la literatura de ambos países en aquella época.
- La literatura: los cuentos, la poesía popular, los dichos...



I. La parte dedicada a la literatura recoge cinco ponencias de investigadores marroquíes y seis de participantes españoles, que giran en torno a los siguientes temas:

a) Investigadores marroquíes:

- Oumama AOUAD LAHRECH: "El amor cortés: origen árabe y eco en la literatura española del siglo XVII".

- Ahmed ARAROU: "El libro y los libros en el *Quijote* y otras inquisiciones".

- Ahmed BENREMDANE: "La doble imagen del *moro* en la literatura española de tema africano".

- Mohamed DARBAL: "Nota de blues".

- El Larbi EL HARTI: "El tema del moro entre la historiografía y la ficción".

b) Investigadores españoles:

- Francisco J. ÁLVAREZ CURIEL: "El refrán y en cuento: dos versiones de una misma historia".

- Ignacio ARELLANO: "Entre Castilla y Marruecos: las aventuras heroicas de Guzmán el Bueno en *Más pesa el rey que la sangre* de Luis Vélez de Guevara".

- Celsa Carmen GARCÍA VALDÉS: "Historia y literatura: la batalla de Oued-Al-Makhazin".

- Venancio IGLESIAS MARTÍN: "El tema del morisco en la poesía festiva de Quevedo: agresividad o tópico".

- Miguel Ángel MORETA LARA: "Para una microsemiótica del vituperio: *perros, galgos, canes*".

- Felipe B. PEDRAZA JIMÉNEZ: "Ecos de Alcazarquivir en Lope de Vega: *La tragedia del rey don Sebastián* y la figura de Muley Xequé".

II. La parte que expone los temas que versan sobre historia y lengua se distribuyen de la manera siguiente:

• Diez ponencias sobre historia con los siguientes participantes:

a) Investigadores marroquíes:

- Abdelwahed AKMIR: "Estado, economía y sociedad en Marruecos del siglo XVII, según el manuscrito de Jorge de Henin".

- Abdelmounein BOUNOU: "Los An-Naqsis protagonistas de la situación política en Tetuán en el siglo XVII".

- Houssain BOUZINEB: "Propuesta de entrega de Arzila en el siglo XVII".

- Abdellatif LIMAMI: "*La República andaluza de Rabat en el siglo XVII* de Guillermo Gozalbes Busto, presentación".

b) Investigadores españoles:

- E. MARTÍN CORRALES: "Una aproximación al comercio hispano-marroquí en el siglo XVII".

- Ronald CUETO: "Los trinitarios y Marruecos en el siglo XVII".

- José Luis DELGADO LÓPEZ: "Los hijos de moriscos en el siglo XVII: razones del regreso".

- José M^a DÍEZ BORQUE: "Un embajador marroquí en la España del siglo XVII: corte de Carlos II".

- Guillermo GOZALBES BUSTO: "El siglo XVII hispanomarroquí (textos inéditos españoles del siglo XVII)".

- Enrique GOZALBES GRAVIOTO: "Los judíos de Marruecos en el siglo XVII, según los viajeros europeos de la época".

• Dos ponencias sobre lengua: la primera hecha por el español Jacob M. HASSAN acerca de “Un cantar jsefardí? sobre el jnaufragio? de 1638”, y la segunda por el marroquí Simón LEVY que habla de “Arabófonos e hispanófonos (beldiyun y ‘azmiyun) en la judería de Fes, dos siglos después de la expulsión”.

III. La tercera parte, que recoge las contribuciones en lengua árabe, contiene tres ponencias que giran en torno a temas históricos:

- Hassan AMLI:

“الجهاد البحري بمصّب أبي رقراق : رد فعل أندلسي”

(La actividad corsaria en Abi raqraq: una reacción andalusí).

- Abdelhay BENNIS:

“البعثات الدينية الإسبانية الى المغرب و دورها خلال النصف الثاني من القرن السابع عشر الميلادي”

(Las misiones religiosas españolas a Marruecos y su papel durante la segunda mitad del siglo XVII).

- Abderrahim CHOUKRI:

“الصراع بين المغرب وإسبانيا خلال القرنين السادس عشر والسابع عشر من خلال وثيقة تتعلق

بالجهاد البحري والأسرى ثم العلوج”

(La lucha entre Marruecos y España durante los siglos XVI y XVII a través de un documento que trata de la actividad corsaria, los cautivos y los extranjeros).

En resumen, las actas son un riguroso análisis de relaciones hispano-marroquíes del siglo XVII desde varios puntos de vista, realizado por eminentes especialistas tanto españoles como marroquíes. Es una lástima que haya muy pocas intervenciones acerca de la lengua. Es pues un trabajo que conviene consultar a todo especialista del siglo XVII.



Índice de trabajos incluidos en los diez primeros números de *Aljamía*

Miguel Ángel Moreta

A

- AKALAY NASSER, Mustafá: Traducción de "Vivir en el tiempo de los errores", de CHOUKRI.
- AKNOUZ, El Hassan: "Concepto y función de la historia en la obra de Ortega y Gasset *La rebelión de las masas*" (IV, 14-15).
- ALONSO VÁZQUEZ, Gonzalo: "Averroes y la filosofía de Occidente" (VII, 54-57).
- ALONSO, Eduardo: "Una encantadora guía fasí" (III, 25-26).
- ALUMNOS del liceo Moulay Idriss de Fez: "Federico García Lorca en Fez" (VII, 83-92).
- ÁLVAREZ CUIEL, Francisco J.: "Arabismos en el léxico andaluz" (III, 64-66); "Unas notas sobre el refranero hispano-marroquí" (VII, 33-47); "Paremiología, sociolingüística y antropología en *Les proverbes marocains* de Bouchta el Attar" (VIII, 93-95); "Lengua e intolerancia" (IX, 40-47); (con M^a Luisa AYALA EGEA) "Entrevista" a IBN AZZUZ HAKIM.
- AMARO, José Luis: [Poemas] (IX, 50-53).
- ANDRAUD, A.: *Los ejercicios de lenguaje en el parvulario*, reseñado por MOLINA SELFA.
- AOUFI, Abdelhak: "Evolución del Árabe en los centros educativos españoles en Marruecos" (II, 62-63).
- ARAROU, Ahmed: "Rickiem" (VIII, 75-77); "Ficción obsesionada por lo que no pudo ser" (IX, 70-76).
- ARCE JIMÉNEZ, Rafael (y M^a del Carmen CAMPOY GARCÍA): "La enseñanza del español para adultos en los centros españoles en el exterior: importancia de la autenticidad de los materiales didácticos" (II, 18-22).
- ARQUER, Agustín (y Ahmed TEZITI): "Sobre la posible presencia de la literatura árabe-española en el Bachillerato" (0, 13-19).
- ARTIGUE, Luis José: [Sonetos] (IX, 55-56).
- AULNOY, Condesa d': "Señas islámicas en la *Relación del viaje de España*", artículo de MORETA-LARA.
- AVERROES: "Averroes y la filosofía de Occidente", artículo de ALONSO VÁZQUEZ.
- AYALA EGEA, M^a Luisa: "Dos aspectos de la expresión escrita: la utilización de las mayúsculas y la acentuación" (III, 43-46); "Boca Bilingüe" [reseña] (VII, 93-94); (con Magdalena ROLDÁN) "El rincón práctico" (III, 50-55); (con Magdalena ROLDÁN

ROMERO) "En la calle de la alegría nº 38 (ficha práctica de expresión oral)" (II, 68-71); (con Magdalena ROLDÁN ROMERO) "El juego de los 7 errores (ficha práctica de expresión oral)" (V, 70-72); (con Magdalena ROLDÁN ROMERO) "¿Quién es quién? (ficha práctica de expresión oral)" (VI, 73-75); (con Francisco J. ÁLVAREZ CURIEL) "Entrevista" a IBN AZZUZ HAKIM; (con Carmen GÓMEZ LÓPEZ) "La ciudad de Rabat a través de su arquitectura, 1915-1940" (IX, 16-22).

AYALA, Francisco: "El último premio Miguel de Cervantes: El estilo y los estilos de Francisco Ayala", artículo de SUÁREZ GRANDA.



BARROS DE LA MOTA, Francisco Javier: "Escrito en el muro" [Poemas] (II, 65-68).

BARROS GARCÍA, Pedro: "Análisis del discurso: algunos datos sobre la complejidad sintáctico-semántica del español hablado" (II, 13-17); "El papel de los conectores argumentativos en la cohesión del discurso" (III, 7-11).

BENALI, Mohamed (con Mohamed KHARKHOUR): "Día de fútbol en Ouezzane: un ejemplo de aplicación práctica de la simulación global" (IV, 66-67); (con Meryem OUA-DYA y Mohamed KHARKHOUR) "Experiencia de simulación global en clases de Español Lengua Extranjera" (VI, 66-68).

BOCA BILINGÜE: *Boca Bilingüe*, reseñada por AYALA EGEA.

BORGES, Jorge Luis: "Borges juega al ajedrez con Kheyyan (Intertextualidad en un soneto de Borges)", artículo de MORETA-LARA; "El laberinto y su representación en la obra de Borges", artículo de GILLES.

BOUCHTA EL ATTAR: "Paremiología, sociolingüística y antropología en *Les proverbes marocains* de Bouchta el Attar", reseña de ÁLVAREZ-CURIEL.

BOUHRASS, Saïd: "Breves consideraciones

sobre el manual de primer curso de español" (I, 30-32).

BOUTAKKA, El Hassan: "La nueva novela española. Entrevista a Jesús FERRERO".

BOUZINEB, Hossain: "Sobre la literatura aljamiada" (VII, 11-23).

BOVER, Jaume: "Los fondos filológicos de la Biblioteca Española de Tánger" (I, 67-68).

BRAKSA, A.: "Uso y valor de la metáfora en *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz" (I, 50-55).

BUSTAMANTE ARNÁIZ, Neus: "La música: lenguaje de las emociones y de las pasiones" (III, 67-69); (con Elvira MENEU) "Sé prudente" [ficha práctica] (V, 73-78); (con Elvira MENEU) "La prensa en el aula" [ficha práctica] (VI, 69-72); (con Elvira MENEU) "Entrevista" a MONLEÓN.



CAMPOY GARCÍA, M^a del Carmen (con Rafael ARCE JIMÉNEZ): "La enseñanza del español para adultos en los centros españoles en el exterior: importancia de la autenticidad de los materiales didácticos" (II, 18-22).

CARANDELL ROBUSTÉ, Juan (con Ahmed TEZITI y Jaime SÁNCHEZ RUTIA): *Lugat al-sahafa al-arabiya. Árabe de prensa. Un método para la comprensión auditiva y escrita*, reseñado por VERNET.

CARVAJAL, Antonio: "Sustancia y forma en poesía (Aplicación a un poema de Antonio Carvajal)", artículo de ESEVERRI.

CASTELAR, Tomás (con Ana M^a PLAZA y Juan VINUESA): "Aprendiz significativo de la lecto-escritura del español como L1 (Método experimental)" (II, 23-25).

CELAYA, Gabriel: "Antología de urgencia (Homenaje de Aljamía a Celaya)" (0, 56-61).

CERVANTES, Miguel de: "Cervantes, autor de

la *Topografía e Historia General de Argel* publicada por Diego de Haedo”, artículo de EISENBERG; “Influencia magrebí en *El Quijote*”, conferencia de OUARIACHI; “La huella del cautiverio en la literatura cervantina”, artículo de GARCÍA VALDÉS.

CERVERA, José Manuel: “¿Español o castellano? Reabriendo la polémica” (VI, 12-14).

CORREDOR MATHEOS, José: “Visitar, admirar, salvar Fez” (IV, 26-28).

CORTÁZAR, Julio: “Recordando a Cortázar”, artículo de PONTE FAR.

CORTÉS RUIZ, Catiana: “Entrevista” a TORRENTE BALLESTER.

COSTA, Joaquín: “El pensamiento de Joaquín Costa sobre las relaciones hispano-marroquíes a fines del siglo XIX”, artículo de RIVERO CORREDERA.

CRESPO REDONDO, José: “Presentación” (0,5).

Cj

CHABAUD MAGNUS, Federico: “De relámpagos fósiles” [Poemas] (VII, 78-79).

CHOUKRI, Mohamed: “Vivir en el tiempo de los errores” [Traducido al castellano por Mustafá AKALAY NASSER] (II, 64).

D

DAKIR, Zohra (con Abderrahmane EL-MOUDEN y María TAZI): “Sobre el montaje de *Las bicicletas son para el verano* por el Grupo de teatro de Aïn Chock” (II, 56-59).

DOMINGO, M^a Carmen: “Unas notas acerca de los arabismos en la lengua española del siglo XIX” (VI, 38-48).

DORADO, Lorenzo: “Como los vientos de la antigua estación” (V, 43-45).

DURÁN CANOSA, M^a Junquera (con Julia

JIMÉNEZ ROMANO): “Contenidos de expresión oral en los ciclos medio y superior de EGB” (II, 26-40).

E

EISENBERG, Daniel: “Cervantes, autor de la *Topografía e Historia General de Argel* publicada por Diego de Haedo” (VI, 19-27).

EL-BACHIRI, Mohamed: “La lengua es el mejor embajador de un pueblo” (0, 53).

EL-GAMOUN, Moulay Ahmed: *Lorca y la cultura popular marroquí*, reseñado por MORETA-LARA; “La higuera (o El ocaso del patriarca)” (IX, 63-69).

EL-HARTI, Larbi: “Poemario” (VIII, 78-82); “La memoria del clavo” [cuento] (IX, 57-60).

EL-KARMOUDI, Lahouari: “Aproximación a la enseñanza por objetivos del Español L.E.” (IV, 49-51).

EL-MAJDOUBI, Hassan: “Aproximación histórica al sistema educativo marroquí. 1. El día después de la independencia” (IX, 36-39).

EL-MOUDEN, Abderrahmane (con Zohra DAKIR y María TAZI): “Sobre el montaje de *Las bicicletas son para el verano* por el Grupo de Teatro de Aïn Chock” (II, 56-59).

ESCOLÁ TORRENTE, Pilar (con Rosario NOLLA ALÓS): “La expresión oral en preescolar y ciclo inicial de EGB”, (I, 20-29).

ESEVERRI, Domingo: “Sustancia y forma en poesía (aplicación a un poema de Antonio Carvajal)” (VII, 63-69).

ESTEBAN SÁNCHEZ, Isidoro: “El español, una lengua con pasado y con futuro” (0, 7-8).

ESTEVEZ, Antonio R.: “Una relectura del pasado: *El manuscrito carmesí*” (VI, 28-31).

F

FERNÁNDEZ, Manuela: "Dejadme llorar" [Poemas] (VII, 75-77).

FERNÁNDEZ CUBAS, Cristina: "Conversaciones en un columpio", entrevista (VIII, 15-23).

FERNÁNDEZ GARCÍA, Francisco: "Cervantes en *El jardín de Atocha*" (II, 50-51).

FERNÁNDEZ LOBO, Luis Carlos: "Reflexiones en torno a la didáctica del pronombre personal" (0, 28-32); "El camino de la soledad: una clave poética de Antonio Machado" (I, 33-40); "Uso de las preposiciones: propuesta de taller gramatical para profesores y alumnos de español" (V, 46-53).

FERNÁNDEZ MEDRANO, Concepción: "Juan Goytisolo desde la Xemáa el Fná (literatura y oralidad)", entrevista a GOYTISOLO; "Conversaciones en un columpio", entrevista a FERNÁNDEZ CUBAS.

FERNÁNDEZ PARRILLA, Gonzalo (con Aurelio RÍOS ROJAS): "Camarón: tareas concatenadas para la comprensión lectora y auditiva" (III, 56-64).

FERRERO, Jesús: "Entrevista" (IX, 9-15).

FUENTE, Feliciano de la: "Fijarse bien: un susi en *Misericordia*" (I, 58-61); "¿Ser o estar? He ahí el dilema" (II, 7-12).

FUENTES, Antonio: "Adiós al pintor Antonio Fuentes", artículo de RODRÍGUEZ BALLESTER.

FUENTES, Carlos: "Bibliografía crítica sobre *Zona sagrada* de Carlos Fuentes", artículo de KARIM.

G

GALA, Antonio: "Una relectura del pasado: *El manuscrito carmesí*", artículo de ESTEVES.

GALEOTE, Manuel (con Isidro E. SÁEZ):

"Algunos aspectos de la enseñanza del nivel léxico semántico en español" (V, 54-60).

GARCÍA CAÑEDO, Domingo: "La comprensión lectora en la clase de español como lengua extranjera" (0, 38-43).

GARCÍA LORCA, Federico: "*Mi Romancero gitano*", artículo de RODRÍGUEZ VALDIVIESO; "Federico García Lorca en Fez", trabajo de ALUMNOS del liceo Moulay Idriss de Fez; "Lorca en Jenifra", reseña de MORETA-LARA.

GARCÍA SÁNCHEZ, M. Agustina: "Educación infantil" (III, 21-23).

GARCÍA VALDÉS, Celsa Carmen: "La huella del cautiverio en la literatura cervantina" (V, 20-27); "Jornadas cervantinas" [reseña] (V, 27-28); "[Presentación a] Federico García Lorca en Fez" de ALUMNOS del liceo Moulay Idriss de Fez (VII, 83).

GARCÍA, Armando (con M^a Ángeles ROMEA) coord.: "El taller de radio del C.E. Benavente de Tetuán" (V, 63-69).

GILLES, Michel: "El laberinto y su representación en la obra de Borges" [Traducido al castellano por Miguel A. MORETA-LARA] (VII, 24-32).

GÓMEZ CABOT, Antonio (con M^a Dolores GRANJA PAREDES): "Arte a la escuela" (0, 49-51).

GÓMEZ LÓPEZ, Carmen (con M^a Luisa AYALA EGEA): "La ciudad de Rabat a través de su arquitectura, 1915-1940" (IX, 16-22).

GÓMEZ MOLERO, Javier: "Prefijos latinos: Un apoyo a la didáctica del Español" (IV, 52-54); "La mitología, fuente de vocabulario" (VI, 15-18).

GONZÁLEZ GUERRERO, Antonio: "Poemario" (VI, 32-35); "Poemas del corazón ausente, Antonio González Guerrero", artículo de IGLESIAS MARTÍN.

GONZÁLEZ LOPO, Domingo Luis: "La

expansión europea y el descubrimiento de América" (VII, 58-62).

GOYTISOLO, Juan: "Juan Goytisoló desde la Xemáa el Fná (literatura y oralidad)", entrevista (VIII, 9-14).

GRANJA PAREDES, M^a Dolores (con Antonio GÓMEZ CABOT): "Arte a la escuela" (0, 49-51).

GUERRA, Enrique: "Alhucemas: el nacimiento de una ciudad" (V, 5-10).

Ⓘ

HAEDO, Diego de: "Cervantes, autor de la *Topografía e Historia General de Argel* publicada por Diego de Haedo", artículo de EISENBERG.

HATIM, Rabea: "Guerra y convivencia" (IX, 23-29).

HERNÁNDEZ, José: "Tánger, ciudad habitada" (IX, 61-62).

HERNÁNDEZ, Miguel: "Breve antología" (II, 70-79).

Ⓜ

IBN AZZUZ HAKIM, M.: "Entrevista" (IV, 7-10).

IGLESIAS MARTÍN, Venancio: "Poemas del corazón ausente, Antonio González Guerrero" (V, 35-40); "[Presentación al] Poemario de Antonio González Guerrero" (VI, 32); "Infusión de verbasco" (VII, 70-74); "Reflexiones sobre la novela (a la sombra amada de Lukács)" (VIII, 49-58); [Editorial] (IX, 7); "Luis José Artigue escribe poesía" (IX, 54-55).

Ⓝ

JEBROUNI MESMODI, Dris: "Un poeta marroquí" [Presentación y poema] (III, 24).

JIMÉNEZ ROMANO, Julia (con M^a Junquera DURÁN CANOSA): "Contenidos de expresión oral en los ciclos Medio y Superior de EGB" (II, 26-40).

Ⓔ

KARIM, Mohamed: "Bibliografía crítica sobre *Zona sagrada* de Carlos Fuentes" (VIII, 37-41).

KARMOUDI, Lhouari: "La enseñanza de la lengua española en Marruecos" (0, 36-37).

KERSIT, Mohamed: "Las preguntas en español: tipología y funciones" (IV, 55-57).

KHARKHOUR, Mohamed (y Mohamed BENALI): "Día de fútbol en Ouezzane: un ejemplo de aplicación práctica de la simulación global" (IV, 66-67); (con Meryem OUA-DYA y Mohamed BENALI) "Experiencia de simulación global en clases de Español Lengua Extranjera" (VI, 66-68).

KHEYAM, Omar: "Borges juega al ajedrez con Kheyam (Intertextualidad en un soneto de Borges)", artículo de MORETA-LARA.

Ⓛ

LIMAMI, Abdellatif: "La vena árabe-andaluza en *Los nombres del aire* de Alberto Ruy Sánchez" (IV, 22-25).

LIÑÁN SINIGAGLIA, Jorge: "Materiales didácticos para las enseñanzas de L2 (los M. A. Vs.)" (III, 47-49).

LMRABET, Alí: "Masonería y nacionalismo marroquí en los años treinta" (IX, 30-35).

LÓPEZ GÓMEZ, Rafael: "El teatro como actividad escolar" (II, 52-55).

LÓPEZ MEDINA, Blas: "[Poemas]" (IV, 31-35).

LÓPEZ SARASÚA, Concha: "Anclado en el Hafa" (VI, 36-37).

LOUREIRO SUÁREZ, Aurelio: "Recepción de la novela en España: los últimos años" (II, 41-45).

ffl

MACHACÓN LUMBRERAS, Javier (con Rodolfo VÉLEZ OLÁSULO): "Escuelas viajeras" (II, 60-61).

MACHADO, Antonio: "El camino de la soledad: una clave poética de Antonio Machado", artículo de FERNÁNDEZ LOBO.

MADRID, Daniel: "Reflexiones sobre la enseñanza y el aprendizaje de lenguas extranjeras" (VI, 49-57).

MARÍAS, Javier: "Lectura de *Corazón tan blanco* de Javier Marías", artículo de REYES CAMACHO.

MARTÍN AYALA, Blanca: "Concurso poético" [Poesías] (IV, 29).

MEDIO SIMÓN, Carmen: "Peculiaridades de la enseñanza del español en el Centro Cultural Español de Tetuán: la influencia de los medios de comunicación españoles" (I, 9-11); "Tareas comunicativas en la clase de español como lengua extranjera" (III, 12-16).

MENEU TOMÁS, Elvira: "Las fallas de Valencia" (IV, 11-13); (con Neus BUSTAMANTE) "Sé prudente" [ficha práctica] (V, 73-78); (con Neus BUSTAMANTE) "La prensa en el aula" [ficha práctica] (VI, 69-72); (con Neus BUSTAMANTE) "Entrevista" a MONLEÓN.

MISHIMA, Yukio: "Mishima: una poética de la podredumbre", artículo de MORETA-LARA.

MOHAMED AMAR, Hassan: "La enseñanza por proyectos: un ejemplo. Memoria metodológica sobre el trabajo España 92" (III, 17-20).

MOLDES FONTÁN, Francisco: "[Presentación a] *Dejadme llorar*" de Manuela Fernández (VII, 75); "Editorial" (VIII, 7).

MOLINA SELFA, Juan: "Reseñas bibliográficas" (0, 62-63).

MOLINA, Ricardo: "Ricardo Molina y el tópico manriqueño", artículo de TORRE.

MONLEÓN, José: "Entrevista" (VI, 7-11).

MORETA-LARA, Miguel A.: "Mishima: una poética de la podredumbre" (III, 35-41); "Borges juega al ajedrez con Kheyyan (Intertextualidad en un soneto de Borges)" (IV, 17-21); "La recuperación de territorios marroquíes en la literatura española del XVII" (V, 29-34); [Traducción de] "El laberinto y su representación en la obra de Borges" de GILLES; "Lorca en Jenifra" [reseña] (VII, 95-97); "Señas islámicas en la *Relación del viaje de España* (Condesa d'Aulnoy)" (VIII, 89-92); "Sólo la música perdura o El carrusel de la memoria" [reseña] (IX, 77-80); "Índice de trabajos incluidos en los diez primeros números de *Aljamía*" (IX, 84-91).

MOUHIB, Nadège: "Una revista en español creada por los alumnos del Instituto Moulay Ismail" (V, 61-62).

ffl

NOLLA ALÓS, Rosario (con Pilar ESCOLÁ TORRENTE): "La expresión oral en preescolar y ciclo inicial de EGB", (I, 20-29).

ffl

OKAB, Abdeslam: "Ser y estar en el sistema español" (0, 23-27); "Actas del coloquio *El siglo XVII hispanomarroquí*" [reseña] (IX, 81-83).

ORTEGA, Emilio (con Isidro SÁEZ): "La producción oral en una segunda lengua a partir de la aplicación del método interactivo de Di Pietro" (VI, 58-65).

ORTEGA Y GASSET, José: "Concepto y función de la historia en la obra de Ortega y Gasset *La rebelión de las masas*", artículo de AKNOUZ.

OUADYA, Meryem (con Mohamed BENALI y Mohamed KHARKHOUR): "Experiencia de simulación global en clases de Español Lengua Extranjera" (VI, 66-68).

OUARIACHI, Abdelkader: [In memoriam...] "Influencia magrebí en *El Quijote*" (I, 63-65).



PASCUAL POZAS, Moisés: "Viajeros españoles en la Edad Media" (V, 16-19); *El carrusel de la plaza del reloj*, novela reseñada por MORETA LARA.

PASTORA HERRERO, José Francisco: *El vocabulario como agente de aprendizaje*, reseñado por MOLINA SELFA.

PAZ, Octavio: "Uso y valor de la metáfora en *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz", artículo de BRAKSA.

PÉREZ GALDÓS, Benito: "Fijarse bien: un susi en *Misericordia*", artículo de FUENTE.

PÉREZ RUBALCABA, Alfredo: "[Carta]" (IV, 5).

PINO Y PINO, Julia: "La etnomotricidad como marco teórico en la investigación en el mundo árabe" (VII, 48-53).

PLAZA, Ana M^a (con Tomás CASTELAR y Juan VINUESA): "Aprendiz significativo de la lecto-escritura del español como Ln (Método experimental)" (II, 23-25).

PONTE FAR, José A.: "Recordando a Cortázar" (VIII, 28-36).



REY DEL CORRAL, José A.: "La décima en la poesía de José A. Rey del Corral", artículo de Sagrario REY DEL CORRAL; "[Poemas]" (VIII, 68-74).

REY DEL CORRAL, Sagrario: "La décima en la poesía de José A. Rey del Corral" (VIII, 59-66); "Adiós a un poeta" (VIII, 67).

REYES CAMACHO, Benicia: "Lectura de *Corazón tan blanco* de Javier Marías" (VIII, 42-48).

RÍOS ROJAS, Aurelio (con Gonzalo FERNÁNDEZ PARRILLA): "Camarón: tareas concatenadas para la comprensión lectora y auditiva" (III, 56-64).

RIVERO CORREDERA, Juan: "El pensamiento de Joaquín Costa sobre las relaciones hispano-marroquíes a fines del siglo XIX" (III, 27-34).

RODRÍGUEZ BALLESTER, Manuel: "Adiós al pintor Antonio Fuentes" (VII, 80-82).

RODRÍGUEZ VALDIVIESO, Eduardo: "Mi *Romancero Gitano*" (V, 41-42).

ROJAS, Carlos: *El jardín de Atocha*, reseñado por FERNÁNDEZ GARCÍA.

ROLDÁN ROMERO, Magdalena: "La simulación global en cursos de profesores o Cómo vivir en Barcelona sin salir de Marruecos" (IV, 58-65); (con M^a Luisa AYALA) "El rincón práctico" (III, 50-55); (con M^a Luisa AYALA EGEA) "En la calle de la alegría nº 38 (ficha práctica de expresión oral)" (IV, 68-71); (con M^a Luisa AYALA EGEA) "El juego de los 7 errores (ficha práctica de expresión oral)" (V, 70-72); (con M^a Luisa AYALA EGEA) "¿Quién es quién? (ficha práctica de expresión oral)" (VI, 73-75); "José Luis Amaro, poeta esencial" (IX, 48-50).

ROMEA, M^a Ángeles (con Armando GARCÍA) coord.: "El taller de radio del C.E. Benavente de Tetuán" (V, 63-69).

ROSALES, Luis: "[Antología]" (III, 71-75).

RUIZ ORTIZ, Reyes: "Procedimientos para reconocer las frases verbales perifrásticas" (I, 12-14); "Una cuestión gramatical en el marco de la enseñanza secundaria marroquí: los usos de ser y estar" (IV, 36-41).

RUY SÁNCHEZ, Alberto: "La vena arábigo-andaluza en *Los nombres del aire* de Alberto Ruy Sánchez", artículo de LIMAMI.

S

S.A.: "Aljamía" (0, 6); "Experiencia realizada en el instituto español Melchor de Jovellanos, Alhucemas" (0, 52); ["Editorial"] (I, 5); "Páginas informativas" (I, 69-76); ["Editorial"] (II, 5); "Miguel Hernández en el cincuentenario. Homenaje de Aljamía" (II, 69-70); ["Editorial"] (III, 5); "Homenaje a Luis Rosales" (III, 70-71); "La Asesoría informa" (III, 76-77); ["Editorial"] (IV, 3); "La Asesoría informa..." (IV, 72-74); ["Editorial"] (V, 3); "La Asesoría informa..." (V, 79-80); ["Editorial"] (VI, 5); "La Asesoría informa..." (VI, 77-78); "Editorial" (VII, 5); "Breves..." (VII, 98-100); "Breves..." (IX, 93-94).

SÁEZ PÉREZ, Isidro E.: "La enseñanza de la gramática" (I, 15-19); (con Emilio ORTEGA) "La producción oral en una segunda lengua a partir de la aplicación del método interactivo de Di Pietro" (VI, 58-65); (con Manuel GALEOTE) "Algunos aspectos de la enseñanza del nivel léxico semántico en español" (V, 54-60).

SÁNCHEZ RUTIA, Jaime (con Juan CARANDELL y Ahmed TEZITI): *Lugat al-sahafa al-arabiya. Árabe de prensa. Un método para la comprensión auditiva y escrita*, reseñado por VERNET.

SANTAMARÍA, Eduardo: "Una voz mediterránea: Blas López Medina" (IV, 30-31); "Las formas del pasado del verbo español" (IV, 42-48).

SERRANO GARIJO, Jesús: "Un puente entre España y Marruecos" (0, 9-12).

SERRANO, Jesús: "La música andalusí" (V, 11-15).

SIGUÁN, Miguel: *Adquisición precoz de una segunda lengua*, reseñado por MOLINA SELFA.

SUÁREZ GRANDA, Juan Luis: "Algunas apreciaciones acerca de la enseñanza del español escrito a alumnos universitarios marroquíes" (0, 44-48); "El último premio Miguel de Cervantes:

El estilo y los estilos de Francisco Ayala" (I, 41-49); "Razones para Casablanca" (II, 46-49).

T

TAZI, María (con Zohra DAKIR y Abderrahmane EL-MOUDEN): "Sobre el montaje de *Las bicicletas son para el verano* por el Grupo de teatro de Ain Chock" (II, 56-59).

TEZITI, Ahmed (con Agustín ARQUER): "Sobre la posible presencia de la literatura árabe-española en el Bachillerato" (0, 13-19); (con Juan CARANDELL ROBUSTÉ y Jaime SÁNCHEZ RUTIA) *Lugat al-sahafa al-arabiya. Árabe de prensa. Un método para la comprensión auditiva y escrita*, reseñado por VERNET.

TORRE GARCÍA, José M^a de la: "Gabriel Celaya: múltiple y uno" (0, 54-55); "Ricardo Molina y el tópico manriqueño" (I, 56-57).

TORRENTE BALLESTER, Gonzalo: "Entrevista" (VII, 7-10).

TORRIJOS, José M^a: "Cuaderno musulmán (fragmentos)" (VIII, 83-88).

V

VALDERAS ALONSO, Alejandro: "Veinte años y un día. Marruecos en el archivo general de la administración" (VIII, 24-27).

VÉLEZ OLÁSULO, Rodolfo (con Javier MACHACÓN LUMBRERAS): "Escuelas viajeras" (II, 60-61).

VERNET, Juan: "Reseña" (VI, 79).

VÍLCHEZ DE ARRIBAS, Manuel: "Conversar-Redactar" (0, 33-35).

VÍLCHEZ MARTÍN, Miguel: "La enseñanza activa del lenguaje" (0, 20-22).

VINUESA, Juan (con Tomás CASTELAR y Ana M^a PLAZA): "Aprendiz significativo de la lecto-escritura del español como L1 (Método experimental)" (II, 23-25).

Breves ...

■ El mes de abril de 1997 tomó posesión de su puesto de Consejera de Educación y Ciencia D^a María José García Armendáriz en sustitución de su antecesor D. Antonio Puig Renau. La nueva consejera, Inspectora de Educación, posee una larga trayectoria en los campos de la organización escolar y de la formación inicial y permanente del profesorado.

■ Durante el presente curso 1997-98 los asesores de la Consejería de Educación y Ciencia, en colaboración con la Inspección General de Español, impartirán 9 cursos de formación destinados a los profesores de Secundaria. Para ello se ha elaborado un plan bianual al final del cual habrán recibido este tipo de cursos todos los profesores marroquíes de Español. En este primer año participarán 250 profesores correspondientes a las Academias de El Jadida, Beni-Mellal, Settat, Marraquech, Agadir, Uxda, Rabat, Kenitra y Fez.

■ El número de asesores técnicos lingüísticos adscritos a la Consejería de Educación y Ciencia en Marruecos es de 14, distribuidos en 4 asesorías: Elvira Meneu Tomás, Jorge Liñán Sinigaglia, Juan Antonio Armendáriz Pérez de Ciriza y Gregorio Pérez Casas en Casablanca; Celsa Carmen García Valdés, Josefina Vilariño Seco, Miguel Ángel Moreta Lara, Venancio Iglesias Martín, Pedro Barco Corbacho y Francisco Jesús Álvarez Curiel en Rabat; Magdalena Roldán Romero, María José del Castillo Barrero y Eduardo Santamaría Ruiz en Tetuán; Carmen Martí Fabra y Carmen Gimeno Gómez en Fez.

■ Con motivo de la llegada a Marruecos de los nuevos profesores y profesoras seleccionados en el último concurso de méritos para la provisión de vacantes en el Exterior, han sido organizadas por la Consejería de Educación dos jornadas de acogida para los maestros y profesores de Enseñanza Secundaria recién incorporados. Estas jornadas han tenido lugar en la sede del Instituto "Severo Ochoa" de Tánger y fueron inauguradas por la Ilma. Sra. Consejera de Educación, D^a. María José García Armendáriz. En ellas se contó con la participación del Excmo. Sr. D. Juan A. Martínez-Cattaneo, Cónsul General de España en Tetuán, y la del Secretario de la Embajada de

España en Rabat, Ilmo. Sr. D. Juan José Escobar, así como con la presencia del Excmo. Sr. D. Aníbal Jiménez Abascal, Cónsul General de España en Tánger.

■ La Consejería de Educación de la Embajada de España, en colaboración con el M.E.N., ha convocado el VII Premio "García Lorca" al conocimiento de España, su lengua y su cultura, para alumnos de Español de los centros de Enseñanza Secundaria, correspondiente al curso 1997-98. El tema de la presente convocatoria es "El agua: elemento precioso y vital". Los trabajos, elaborados colectivamente por alumnos de Español bajo la coordinación de uno o más profesores responsables, se presentarán en la Academias antes del 28 de marzo de 1998. Los premios serán colectivos (bibliotecas básicas para los cinco primeros premios) e individuales (ocho estancias gratuitas en España para otros tantos alumnos premiados y una para el profesor coordinador del equipo ganador del primer premio). El fallo del jurado se dará a conocer en el acto de clausura de las actividades anuales de la Asesoría Técnica Lingüística que tendrá lugar durante el mes de junio de 1998.

■ Del 8 al 12 de septiembre de 1997, organizados por la Consejería de Educación y coordinados por la asesora Josefina Vilariño Seco, se han celebrado en el Instituto "Severo Ochoa" de Tánger 4 cursos de formación del profesorado español en Marruecos. También del 15 al 18 del mismo mes tuvo lugar en Tetuán otro curso de Didáctica de la Lengua Árabe. A estas 5 actividades asistieron 87 profesores de todos los niveles educativos. En la apertura, la Consejera de Educación departió con los participantes acerca de la Formación del Profesorado.

■ Tras más de siete años como Agregado de la Consejería, D. Amador Balbás Torres ha cesado en su puesto; le sustituye D. Félix Herrero Castrillo. A ambos la revista *Aljamía* les desea suerte en sus nuevos distinos.